

ELVIRA SANTA CRUZ Y OSSA

(Roxane)

Flor Silvestre



EMPRESA ZIG-ZAG

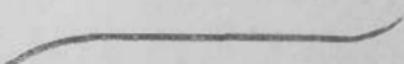
TEATINOS 666

1916

A la distinguida señora

Lucía Bulnes de Vergara
en afectuoso recuerdo.

Roxane.



FLOR SILVESTRE

I

Era el día de Navidad. A las puertas del Colegio de María Auxiliadora se estacionaba un abigarrado grupo de personas que en vano procuraban defenderse contra el sol a la escasa sombra de los raquítricos arbolillos de la nueva plazoleta. Pobres eran sus apariencias, que no era de lujo el convento. Gente del comercio, pequeños propietarios, labriegos enriquecidos que habían traído sus hijas para educarlas en esta santa casa, aguardaban con ansias la salida del enjambre bullicioso que llevaría el contento a sus hogares.

Entre las carretas de blanco toldo, los "quiltrines", carricoches y diligencias antiguas, descollaba por su elegancia una carretela recién pintada, con

cierta apariencia de "breack". En su pescante se impacientaba un viejo huaso de vistosa manta al hombro, flamante traje dominguero y "guarapón" de anchas alas; ojos picarescos, de extraordinaria viveza, brillaban en su rostro cobrizo y apergaminado, dando a su fisonomía una expresión astuta y perspicaz. Ya agitaba el látigo, ya lanzaba una frase de su rudo vocabulario, haciendo reír a los circunstantes, que se divertían con la impaciencia del rústico. De pie, junto a la carretela, trataba de calmarle una mujer cuarentona, alta, morena y regordeta, tipo perfecto de nuestra campesina acaudalada. Un manto de espumilla china la modelaba el busto dejando libre su cabeza de moño trenzado, sujeto por gruesas horquillas de metal; una falda café, color promesa del Carmen, completaba su modesta indumentaria.

—¿Pero no ve, señora Antuquita, que el sol se los va a dentrar antes de la quebrada del Zorro?—repetía por quinta vez el impaciente ño Pedro Luis.

Esta salida motivó una carcajada general, pues en ese momento los rayos solares caían a plomo sobre la tierra.

Entretanto, en el interior del convento reinaba el más profundo silencio. Religiosas y alumnas reunidas en la gran sala de actos rodeaban a la superiora que presidía la última fiesta escolar. Las educandas, con sus uniformes tan candorosos como sus sencillos corazones, semejabán un vasto plantel de azucenas; sus cabecitas rubias y negras resaltaban en las blancas paredes. Sus semblantes traducían in-

tensa emoción al escuchar la triste despedida, el "Adiós al colegio" declamado por una de sus compañeras. Aquellos versos recitados con exquisita sensibilidad, llenaban el ambiente de soñadora poesía, y una conmoción magnética parecía recorrer los alineados bancos. Desde el proscenio, llena el alma de melancolía, la joven fijaba sus ojos henchidos de lágrimas en la estatua de María Auxiliadora y con voz dulcísima repetía estos versos que aún recuerdan todas:

"Temo, no sé qué temo, Madre mía,
por ellos y por mí..."

¿Qué podía temer la hermosa niña? Allá en la puerta del convento la aguardaban corazones tiernos y abnegados de quienes era ella el único amor, el único pensamiento. Temía, sin embargo, temía las tentaciones del mundo con que la aterrizaraban las monjitas, temía las acechanzas y sugerencias del enemigo de las almas, recelaba de su propio corazón que ella adivinaba lleno de vagos deseos, de turbadores anhelos, de inquietudes indecibles y sobre todo, temía por su imaginación siempre perdida en las nubes del ensueño... Por eso, de súbito, una ansiedad inmensa se apoderó de ella; sintió que su garganta se oprimía y su voz se fundió en un sollozo al repetir por última vez el verso aquél:

"Temo, no sé qué temo, Madre mía,
por ellos y por mí..."

Estas palabras repercutieron vibrantes por los ámbitos de la gran sala. Un instante de angustiada emoción, y luego el ruido de una salva de aplausos se unió a las cariñosas felicitaciones de la priora. La religiosa, muy emocionada, exhortaba a sus queridas hijas a seguir por las vías del Señor, y observar siempre los sabios consejos que en aquel sagrado asilo habían recibido.

En medio del mayor recogimiento terminó el acto con una ferviente plegaria a la Virgen bendita, amparo de la inocencia, a la Divina Madre que había de cobijarlas en la vida bajo su manto.

Al silencio y quietud conventual sucedieron de pronto gritos, risas, besos, llantos y tristes despedidas. Todo era confusión en esos últimos momentos hasta que, al descorrer la hermana tornera el doble cerrojo del locutorio, como quien abre la puerta de una pajarera y deja volar las avecillas, se precipitaron las bulliciosas muchachas hacia la puerta del convento.

Recibidas en estrecho abrazo por sus padres y apoderados, partieron las incautas creaturas a cumplir el destino, feliz o desgraciado, que la suerte les preparaba.

II

Por el mal empedrado pavimento de los extramuros de la ciudad, trotaba con extraordinarios bríos el viejo rocín que tiraba de la carretela. Hubiérase dicho que el conductor le transmitía su impaciencia por llegar al término del penoso viaje.

Dejaban atrás la polvorienta ciudad con sus vetustas torres, sus plazas y monumentos, sus grandes casas solariegas y sus angostas callejas de colonial aspecto. En el camino se cruzaban con uno que otro vendedor ambulante, con huerteros y pescadores que después de vender sus mercancías en los barrios centrales de la ciudad regresaban al hogar. Sus tostados rostros en que la miseria y la ruda lucha por la vida habían grabado su sello, reflejaban la satisfacción de una faena concluída provechosamente, según lo atestiguaban las árguenas enjutas de los asnos de carga. Tal vez en esos momentos la familia les aguardaba ansiosa, rodeando la bien dispuesta mesa

con el puchero humeante y el obligado pastel de maíz de Pascua que haría brillar de codicia los ojos de los pequeñuelos.

Ya en plena campiña, el camino cada vez más solitario, permitía algunas distracciones al viejo cochero, que no se cansaba de admirar a su "Cheñorita", interrumpiendo con frecuencia la animada charla de las viajeras con sus chistes y acertadas observaciones sobre los incidentes del viaje. Un gran acontecimiento era éste, en la vida del buen anciano. "Las Chilcas", pueblo de su residencia, distaba muchas leguas de Reinosa y como ahí tenía cuanto podía satisfacer sus modestas necesidades, rara vez iba a la ciudad.

Remigio Solís, padre de Antonia y de Rosa, la colegiala que con tal sentimiento le decía sus adioses al colegio, fué antiguo administrador de la hacienda del Rosario, valiosa propiedad de los señores de Sarmiento. La familia Solís era conocida en toda la comarca; de padre a hijo se habían sucedido en la administración de las tierras de sus patrones. No poseían pergaminos ni títulos de nobleza; pero, sí, guardaban la hermosa tradición de fidelidad y honradez que desde años atrás venía siendo el distintivo de aquella modesta y antigua familia. El último de los Solís, víctima de enfermedad incurable, quiso asegurar el porvenir de sus hijas; pidió a sus patrones le vendiesen la casa en que vivía y los terrenos anexos. El buen señor de Sarmiento accedió gustoso; y las dos hermanas, después de la muerte de

su padre, quedaron dueñas de la pequeña finca habitada por sus abuelos.

Pedro Luis era muy querido de aquella familia. En uno de los frecuentes viajes que en su juventud efectuara a las costas, Remigio Solís había vuelto con ese compañero "chango". (1).

¿Quién era? ¿De dónde venía? Nunca lo dijo Solís; pero como él le trataba con cariño fraternal, poco a poco todos se habituaron a su presencia. El forastero se hizo tan necesario en la finca, que de allegado pasó a ser un personaje indispensable, granjeándose el cariño general tanto por su decidida adhesión a la familia como por el profundo interés que le inspiraba todo lo relativo a sus protectores. Este caso no es raro entre nuestra gente del pueblo, hospitalaria por naturaleza.

La carretela seguía internándose por el valle. Al traves de las zarzamoras que cercaban el camino, divisábanse las verdes praderas pobladas por vacunos y caballos, las viñas perfectamente alineadas, las sementeras de trigo doblegadas al peso de las espigas que prometían espléndida cosecha, y las chácaras de los medieros con sus espanta-pájaros y sus ramadas para custodiarlas. Elegantes casas de campo, medio ocultas entre tupidos bosques o rodeadas de primorosos jardines; casitas blancas salpicadas

(1) Apodo que dan los campesinos a la gente que vive en las playas.

aquí o acullá en el verde fondo del paisaje, huertos floridos, ranchos de totora y algunos despachos protegidos por las inevitables varas para "topear", desfilaban a su paso como en un cinematógrafo. A medida que avanzaba hacia la cordillera, el camino, lleno de sinuosidades, se hacía más áspero y pedregoso. Habían dejado atrás la quebrada del Zorro y aún el sol iluminaba con el fecundo esplendor de sus últimos rayos las sementeras que allá a lo lejos parecían un inmenso campo dorado.

Al encimar la cuesta del "Mirador", última etapa de su larga jornada, ño Pedro Luis detuvo un instante el vehículo a fin de que el jadeante animal descansara de la dura repechada. Las viajeras pudieron admirar entonces el maravilloso panorama que se ofrecía a su vista. Desde la cumbre del cerrillo dominaban todo el valle con sus rugosas colinas, sus tupidas alamedas y sus dilatadas llanuras. El río Verde se desenvolvía caprichosamente por entre las laderas del cerro, y a su paso fertilizaba los campos; la vegetación era allí exuberante, tropical; las plantas más vigorosas se miraban en sus ondas.

A la distancia, destacábase la torre parroquial del pueblo de las "Chilcas", y a su alrededor se agrupaba multitud de humildes casitas: como dócil rebaño, parecían cobijarse a la sombra bendita de la cruz.

A un lado de la carretera real, cerca de la señorial mansión del "Rosario", un espeso bosque de araucarias, robles, encinas y eucaliptos, cuyas contorsionadas y nudosas ramas oponían a los rayos del sol

infranqueable barrera, acentuaba con su sombría masa, la verde y alegre tonalidad del paisaje.

Con la proximidad del río la brisa había refrescado. Llegaba la hora de melancolía y de misterio; la naturaleza entera parecía adquirir cierta religiosa solemnidad al despedir el día. El sol, gran disco de fuego, trazaba en el cielo mil fantásticas figuras arboladas que, al reflejarse en las verdes aguas, las convertía en ancha faja luminosa. Una profunda quietud invadía los campos.

Oculto el sol tras los últimos picachos de la cordillera, aquel esplendoroso panorama se obscureció súbitamente.

Las viajeras reanudaron la marcha.

Torciendo hacia la izquierda, después de cruzar la reja de las casas del "Rosario", el camino se bifurcaba: una vía era la continuación del camino real; la otra se internaba en una corta avenida sombreada por el nutrido follaje de esbeltos álamos. A la derecha y algo lejos del camino, veíase una pintoresca casita blanca, de construcción sencilla, con amplios corredores al frente y, encerrado por una reja de madera, un pequeño jardín que llegaba hasta el camino. Dos viejos pimientos servían de atalaya a ambos lados de la casa; sus ramas se reclinaban sobre el techo y se enlazaban con algunas rosas trepadoras que lucían sus vivos matices sobre las tejas dando risueño aspecto a la morada.

Cuando ya las sombras de la noche invadían la campiña, el modesto carruaje de los Solís se detuvo

junto a la reja. Los fatigados viajeros regresaban al fin con aquélla que había de embellecer su hogar y alegrarlo con su presencia.

Rendida de cansancio, la adorable niña apenas podía tenerse en pie. Cediendo a las instancias de su hermana probó algunos bocados de la succulenta cena, y medio dormida se retiró a su habitación. Ella tenía como un vago recuerdo de haberse desvestido y, ya recostada en el lecho, entre sueños haber oído a su hermana que murmuraba:

—¡Pero, por Dios! ¡Qué flaca está la niña! ¡Cómo me la han devuelto las monjas!

La joven, ávida de ternura y de mimos, exageraba su debilidad para hacerse acariciar. Su linda cabecita encuadrada en la abundante cabellera negra, descansaba lánguida sobre la almohada, y sus fatigados miembros, al contacto de las frescas sábanas, experimentaban un exquisito bienestar. En esa somnolencia que precede al sueño, un tropel de ideas confusas, risueñas fantasías y encantadoras visiones* afluía a su mente. Una dulce sonrisa vagaba en sus entreabiertos labios, y poco a poco la gentil creatura fué sumiéndose en profundo sueño...

III

Ya muy entrado el día, la luz que filtraba por las mil rendijas de la vieja ventana, despertó a Rosa. Llena de sobresalto, paseó sus miradas soñolientas por la nueva habitación. Creyéndose aún en el colegio, por instinto sus ojos buscaron el crucifijo, la fila interminable de camas, la blanca alcoba de la religiosa, e incorporándose con presteza sobre las almohadas, estiró sus bien torneados brazos, abrió desmesuradamente los lindos ojos y sonrió. Estaba en su casa... ¡Su casa! Una repentina ansiedad se apoderó de ella. La vida monótona del convento, el hábito de una existencia siempre igual, le habían inspirado un involuntario temor a lo nuevo, lo incierto, lo desconocido. Esta angustiada impresión no tardó en desaparecer. Saltando del lecho, corrió a la ventana y maravillada contempló el paisaje que ante ella se extendía. Subyugada por el encanto de aquella radiosa aurora, ya no sentía fatiga ni inquietud. El sueño había devuelto sus fuerzas a ese

cuerpo joven; curiosa de visitarlo todo, se vistió rápidamente y alegre se lanzó a respirar el aire puro. el olor a tierra húmeda, el hálito de los prados, mientras el sol, ya muy alto, la bañaba enteramente con sus vivílicos rayos.

Escuchaba, con vivo deleite, el rumor campestre que llegaba hasta ella: al murmullo cadencioso de las aguas y al crujir de las ramas mecidas por la brisa, uníanse los mugidos de las vacas, el aullar de los perros, el cloqueo sonoro de las gallinas, el canto de desafío de los gallos de la vecindad; y arriba, en los árboles, los alegres trinos de diúcas y chingoles, hacían eco al gorjeo de los canarios enjaulados en el corredor. Todo la complacía. . . ¡Cuán feliz iba a ser! . . . Sentía profundo regocijo en el alma, reía sin motivo y sus luminosas pupilas verdes que brillaban cual chispas de luz, parecían reflejar todas las bellezas de esa esplendorosa y poética mañana.

Recorrió en seguida el interior de la casa, admirando los adelantos que advertía en ella: las habitaciones recién empapeladas, el comedor con su gran ventana abierta sobre el estero, el mobiliario de la salita nuevamente tapizado y, otra vez, tornaba al jardín, no cansándose de recorrerlo. Habían crecido tanto los arbustos; los claveles, anémonas y clarines, los geranios rojos y los alelíes saturaban el ambiente con una verdadera orgía de perfumes.

La buena Antonia, en el colmo de la felicidad, seguía sus pasos. Ella que tanto había temido que después de su prolongada ausencia la niña no gusta-

se de la humilde morada de sus padres, satisfecha, la contemplaba ahora yendo y viniendo llena de regocijo y encontrándolo todo tan bonito. Hasta *mandas* a San Antonio tenía hechas la buena mujer para que la niña se habituase a la vida campesina. En sus últimas visitas al convento la había sentido tan ajena a sus ideas, tan distinta de ella en la manera de apreciar la vida, que el temor de no comprenderla ya, crecía y la mortificaba en extremo.

La verdad es que ninguna semejanza física ni moral existía entre ambas hijas de Remigio Solís. Antonia era alta, corpulenta, de tez morena, quemada por el sol, de grandes ojos negros que dulcificaban su simpática fisonomía abierta y franca. Firme de carácter y de espíritu prosaico, acaso los deberes que desde muy joven encontró en la vida, le impidieron albergar quimeras en su imaginación, o quizás, como digna hija de labradores, no tenía más ambiciones ni más horizontes que los que su vista abarcaba. Su madrastra le confió al morir a la pequeña Rosa; y Antonia, bella joven a la sazón, se dedicó por entero a su cuidado, le sacrificó su porvenir, rehusando formar otro hogar en el cual no pudiera ser Rosa la soberana. La niña llenó en adelante su vida y sus pensamientos.

Rosa era muy otra que su hermana. Su cuerpo esbelto y armonioso, de formas apenas diseñadas, semejaba el flexible tallo de una flor entreabierta. De color algo trigueño, su cutis era de una palidez y transparencia extrañas; su nariz, recta y bien pro-

porcionada; su graciosa boca de labios bermejos dejaba entrever unos dientes menudos y muy blancos; pero ciertamente, el mayor de sus hechizos eran los profundos y rasgados ojos verdes de dulcísimo mirar. A este hermoso semblante de óvalo delicado, formaba precioso marco ondulada cabellera negra dividida en medio de la frente y anudada en gruesa trenza sobre la espalda. Era romántica y soñadora; su larga residencia en el convento desarrolló esta inclinación añadiendo a un misticismo exagerado una absoluta ignorancia de la vida. Rosa contaba ya dieciocho años y podía decirse que su vida había estado libre de pesares. Respirando siempre una atmósfera de cariño, no tuvo que extrañar el amor maternal, pues su hermana y el abnegado Pedro Luis la mimaban con extremo, dispuestos siempre a satisfacer sus deseos, felices cuando hacían brotar una sonrisa de sus labios. En las casas del "Rosario" sus dueños la querían y celebraban, haciéndola participar en los juegos y diversiones de sus hijos. Después, en el convento, las buenas religiosas se disputaban el placer de tenerla en su sala, y en todas las fiestas la escogían ya para los discursos, ya para representar el principal papel en las comedias. Doquiera que fuese, su graciosa carita y dulce sonrisa le conquistaban los corazones.

Dejando un momento de admirar el pintoresco paisaje que tenía a la vista, Rosa volvió los ojos a la abnegada mujer que la acompañaba; y ahí, a la claridad de aquel hermoso día de verano, la joven

pudo observar que esos tres años de separación habían dejado profundas huellas en el bronceado rostro de su hermana y que en él se marcaban trazas inequívocas de cansancio.

¡Cuántas privaciones, que no sospechaba, habría sufrido para que ella de nada careciese! La pensión en el colegio era subida; había hipotecas que pagar... y, ¿cómo es que encontraba la casa reparada y con tales adelantos? De golpe acudieron estas ideas a su imaginación al contemplar ese rostro marchito y fatigado; e interrumpiendo de pronto la conversación, con aquella espontaneidad que siempre desconcertaba a la pacífica mujer, Rosa le echó los brazos al cuello y besándola con ternura le dijo:

—¡Oh, madrina! ¡Cuánto has padecido por mí! ¡Cuánto trabajo te he costado! Pero ya estoy aquí para compartir contigo los quehaceres y trabajos que hasta hoy has sobrellevado tú sola...

Antonia entre risueña y llorosa repuso devolviéndole sus caricias:

—¿Qué trabajos, hijita? Si no son tantos!... ¿No ves que tenemos quién nos ayude? Y además, ¿qué sabrían hacer estas manitas blancas que yo no quisiera ver estropeadas?

—Pero, ¿tú crees que sólo ciencias y bordados me enseñaron las monjas?—decíale Rosa entregada de lleno a su nueva idea de laboriosidad y gratitud.—También he aprendido muchas cosas prácticas. Y en los finos dedos contaba sus grandes conocimientos domésticos.—Sé hacer confites, yemitas de hue-

vo, hojarascas, lenguas de gato, alfajores y—con tono de gran importancia—¡empanadas!

—¿Empanadas de monja? Las quisiera probar,— exclamó con sorna Antonia, lanzando una carcajada que ahogó en el acto al ver la cara afligida de su hermana, quien, imaginando darle una sorpresa, sufría cruel desilusión.

Dejando el tono de chanza, Antonia repitió afectuosamente:

—¿Empanadas? ¡Qué ricas deben ser, hijita! ¿Sabes? El Domingo puedes mandarle algunas al señor cura, que las apreciará como de mano de monja.

Pero ya el entusiasmo de Rosa se había evaporado. La buena mujer, aunque poco perspicaz, comprendió que la joven deseaba corresponder de alguna manera a sus desvelos y hacerse útil en la casa.

—Voy a darte una ocupación, que me servirá de gran alivio, pues tú sabes que mis mañanas son tan atareadas. ¿Te gustaría encargarte del gallinero?

—¡Ay, madrina, qué me has dicho!—exclamó alborozada la joven, disipándose en un segundo la nubecilla que obscurecía su frente.—Me gustan tanto las aves. La madre Ana me llevaba siempre al gallinero; es verdad que al principio iba por estar con ella; era su “devota”—observó con malicia—pero después iba también por ellas; había una pollita blanca a la que llamaba yo Tuquita en recuerdo tuyo: me conocía y comía en mi mano.

Y así charlando llegaron al gallinero, situado al

lado izquierdo de la casa. Desde allí se dominaba por entre los álamos del camino, todo el pintoresco valle que se extiende hasta perderse en el horizonte. Volviendo la vista hacia atrás, se presenta uno de esos hermosísimos paisajes que tanto abundan en nuestro admirable país. Bajo el cielo de un azul intenso, se alza la verde montaña cubierta de espesos bosques de arrayanes, lingües, pataguas y boldos; a sus pies serpentea el estero de cristalinas aguas que se despeñan ruidosas por entre las piedras para adormecerse más lejos en plácidos remansos. En inviernos anteriores, el estero había formado con sus aluviones un profundo barranco, en cuyas orillas crecían airosos los coligües, las cañas y los totorales de aterciopeladas varas en flor que bajo los ardientes rayos solares brillaban con áureos matices. En la ribera opuesta y muy cerca de la casa, una fila interminable de añosos sauces inclinaba sus ramas besando el agua que se deslizaba con suave murmullo bajo la caricia de los mimbres flotantes. En los ardientes días del estío, la familia venía a solazarse en este delicioso paraje.

Rosa observaba la transformación del gallinero.

—¿Esta es obra de ño Pedro Luis, madrina?— preguntó sorprendida.

¡Qué había de ser él! Si había sido Juanito Sarmiento el que dirigió esos trabajos cuando vino a reparar las casas del Rosario.

—¿Siempre tan bueno Juanito?—interrogó con fingida indiferencia la joven, en tanto que un invo-

luntario rubor delataba su turbación al recordar al querido compañero de su niñez.

—El mismito de siempre, sin nada de orgullo; venía a verme seguidito. Yo le cebaba mate en el corredor como cuando era chico; y él me decía: “¿Cuándo trae a la Rosa, Antuquita? Me parece que esta casa no es la misma: es como un jardín sin flores”. Otras veces me decía: “¡Qué! ¿No tiene miedo que las monjas se la pesquen para siempre?”

—Y yo lo pensé más de una vez; pero no tenía vocación. Además, un día que me probaron la toca, me ví tan fea!... Todavía si hubiera sido la corneta de las hermanas de caridad! Esa es más sentadora... añadió Rosa sonriendo con coquetería.

—Mírenla tan presumida—dijo Antonia enlazando cariñosamente el esbelto talle de la joven;—y el traje de novia, ¿crees que te sentará, picarona?

—Habría que ensayarlo,—repuso Rosa con gentil mohín.

Visitaron en seguida la huerta. Este era el reino de ño Pedro Luis, y allí lo encontraron, en mangas de camisa, arrancando las escasas malezas que crecían en su verjel tan limpio y cultivado. El buen rústico mostraba con orgullo sus primores a la Cheñorita: allí se veían las amelgas de lechuga atadas con hebras de totoras, los suculentos repollos cuyas encrespadas hojas guardaban aún gotas de rocío: el apio y el perejil, la zanahoria, y el perfumado orégano; las matas de zapallo, con sus vistosas cornetas amarillas, que resaltaban en la alfombra de ver-

dura; el maizal en cuyas cañas se enrollaban los frejoles; y, alzándose en medio de las legumbres, los frutales, las gigantescas higueras y demás plantaciones que se extendían hasta el estero.

A la derecha se encontraba la viña, nueva todavía.

—Esta será para tus hijos, Cheñorita,—decíale Antonia;—yo no alcanzaré a lograrla.

En el alma de Rosa renacía de nuevo el amor al terruño; aspiraba con delicia los aromas del campo, volvía a gustar la alegría impetuosa de la infancia; iba y venía por entre los árboles saboreando la rica fruta o recogiendo flores con el alborozo de colegiala en libertad, brillante la mirada, las mejillas encendidas, admirando cuanto veían sus ojos.

Por fin, regresaron a la casa. La ancha ventana de la cocina, que como en toda casa de campo formaba cuerpo aparte, permitía divisar las relucientes ollas sobre el fogón encendido, y en los escaparates de la pared los utensilios de cocina brillantes de limpieza.

Cerca de la ventana, una muchacha regordeta cantaba con gangosa voz, mientras desgranaba arvejas, esta tonada muy en boga entre los huasos:

“Me hey de comer un durazno de pura rabia hasta el
[hueso,
me lo hey de comer a solas; será mi gusto y por eso.
¿Qué le ijiste? Naa le ije...
Si no te quiero te ponfs triste...”

Margarita (la Maiga) hija de modestos inquilinos de la hacienda que, cargados de familia, habían

alquilado a la niña para darse alivio, desempeñaba a Antonia en los trabajos domésticos y en las cosechas de frutos. Pepillo, hermano de la Maiga, chico vivísimo e inteligente, prestaba asimismo sus servicios en la finca.



A la caída de aquella tarde, algunas vecinas ataviadas con sus trajes domingueros vinieron a saludar a Rosa. Eran honradas campesinas, gente de buen espíritu que manifestaban en toda ocasión su afecto por la familia Solís. Había, sin embargo, entre ellas una que no era ni tan sencilla, ni tan bondadosa como las demás: Sabina Peralta, vieja solterona, de carácter tan feo como su cara; la suerte no la había mimado: fué pobre siempre y poco querida de su padre quien "la dió madrastra". La holgada vida de Antonia la llenaba de envidia, y aunque en apariencia amiga de ella, hacía la el blanco de sus bajos sentimientos. Por suerte todos conocían la virtud de la abnegada hermana, y aquellos emponzoñados dardos le causaban poco daño.

Antonia la vió llegar con recelo; temía que sus alfilerazos pudiesen herir a su niña. Mas, contra su costumbre, Sabina estuvo muy discreta, deseosa tal vez de captarse esa nueva amistad.

Sentadas en el corredor que mira al camino, las vecinas platicaban alegremente en tanto saboreaban

la rica *sandilla serena* que la obsequiosa Antonia hacía servir. La conversación recayó pronto sobre el gran suceso del día: la llegada de los patrones del "Rosario".

—Dicen que traen grandes noveades de las Uropas,—decía una de las visitantes.—Mi compaire Usebio, que vive en frente a las casas, es que le ijo a ño Cachi que llevaba contaos sesenta cajones más grandes que un altar mayor, que han dentrao por la puerta del parque.

—Y, ¿habís visto vos el mostruo en que llegaron al fundo?—decía la Peta con aire espantado.

—Calláte niña o persínate antes de mentar eso,—interrumpió ña Cayetana, la más vieja entre las comadres, que a pesar de sus ochenta años, se mantenía ágil y vigorosa, trabajando aún con la actividad de una joven. Entre la gente del campo ña Cayetanita gozaba de gran estimación; se la escuchaba como a un oráculo, respetada y querida de todos; su numerosa descendencia ocupaba casi todas las modernas casitas de inquilinos y con propiedad podía llamársele "la suegra de las Chilcas". Desde cincuenta años atrás ella amasaba la galleta de los peones, y todas las mañanas podía vérsela encorvada sobre la batea del amasijo, su alto y enjuto cuerpo envuelto en amplio traje promesero de San Antonio, la frente oprimida con vistoso pañuelo que cubría sus escasos cabellos y sendos parches de jabón, de colillas de cigarro o de hojas de naranjo a ambos lados de la frente, tarareando una tonada en tanto que hun-

día en la harina sus largos brazos semejantes a elásticos cochayuyos. Los peones no saboreaban a gusto la galleta si no había sido amasada por ña Cayetana. Los adelantos del siglo sacaban a ésta de quicio; por eso replicó con indignación a su interlocutora.

—Si no es naa brujo el que lo manija, ña Cayetanita,—dijo dándose importancia Sabina.—Si es el chofere, un gabacho que trajeron de las Uropas.

—Y ante por lo mismo!... será un demonio entonces, y, si no, ¿por qué se tapa los ojos si no es para que no le asomen las chispas? Y usa bonete tan alto para que le cubran los cachos! Ahí hay algo de encantamiento... Esto va mal, esto va mal...—añadió la vieja moviendo sentenciosamente la cabeza.

—Yo que atraco a su parecer, comadrita,—asintió ño Pedro Luis, que, sentado cerca del brasero, encendía su cigarrillo de hoja de choclo,—no soy pa estas novedaes. Los patrones con sus añantos nos están llevando la alegría de los campos... ¿Se acuerda, ña Cayetanita, de las trillas de cuantuá? Si aquello era de verse... venidan de toítitas partes los huasos bien montaos en sus bestias, luciendo los enchapaos de plata de sus monturas cuairinas y sus botas corriónúas, a trillar a pura yegua... Se alzaba la enramá y entre la cueca que se las cuspa con arpa y vihuela, el potrillo de rica chicha baya, el trabajo era una guinda... Mientras que agora, a pura máquina y piteo, sin dar lugar ni pa pestañar, que si uno se descuida allá le lleva una mano la indina y

quea el infeliz estropeao pa toa la vía. Esto va mal, vecinita, las máquinas van quitándole el trabajo a los hombres y a los brutos; día ha de llegar en que no haiga trabajo pa el pobre: máquina pa sembrare, máquina pa segare, máquina pa aventare. . .

—¡Y máquinas pa sacar pollos!!!—interrumpió ña Cayetana alzando los ojos al cielo.—Esto yo no lo hey visto, pero me lo han contaó. ¿Dígame, señora Antuca, sí esto no es tentar a Dios?

Antonia Solís trataba de explicarles, como mejor podía, que ésas no eran brujerías, sino adelantos de la ciencia; también se los había explicado el cura de las "Chilcas"; pero todo era inútil. El huaso es testarudo, supersticioso, y da siempre una interpretación sobrenatural o fantástica a las cosas que no logra comprender. Tenían arraigada la idea de que eso acabaría mal para sus patrones, y hasta hubo algunos que pensaron incendiar las bodegas que guardaban las diabólicas maquinarias.

La conversación siguió animadísima; las más letradas discutían acaloradamente, hasta que, ya entrada la noche, regresaron a sus viviendas; no sin que Sabina hubiera dejado en el alma de Antonia una aguda espina. Con fingida solicitud varias veces preguntó a Rosa por su salud y volviéndose después a su hermana le decía:—¡Qué flacucha está la niña! ¿No es cierto? ¡Y qué parecida a la finá. . .—añadía guiñando un ojo y moviendo la cabeza con aire compasivo.

Antonia siempre dispuesta a alarmarse por la

salud de su hermana, que tantas zozobras le ocasionara en su niñez, se inquietó vivamente. A la verdad el aspecto de Rosa en aquellos momentos no era como para disipar temores; junto a las fornidas campesinas, la joven parecía aún más frágil de lo que era en realidad; sombras violáceas hacían más profundos sus hermosos ojos verdes, y desaparecido ya el tinte sonrosado que a sus mejillas prestaran las caricias del sol, en su semblante reaparecía aquel color enfermizo que a la salida del convento afectó dolorosamente a Antonia. Pero he aquí que otra también notaba la palidez anémica de la niña; en el acto renació su inquietud, y esta idea perturbadora la desveló toda la noche. Esta vez Sabina la había herido en un punto vulnerable.

Entretanto, Rosa retirada en su aposento, abría la ventana que daba al jardín y, entre pensativa y alegre se reclinó sobre ella. Las cálidas emanaciones de la tierra fundidas en la sutil fragancia de las flores, subían hasta ella envolviéndola en una atmósfera tibia y deliciosa. A lo lejos destacábanse las negras siluetas de los árboles del camino entre los cuales brillaban, como luciérnagas, las inciertas lucécitas de los ranchos vecinos. En el estero cantaban las ranas, y los grillos repetían incansables su grito estridente.

Embebida el alma en sus ensueños, Rosa contemplaba el solemne espectáculo de la tranquila noche. Nunca le habían parecido tan profundo el cielo, ni tan fúlgidas las estrellas. Sentía la dicha

de vivir, la poesía del campo la embriagaba. Desvanecidos todos sus temores, disipadas sus dudas, escribiría a sor Ana refiriéndole cuán feliz era!

Podía descansar tranquila. La paz de la naturaleza dormida caía como un rocío sobre su alma...

IV

—Cuénteme más, ño Pedro Luis,—suplicaba Rosa mientras cosía en el corredor del patio; y el viejo, concluídas sus faenas matinales, preparaba su mate junto al gran brasero de cobre.

—No me canso de oírle hablar de mi madrecita querida,—dijo suspirando la joven.

—Vos te habíais de cansar y yo, en la vía. Que me parece que la vedo cuando la trajo tu padre en el trigurín... trimburiil...

—Tilburí,— corrigió ella suavemente.

—Eso mesmo es, replicó el viejo revolviendo el mate con la bombilla.—Tu taita, el finao don Remigio, no quiso traerla en la carretela y el patrón se lo emprestó pa que viniese con la novia. Yo me había quedao en la casa:—Andá, me decía el finao don Remi, pa que seais testigo.—Y, ¿qué mono voy a pintar allá? le decía yo; nunca me hey eleganteao y no quiero avergonzar a naiden. Y me quedé

aprontándolo too pa la güelta del casorio: ni un polvito volaba, que si vuela, al tiro lo pesco yo pa que no se emurentase tu maire. Apenitas me había lavao otra vez las manos, cuando suenan los cascabeles del coche. Corriendo las echo pal portón, enciendo los cohetes en el tarro de lata y me ailanto a salvarlos. ¡Qué vivan los novios, grito en medio de la sonajera de los cohetes y me queo atragantao en la mitá al ver abajarse aquella virgencita rucía que hasta *aide* a mi madre del Carmen le hallé,—añadió el viejo dándole unas chupadas al mate que ya se enfriaba en sus manos. Después de una pausa prosiguió:

—Boquiabierto y embobao me queé hasta que ella me estiró la mano. ¿Ud. es Pedro Luis? me dijo.—¿Cómo le va?—¡Qué voz tan linda la suya, Cheñorita! ¿Habís visto vos dos pichones haciéndose el amor en la primavera con ese run-run de abejitas? Así me le pareció su habla la primera vez que la oíde.—Alentao, señorita,—le ije yo—Abrázala, pus, hombre”—me dijo don Remi, rempujándome... Más antes me habría muerto que tocar a mi virgencita. La señora Antuca estaba más dáa; muy armidonáa y bizarra, le enseñalaba toítita la casa empintáa blanca, como agora, y llena de flores. Ella se reida no más y miraba a don Remi con ojitos fruncíos.

Sonreíase Rosa al ver el entusiasmo con que recordaba aquellos tiempos el abnegado anciano que sólo supo gozar con la felicidad agena.

Y, mi padre, ¿qué decía?—preguntó con interés.

—Se reida no más, Cheñorita. ¡Onde no siba a reir el muy afortunao en cosechar esa lindura!...

—¿Dónde la conoció él?

—En Reinosa, onde don Fortunato Pérez, que la tenía pa enseñarle a los niños y ahorrar en escuela; decían que ella era normalista, más no sé... Toititos los futres quiban a la casa se enamoraban de ella; pero como era pobre y honrá no hallaba suerte. Hasta que llegó el finao don Remi, que se golvió loco por ella; se la pidió a la patrona y se pasaron por la iglesia y por el civil, conforme Dios manda,—agregó el viejo descubriéndose al nombrar a Dios.

—¿Y estaba contenta ella en el campo, ño Pedrito?

—Entonces no lo eché de ver, pero endei caí en la cuenta de que no se reida tanto como recién llegó a las "Chilcas". Su risa era de verla. ¿Te habís fijao vos cuando está nublao el cielo y las nieblas tapan al sol? Cuando ella se reida, me le figuraba que era el sol que se asomaba por entre las nubes, echaba sus pestañazos y se escondía al tiro... Los días pasaban y me decía entre mi corazón: ¡Cuánto día nublao! ya no hay pestañazos! Y era que ella estaba triste. Pero, pa qué te cuento más, si ya te lo hey conta repetías veces—añadió entristecido ño Pedro Luis, que siempre se conmovía al evocar esos recuerdos.

—Cuenta no más, ño Pedrito,—insistió Rosa, al-

zando hacia él sus lindos ojos suplicantes.—Y, cuando yo iba a nacer, ¿estaba contenta mi madre?

—Se lo pasaba cosiendo: pa la niña, como decía ella. Don Remi le treida miñaques y monerías de la ciudad y entonces eran de ver los pestañazos que echaba mi sol; si eran como de a cuarta! . . . ¡Pobre Remigio, qué quererla tanto! Si too le parecía poco pa ella. ¡Así es la vía! . . .—suspiró el buen anciano, y luego prosiguió:—Ella quería tener mujercita y le salió su gusto; erais igualita a la finá, menos en el pelo, que ella lo tenía rucio y vos negro azambao como el de tu paire.

Después de una ligera pausa y con voz lenta y trémula continuó:

—Un día, sin haber pa qué le entró la calentura, y ni el dotor, ni la meica, ni los santos, ni el mesmo don Remi la pudieron sujetar en este mundo. . . Estaba de Dios que se la llevara la pelá. Antes de largarse pa la otra vía me decía la finá:—“Te la recomiendo, Pedro Luis, cúidamela mucho. . .”

—Y así lo ha cumplido Ud.—repuso la joven cogiéndole cariñosamente la mano.

—Y a don Remigio que lloraba la lágrima viva es que le decía:—“Hijo, no la eduquéis pa señorita, que no sea muy letrá, que sólo aprienda a ser buena y honrá”— y otras recomendaciones que yo no entendí bien. Y, así hablando con toos y encargándoles a la creatura, que era too su pensar, se fué la finá al aclarar una mañana, dejándonos a toos sumíos en el dolor,—concluyó el viejo con apagado acento mien-

tras se enjugaba una lágrima con la manga de la camisa.

—¡Pobre madre mía! suspiró Rosa.

Quedaron ambos en silencio. Parecía que el dulce espíritu de la muerta gravitaba sobre ellos, los envolvía en sus alas misteriosas, e infundía suavísima quietud en las almas ingenuas que así la recordaban.

Muchas veces había escuchado Rosa la triste historia de su madre, y siempre con la misma mezcla de placer y sufrimiento.

Su romántica imaginación se perdía en conjeturas acerca de la corta vida de aquélla. ¿De dónde venía? ¿Qué circunstancias la trajeron a Reinososa? ¿Si amaría a otro y no pudo ser feliz?...

Así divagaba su mente en tanto que sus ágiles dedos seguían bordando el precioso mantel que adornaría el altar de la parroquia.

Disipada la emoción, el viejo se preparaba un nuevo mate.

—¿Habís estao en las casas?—preguntó de pronto.

—Todavía nó; pero he visto a las señoritas y me han saludado con mucho cariño.

Las había visto el domingo, cuando su entrada al templo había producido sensación en el devoto público de la aldea, pues llevaban cubierta la cabeza sólo por transparentes velillos, y oyeron la misa casi entera de pie.

—¡Y era de que no fueran amables cuando te han visto nacer! Agora parecen gabachas y no mi-

ran a naiden. De seguro que don Juanito siempre será lo mismo. También es cierto que él no ha eido a las Uropas! . . .—agregó el viejo, para el cual todos los males venían de esas lejanas tierras.

—Aún cuando él pasara su vida en París creo que no cambiaría en su manera de ser.

—Estáis hablando como un libro, niña. Siempre me acuerdo de cuando la niña Graciela te vistió y te acicaló con sus elegancias y don Juanito entusiasmado es que le icía a la patrona: Mamá, mamá, si parece una *Cheñorita* rica. . . ¿Te acordais, chíquilla? Y desde ese día te bautizaron con ese mote. ¡Tanto que te querían en las casas! Pa qué digo ná don Juanito; ése se lo pasaba aquí no más. . . Ende que supiste andar, él te agarraba de la mano y se iban por los potreros como dos tortolitos. La señorita Graciela, traía a sus amigas reinosinas, muy arrebolás, a pasar el verano a las casas; pero el niño ni juicio, les hacía y venía a jugar con la *Cheñorita*.—añadía feliz el viejo frotándose las manos.

—Y me traía libros de cuentos que juntos leíamos a la sombra del sauce llorón, a la entradita del estero,—continuaba Rosa, con la mirada perdida, tratando de hacer revivir las escenas que recordaban.

—Y allí los encontraba yo a la guelta del trabajo; de lejos veida relumbrar la cabecita rucia del patroncito junto a la renegría de mi niña, tan embebíos ambos en la letura que ni mis pasos sentían cuando me acercaba. La señora Antuca rabiaba de

lo lindo, contra las leturas, que pa ná servían, decía ella; y yo le icía: Ejela que respire el aide der campo, que ya las monjas la pondrán ética de tanto tenerla encerrá. Y así no más resultó; es preciso golver los colores a esa carita de ange,—agregó ño Pedro Luis levantándose y dándole una cariñosa palmada en la mejilla.—La conversa está güena, niña, pero en esto llega la patrona, y no hey dao la güelta al chiquerillo de los chanchos. Hasta agora, Cheñorita...

—Hasta ahora, ño Pedrito,—repitió Rosa siguiéndole con la vista hasta que se perdió su encorvada silueta entre los árboles de la huerta.

¡Cuánto quería ella a su viejo amigo! Con él hablaba de su madre, tema que por delicadeza o corteidad poco trataba con su hermana; además, con Antonia siempre en movimiento y que no se daba un momento de reposo, poca oportunidad hallaba para entablar y mantener una conversación.

—Es de las que no calienta asiento,—solía decir el malicioso viejo. Con Pedro Luis, en cambio, se sentía más unida de corazón; comprendía cuántos tesoros encerraba el alma rústica del buen anciano y con él evocaba todos sus recuerdos.

Hablaban también de Juan, del compañero de los primeros años, tema inagotable, pues todos los episodios de su niñez, sus juegos infantiles, sus grandes alegrías, sus pequeños pesares y hasta los castigos que alguna vez se le impusieron, estaban íntimamente ligados a su recuerdo. A los ojos de la pequeñue-

la, Juan Sarmiento fué siempre un personaje de importancia no solo por su posición social, sino por su aguda y superior inteligencia, ante la cual enrojecía la pobrecita persuadida de la propia ignorancia. Por eso cuando se habló de llevarla al colegio, aceptó gustosa, con admiración de Antonia que nunca creyó que la regalona chiquilla quisiera de buen grado separarse.

Al volver ahora con conocimientos muy superiores a su mediana condición, ¿qué pensaría de ella el fogoso muchacho convertido en apuesto mozo? ¿Se avergonzaría acaso de la antigua amistad?

Absorta en sus ideas, ni siquiera sintió que la costura se le deslizaba de las manos al suelo. De súbito, el ruido de los cascabeles de un coche y la sonora voz de su hermana que daba la bienvenida a alguien la sacaron de su ensimismamiento. Presurosa, recogió su labor y corrió hacia la puerta.

De un tonneau, detenido frente a la reja, descendía con soltura una hermosa joven. Después de entregar las riendas a su pequeño "*groom*", franqueó la puerta del jardín. Ahí entre las flores, aquella magnífica silueta femenina resaltaba como una radiante aparición. Vestía irreprochable traje de franela blanca con rayas negras, que modelaba su esbelto y fino cuerpo de formas llenas y deliciosas curvas; envolvía su sombrero de paño suelto un espeso velo que la brisa plegaba y desplegab a su capricho. El delicado óvalo de su rostro se veía muy blanco bajo la profusa cabellera rubia como el oro;

ojos azules profundos y luminosos, graciosa boca de labios encendidos, ebúrneos dientes y fina nariz un tanto arremangada daban a su expresiva fisonomía un aire picaresco que no desdecía un punto de aquel cuerpo ágil y garboso.

Nada de soñador o melancólico en ella; antes bien una exuberancia de vida, una perpetua necesidad de movimiento, la mirada alerta, decidida y la imaginación poblada de fantasías.

Vanidosa cual suelen serlo las mujeres bellas, sonreía satisfecha ante la admiración que leía en el rostro de ambas hermanas.

—Dichosos los ojos que merecen verla por aquí, Gracielita,—dijo Antonia correspondiendo feliz al amable saludo de la joven;—¿y la mamá, alentadita?

—Todos buenos, gracias mil—repuso Graciela; y volviéndose a Rosa que con timidez se ocultaba a medias tras su hermana:—Y tú, Cheñorita, ¿cómo estás? Has crecido enormemente mientras yo estuve en Europa. Tanto tiempo sin verte! Pero, qué delgaducha estás, chiquilla buena moza,—añadió abrazándola con cariño.

—Estuvo con influenza en las monjas y no se ha repuesto del todo. El doctor dice que el aire del campo la robustecerá y le ha recetado bacalao. . .

—¡Bacalao! Atrasos de Chile. Hay que dejar obrar a la Naturaleza, como decimos en París. ¿Acaso será nostalgia lo que tú tienes? Eso es de lo que yo estoy sufriendo. . .

—Pero Ud no parece enferma, Graciélita; tiene ahora tan lindo color, Ud. que era más bien palidita.

Graciela sonrió con malicia. Bien sabía ella cuánto le habían costado esos colores en una elegante perfumería de la rue de la Paix.

—¿No se sienta un ratito, Graciélita?—dijo Antonia obsequiosamente.—Rosa, trae la poltrona de la salita; o quiere que dentremos para dentro?

Arrellanándose en la cómoda butaca, la joven manifestaba su satisfacción:

—Qué bien se está aquí,—decía,— en medio de este jardín con sus flores tan lindas, tan fragantes y que viven a su capricho, libres de la odiosa tiranía de un jardinero profesional... Y, ¡cuán bonito efecto hacen esos helechos colgados de los pilares!...

Era ésta una artística idea de Rosa que había pintado aquellos calabazos transformándolos en maceteros colgantes. Desde que la niña había vuelto, la casa tenía otro aspecto: ella ponía todo su entusiasmo en arreglarla con su innato buen gusto. Las cosas más sencillas y vulgares, arregladas por ella, adquirirían elegancia; distribuidos con gracia, un bordado sobre tal mesita, cojines de telas antiguas, dibujos y oleografías colocados aquí o acullá, todo se transformaba y embellecía al contacto de sus manos de hada. Como las aves que buscan hilachas y pajitas para construir sus nidos, ella recorría la casa y no se sabía cómo descubría tantas cosas para adornar.

narla. Con su presencia Rosa trajo no sólo alegría y juventud a la morada de sus padres, sino también encanto y poesía.

—¿Qué han sabido de Juanito?—preguntó Antonia de pronto.

—Lo esperamos de un momento para otro: papá está contentísimo y orgulloso de su flamante ingeniero. Todos los días hace nuevos proyectos para el porvenir de Juan. Se diría que no tiene otro hijo.

—Es que es tan cumplido el niño. . .

—Es verdad, Antuquita; ninguno más serio y estudioso que él. Tú no lo vas a conocer cuando lo veas, Cheñonita. Está enorme de alto, y con el bigote rubio es todo un buen mozo. En Santiago, tiene mucho partido entre las niñas. Hay una a quien se le conoce por encima de la ropa lo enamorada que está, y es ésa justamente la que le destinan en casa.

—¿La señorita Elena Santibáñez?—preguntó Antonia.

—Ella misma. Pasará con nosotros el verano y esperamos que Juan sabrá corresponderle. Mi hermano es noco amigo del *flirt*: me imagino que las niñas lo intimidan.

En seguida, mirando la hora en el reloj de su pulsera, exclamó:

—¡Mon Dieu! Cómo sin sentir se me ha pasado el tiempo, charlando con ustedes. Mamá te mandó un

recadito, Rosa; desearía que fueses a remendarle unos *stores* de encaje de malla...

—¿Estores? ¡Esteras serán, Graciellita!—corrigió Antonia.

—No, Antuca; *stores* son... ¿cómo se dice en español? Esperen... Transparentes de ventana,—dijo por fin como si la palabra acudiera de improviso a su memoria.—Sufrieron algo en el viaje, y mamá cree que sólo tus prolijas manos podrían enmendar el daño.

—¿Por qué no los mandan para acá?—preguntó la tímida niña que se resistía a ir al "Rosario".

—Imposible. Ya están colocados en el salón y como el bordado es en la parte baja, tú podrías con facilidad arreglarlos ahí mismo.—Y cogiéndola amigablemente del brazo la decía:

—¿Por qué no quieres ir, Cheñorita? ¿Qué no nos quieres como antes? Yo que pensaba tenerte algunos días allá, para mostrarte todas las novedades que trajimos de Europa... Vamos, Rosa, dime que irás: mamá te lo agradecerá tanto.

—Pero si yo no sé—balbuceó Rosa resistiéndose aún.

—¡Cómo no has de saber, niña! no seas humilde. ¡Si viera, Graciellita, las linduras que hace. Voy a traerle una...

—Otro día, Antuca; hoy no tengo tiempo,—dijo Graciela reteniéndola. ¿Entonces quedamos en que irás? ¿Cuándo, Cheñorita?

—Esta otra semana,—contestó por fin Rosa.

—Bueno. *Je me sauve!*

Inmediatamente Graciela subió al carruaje, cogió el fuste, las riendas y gritó:

¡Au revoir la compagnie!

—¿Qué decía, Gracielita?

—Nada, Antuca; es que en París me acostumbré tanto al francés que no reparo con quién hablo. Adiós, Antonia, adiós, Rosa, hasta la vista;—y fustigando al hermoso alazán que piafaba de impaciencia, desapareció en una nube de polvo.

V

Era un ardoroso día de enero. En la serena limpieza de la atmósfera se destacaban algunas nubecillas blancas velando tenuemente la cumbre de los vecinos montes. Una ligera brisa mecía la copa de los álamos y refrescaba un tanto el pesado ambiente del mediodía.

Franqueando la puertecilla del jardín, con presto paso se dirigía Rosa por la ancha y fresca avenida hacia "las casas" del "Rosario". Al frente se veían grandes portones y detrás de las tapias derruídas antiguos graneros y bodegas abandonadas.

A la derecha, en el ángulo que formaban la corta alameda de los Solís y la carretera real, vivía Sabina Peralta. La suerte la había colocado en esa posición estratégica, desde la cual podía atisbar cuanto ocurría en ambos caminos, circunstancia que la maligna vieja aprovechaba para discurrir sus chismes y enredos.

Rosa atravesó con sigilosos pasos el camino. ¡Vana precaución! Ya, por entre la cerca, los penetrantes ojos de Sabina la habían descubierto, y examinándola de hito en hito le lanzaba un amable saludo:

—¿A dónde va tan engreída y tan paradita en el hilo?...

La joven a quien la vieja inspiraba poca simpatía, apresuró el paso y apenas le devolvió el saludo.

De cada rancho de inquilinos salía la gente a la *curiosidad*: niños descalzos y harapientos, mujeres entregadas a sus faenas domésticas y uno que otro ocioso se asomaban por las pircas o trepaban a ellas.

En su camino se cruzaban carretas cargadas con mieses, conducidas por sudorosos peones de ojota, que apuraban el tardo paso de los bueyes con largas y agudas picanas, y con arrieros que bajaban del monte guiando la tropa cargada de leña. Los campesinos la saludaban alzando sus polvorosas chupallas; les contestaba risueña y ellos volvían una y otra vez el rostro para admirarla.

La joven vestía un sencillo traje de brin claro: un sombrero de gruesa paja, adornado con nudos de gasa color rosa la protegía contra el sol. Las correctas líneas de su cuerpo prestaban gracia a su traje toscamente confeccionado y aun la rústica chupalla tomaba aire coqueto sobre sus abundantes cabellos recogidos por la nuca en gracioso moño. Con su ros-

tro juvenil, teñidas las mejillas de un ligero carmín que hacía resaltar el hermoso verde de sus ojos, formaba un conjunto digno de atraer las miradas de todos.

Después de salvar las rejas del parque, se internó con tímidos pasos por la boscosa avenida de acacias. Tan tupida era ésta, que su ramaje formaba un toldo de verdura sobre las cabezas; al final de ella, y circundada por primorosos jardines, divisábase, como una mancha blanca, el solar de los señores de Sarmiento.

La vegetación es allí de una lozanía tropical: las plantas más vistosas, los más raros arbustos, las flores más bellas se levantan a profusión. El cedro del Líbano se alza junto al castaño de la India, la delicada cica viene a cobijarse de las heladas bajo el perfumado arrayán; las palmeras ondulan allí tan esbeltas y gentiles como en su tierra nativa. Multitud de estatuas distribuídas con arte animan las diversas avenidas; rústicos puentecillos, ingeniosamente contruídos con troncos de árboles, atraviesan el canal que se oculta entre gigantescos helechos y bambúes; escaños de madera y cómodas hamacas invitan a reposar bajo la sombra de los chirimoyos. En un claro del bosque se extiende la nueva cancha de tennis, el croquet, y más lejos aún se balancean los columpios para los niños. Al fondo del parque se alza un viejo kiosco enteramente cubierto de suspiros desde el cual

se domina toda la campiña : es una reliquia en aquella casa, y sus dueños conducen ahí a todo viajero que visita el parque por primera vez.

Todo elogio, por exagerado que parezca, resulta pálido en presencia de las múltiples bellezas que encierran estos lugares en los cuales la mano pródiga de la naturaleza, unida al esmerado trabajo del hombre, ha hecho maravillas.

Don Guillermo Sarmiento tenía verdadera pasión por las flores; en conseguir las más bellas había gastado sumas enormes y a él se debía principalmente el conjunto admirable que formaba el parque.

Casi no había árbol allí que él no hubiese plantado y en el que no tuviese puesto su cariño. A la sombra de ellos se sentía defendido como por fieles amigos con quienes conversaba y a quienes muchas veces pedía consuelo y serenidad.

Creando esos lugares de solaz y meditación, don Guillermo había comprendido la necesidad de arrancar a la absorbente actividad de la existencia humana, una parte propicia a la contemplación de la naturaleza; y así, cada vez que sus múltiples tareas se lo permitían, venía a distraerse en medio de ella.

Era el señor de Sarmiento, único hijo varón de antigua y noble familia chilena. Muertos sus padres, heredó la hacienda del "Rosario" gravada con fuertes hipotecas que paulatinamente fué amortizando con sus honorarios de abogado. Sin ser un luminar,

fué siempre lo que llaman un hombre afortunado; a un juicio recto unía gran capacidad de trabajo y gracias a su constancia pudo surgir con más éxito que si hubiese poseído mucho talento. Con los suyos era de una ternura rayana en debilidad cuando se trataba de corregir sus defectos. Muy joven contrajo matrimonio con una hermosa niña, de gran familia santiaguina, a quien sólo había tratado en media docena de bailes y paseos. Grande fué su desencanto cuando, entibiados los primeros ardores de la pasión, vió esfumarse sus ideales. Su esposa, doña Rafaela de Albornoz, era buena, suave de carácter, pero de una frivolidad transcendental. Educada sólo para ser bonita y lucir en los salones, destinada por su madre a una boda brillante, apenas estudió otro arte que el de acicalarse; de modo que cuando don Guillermo la trajo a Reinos, no hallando en qué emplear su tiempo y falta de las diversiones y bullicio a que estaba acostumbrada, pronto se sintió mortalmente triste.

Destestó la tranquila vida de provincia y sus ridículas y rancias costumbres, quejándose de que no la comprendieran. Su carácter se agrió; y ni los hijos que vinieron a alegrar el matrimonio pudieron mitigar su vehemente deseo de residir en Santiago. Sin embargo, el tiempo, que todo lo trae en sus vueltas, colmó ese anhelo en forma que superaba sus más desmedidas esperanzas; los prósperos negocios de don Guillermo le permitieron no sólo instalar una espléndida mansión en la capital, sino también emprender

al viejo mundo un delicioso viaje del cual recién regresaban.

Cuatro hijos embellecían el matrimonio: Alicia, la mayor, linda joven de inteligencia mediana y carácter débil, enteramente dominada por su madre, contrajo matrimonio con Mariano Fleman, joven brillante y de gran nombre, pero con un gran patrimonio de vicios.

Después de tolerar como una mártir toda clase de humillaciones y de sufrir en silencio por más de cuatro años, regresó por último al hogar paterno con dos hijitos que eran el embeleso y la alegría de don Guillermo.

Roberto, el segundo, era un dandy egoísta y vividor, que so pretexto de concluir sus interminables estudios de abogado, a nada útil se concretaba, devanando su vida entre el club, las carreras, los amigos y otros pasatiempos costosos en que derrochaba a manos llenas el caudal paterno. Doña Rafaela tenía adoración por su hermoso primogénito y siempre disculpaba su pereza, sus calaveradas, a fin de evitarle las severas reprensiones de su esposo.

Ya conocemos a Graciela. Su porvenir era en esos momentos objeto del desvelo maternal, pues doña Rafaela temía con sobra de razón que la niña, de ideas muy avanzadas y carácter en extremo independiente, no se doblegara con tanta facilidad como Alicia cuando se tratase de casarla.

Juan, el menor, era el ídolo de su padre. De inteli-

gencia viva, de natural alegre, ardiente y caballeroso, jamás le había dado motivo de queja. Alto, delgado, con nariz ligeramente aguileña cual don Guillermo, rubio y de ojos azules como el resto de la familia, se asemejaba en mucho a su padre. Ambos gustaban del estudio y de la soledad del campo; a uno y otro los atraía la naturaleza con sus encantos. Como su padre, tenía Juan pasión por las flores, y entre las anécdotas que referían de su infancia, se contaba que jamás pudo acertar con el color de los objetos, sino que comparaba con el de alguna flor. Así, para explicar el matiz de un traje decía "igual a la rosa Marechal Niel", "algo blanco, como las acacias en flor"... Esta poética visión del muchacho la celebraba su padre en tanto que sus hermanos la ridiculizaban sin piedad. Tendíase a las veces para descansar a la sombra de los robles centenarios y allí, cerrando los ojos, escuchaba con voluptuosidad el armonioso concierto de los pájaros y el murmullo de las fuentes, embriagado con el aroma de las flores y compartiendo con ellas el rocío matinal.

Más tarde se entregó con entusiasmo a sus estudios, escogiendo la profesión de ingeniero a fin de estar siempre en íntima comunión con la naturaleza, pues le parecía insoportable el pesado ambiente de oficinas o tribunales.

Todos los centros de deporte le contaban entre sus miembros más entusiastas sin que descuidase por ello su cultura intelectual. Su amor al estudio

y su seriedad precoz, alejándole de las continuas zambras en que sus compañeros se perdían, lo salvaron de inúmeros peligros.

Juan correspondía con creces al acendrado cariño de su padre; y tan estrecha analogía de ideas ligaba a ambos, que a pesar de la completa libertad de acción en que dejaba don Guillermo a su hijo, éste le consultaba siempre y acataba sus decisiones. Existía entre ellos la confianza de dos amigos, y más de una vez, paseando por las avenidas del parque, llegaban hasta la casa las sonoras carcajadas del caballero divertido con cualquier chistoso cuento del muchacho.

Don Guillermo le esperaba con impaciencia en estas vacaciones. Ya era ingeniero. Ahora le tocaría luchar, avanzar y seguir adelante... Él no dudaba de que su hijo conseguiría cuanto se propusiese; además él ayudaría al muchacho en cuanto estuviera de su mano. Después, se casaría con una niña buena, inteligente, que hiciese su felicidad.

Edificando castillos en el aire, continuaba don Guillermo su paseo cotidiano por las avenidas del parque, su alta figura un tanto encorvada, cruzadas las manos en la espalda; su semblante respiraba nobleza y serenidad; sus ojos, de un pardo claro, eran bellísimos y aún brillaba en sus pupilas un destello de juventud; su barba canosa acentuaba la natural distinción de su aristocrática fisonomía, que, en

aquel instante, a impulso de sus risueños pensamientos, se iluminaba con suave sonrisa.

Un ruido de hojas holladas por menudos pasos lo sacó de su abstracción. Por la avenida central avanzaba una esbelta joven. ¿Quién sería? ¡Qué cuerpo más airoso! se dijo don Guillermo aproximándose con curiosidad—¡Hola!—exclamó al acercarse—no te había conocido, Cheñorita. Buena seña, chica,—agregó, golpeándole cariñosamente la espalda.

Don Guillermo tenía gran afecto por la hija de su antiguo administrador, cuyo infortunado romance le había dejado triste recuerdo.

—Has crecido tanto que nadie te va a conocer,—le decía; y con aquella distinción, aquella bondad que en él eran proverbiales, la acompañó hasta la casa.

—Niñitas, vengan; aquí está Rosa Solís,—gritó dando fuertes palmadas.

A su llamado acudieron todas, y con cariño agasajaban a Rosa que enrojecía más y más encontrándose cohibida y fuera de su centro en ese medio elegante, donde al esplendor de la morada se unía el lujo más refinado y exquisito.

Con las nuevas reparaciones en nada se asemejaba ésta a la sencilla casa de campo que le recordaba sus juegos infantiles.

Sin embargo, el espontáneo cariño de que era objeto luego venció su timidez.

—Ven a conocer a mis sobrinos,—decíale Gracie-

la levantando de una cuna de bronce a una preciosa criatura de pocos meses que asustada abría sus ojitos mientras Guillermito se aferraba de la mano de su "nurse". Este último era un delicioso bebé de grandes ojos azules y fresca boquita sonriente. Rosa que adoraba a los niños, se enamoró en el acto del rubio chiquitín, vivo retrato del tío Juan.

Recorrieron en seguida los salones decorados, el suntuoso comedor y la nueva galería en la que varios obreros desembalaban enormes cuadros, alineándolos en la pared. Don Guillermo que las seguía, interrogó a Graciela:

—Y esos retratos, ¿de quién son, hijita?

—De tus antepasados, papá.

—¿Cómo, estás loca? ¿No ves que éste es el marqués de la Pica?

—Su traje será, pero no su fisonomía, puesto que yo dí el modelo. . .

—¿Y esta señora?

—Mi tatarabuela. Son los cuadros para la galería de antepasados. . .

—Pero, Graciela, si éstos no son tus abuelos—replicó exasperado don Guillermo,—¿qué dirá la gente cuando los vea?

—¿Y qué quieres que digan, papá? ¿Quién de los que nos visiten habrá conocido a tus bisabuelos?—le respondió Graciela con lógica irredargüible.

—Pero dime, hijita, ¿de dónde has sacado esos verdaderos adefecios?

—Toda casa noble, en Europa, tiene su galería de antepasados, papá; yo me propuse traer una a Chile aún cuando no fuera muy auténtica. Un día, recorriendo los bulevares de París, me introduje en un "Bric-a-brac" en busca de antigüedades. Allí medio escondido había un cartel que decía:—"*Se fabrican abuelos americanos*". Desde ese día no tuve paz ni pensé en otra cosa; y, juntando por aquí o por acullá cuanto retrato antiguo encontré, con la autorización de mamá, se los llevé al fabricante, quien me los entregó embalados y puestos en La Pallice.

Refería con tal chiste y tal desenfado su colosal superchería, que los circunstantes hubieron de estallar en risa. Don Guillermo intentó en vano formular algunas protestas.

—Además, papacito mío, como tú tienes el culto de los pergaminos y blasones, no te parecerá mal que tu hija haya heredado esos gustos. Tu retrato y el de mamá serán los mejores adornos de la galería, por lo menos los más iguales al original,—añadió Graciela estampando un beso en la mejilla de su padre.

Con esto concluyó la discusión; los cuadros fueron colocados, como era de presumirlo, pues la voluntad de la caprichosa niña predominaba siempre en aquella familia.

Para Rosa que nunca había visto nada superior, la casa del "Rosario" era el "non plus ultra" de la elegancia, algo así como un palacio encantado. De ad-

miración en admiración, seguía a Graciela que en ese momento le mostraba sus joyas, desplegando ante sus ojos extasiados los ricos vestidos, encajes y terciopelos. Ella se entusiasmaba, viendo tanta cosa linda!... Sus finos dedos acariciaban las vaporosas telas y pensativa se decía:—Si ahora me vistiesen con estas elegancias, ¿parecería *señorita* rica como cuando pequeña?

Por cierto que a poder hablar, la luna biselada que tenía al frente hubiera respondido en el acto que ella con su modesto ropaje, su delicada silueta y su rostro de purísimas líneas, tenía tanta distinción como la niña más aristocrática.

El sol se escondía en el horizonte cuando Rosa, cargada de regalos y llena de alegría, pensó en regresar a su humilde vivienda.

Para que el día fuera de plena felicidad, Graciela la condujo a su hogar en el automóvil, al que ella subió con gran temor.

Sin duda que Rosa no creía en brujerías ni en supersticiones campesinas; pero esto no obstante, era un poco miedosa y tratando de ocultarse, disimuladamente hizo la señal de la cruz.

Pronto su temor se trocó en gozo indecible; apenas sentía el contacto con la tierra, pareciale volar en alas del viento y que todas las flores de la pradera envueltas en la tibia brisa venían a acariciarla.

VI

En las casas del "Rosario" reinaba inusitada animación. El día anterior Graciela, Elena Santibáñez y don Guillermo habían partido a Reinosa en busca de Juan, que debía regresar aquella tarde con algunos amigos.

Numerosos trabajadores renovaban en el parque la conchilla de las avenidas, mientras que los jardineros cogían flores o transportaban palmeras, helechos y bambúes al gran hall de la casa. Aquí el bullicio era aún mayor: sirvientes y camareras iban y venían cargados de muebles y otros accesorios para las habitaciones de los huéspedes.

Doña Rafaela, hermosa aún en su arrogante madurez, dirigía la maniobra con el aplomo y seguridad de un experto capitán. Gozaba con el movimiento, la agitación la encantaba; la sociedad era su vida misma, y si antes no había llenado de huéspedes la casa era porque todavía no estaban termi-

nados los preparativos para recibirlos dignamente. —Quieres dar golpe,—la decía don Guillermo; y, a la verdad, era de admirar cómo había conseguido reunir tal cantidad de artísticos objetos en ese recinto; es cierto que durante su permanencia en París sólo visitó las tiendas de modas, las galerías de novedades, los grandes almacenes o los remates de lujo, adquiriendo en ellos cuanto mueble, estatua o tapiz atraía sus miradas.—Para el castillo de familia,—como decía ella al firmar esas subidas facturas.

Su esposo fruncía el ceño, pero cancelaba sin protestar las cuentas de su consorte, porque él a su vez invertía gruesas sumas en jardines e invernaderos, trayendo a Chile inapreciables colecciones de rosas, tulipas, jacintos y orquídeas.

Mientras en los patios y galerías todo era agitación y tumulto, en el gran salón Luis XVI, adornado de magníficos espejos, valiosos cuadros y muebles tapizados en rígido brocato amarillo, Rosa Solís, indiferente al torbellino que la envolvía, continuaba con aparente calma reanudando los hilos de malla del deteriorado "store". Sus ágiles dedos se deslizaban rápidos sobre la tela imitando con maestría los dibujos de la cortina. Desde la ventana dominaba todo el parque con la vista. Bajo la sombra de las acacias, el pequeño Tito jugaba distraído, volviéndose sin cesar hacia su aya inglesa: *Is tío Juan never comming, Grace?*—balbuceaba a cada instante

y corría hasta la reja tan ligero como sus piernas se lo permitían; el aya imperturbable seguía sus menores pasos con tiesura de autómeta.

Rosa, desde la ventana, se divertía con la impaciencia del niño, no mayor que la suya, sin embargo. Al inmenso júbilo que sentía viendo tan próxima la llegada de Juan, mezclábanse una turbación, una nerviosidad indecibles que apresuraban los latidos de su corazón y desteñían más aún sus pálidas mejillas.

Dentro de breves instantes estaría Juan en su presencia; ¿qué se dirían? ¿qué leería en sus ojos?...

De pronto se oye el ruido del automóvil que cruza el puente del estero; a lo lejos resuena la bocina; un momento más y estarán a las puertas del parque. Doña Rafaela, Alicia y Tito, que se esfuerza en vano por arrancarse de la mano de miss Grace, corren presurosos hacia la reja.

Llena de sobresalto, Rosa las sigue con el pensamiento; ya llegan, ... avanzan por la avenida de acacias, sus oídos, que aguza la ansiedad, perciben el murmullo de voces. Ahí están: don Guillermo conversa con su viejo amigo Fernando Olivares, doña Rafaela atiende al diputado Raimundo Garcés, en tanto que Graciela y Elena Santibañez charlan alegremente con dos amigos santiaguinos. A cierta distancia, Tito, libre al fin de su terrible "nurse", salta y brinca entre su madre y el tío Juan que lo trae de la mano. En ese instante el joven se de-

tiene cerca de la escalinata para observar algo que el chico le señala con mucho interés entre los árboles.

Rosa pudo entonces examinarlo a su sabor. ¡Qué decepción más grande! Casi no lo reconocía. . . ¿Era ése Juan, su Juanito, aquel joven de elevada estatura, rostro varonil y fino bigote castaño sombreándole los labios? ¿Qué se habían hecho los rasgos de su antigua fisonomía? . . . ¡Pero si ése era un extraño casi! ¡Cuán distinto del ideal que llevaba Rosa en el alma! . . . Y, cerrando los ojos, revivía en su imaginación la querida imagen de su antiguo compañero.

Pronto pasó esta primera impresión. Era él, sí, reconocía su semblante iluminado por súbita dulzura; era su misma sonrisa. El cambio que en el primer momento la extrañara se debía al transcurso de los años. . .

Los viajeros penetraban al "hall", retirándose los jóvenes a sacudir el polvo del camino, mientras el viejo amigo de los Sarmientos, don Fernando Olivares, concluía de referir, en medio de las risas del auditorio el último acontecimiento, la más fresca novedad que circulaba en el gran mundo. El viejo solterón, charlador incansable, saboreaba sus chistosas historietas que tenían la rara cualidad de no ofender a nadie. Era un alegre vividor, en paz consigo y con el prójimo; su fortuna le permitía vivir a su capricho; sin ser egoísta, su comodidad era el primer

artículo de su credo. Don Guillermo y sus hijos eran su familia de adopción, y sobre todo le envanecía ser el padrino de Graciela.

Rosa, entretanto, concluía maquinalmente su trabajo, entregada a sus dulces cavilaciones. Las espesas siluetas de los árboles empezaban a confundirse entre las sombras del crepúsculo; la diáfana luz del sol poniente se difundía tenue, filtrando por el transparente cortinaje y coronando con nimbo luminoso el rostro delicado de la joven que aparecía aún más etéreo en aquella pálida claridad.

Juan, que recorría las habitaciones, penetró en el salón; más, al observar en él a una joven a quien de pronto no distinguió, hizo ademán de retirarse. Graciela le había dicho que estaban solos; ¿quién era, pues, esa niña?

Al ruido de sus pasos, Rosa levantó la cabeza y le divisó en el dintel.

—¡Juanito!—exclamó, dándole en medio de su turbación el antiguo nombre.

—¿Tú, eras tú?—dijo el joven; y avanzando presuroso le cogió la mano que ella oprimía nerviosamente contra su pecho.

Sus ojos se encontraron y sonrieron con deleite. El rostro de Juan manifestaba tal alegría al reconocerla, que el alma entera de Rosa se lanzó hacia él, entregándose por completo a la nueva imagen sin el menor sentimiento por el antiguo recuerdo desvanecido.

La voz de Graciela vino a romper el hechizo.

—¿Qué te dije yo, Rosa?—decía—no te ha reconocido. La Cheñorita es ya una joven, Juan; ya no escalará las pircas ni correrá tras las mariposas como en años pasados; ya tiene pretendientes;... el nuevo administrador está loco por ella,—añadió la indiscreta niña que gustaba de embromarla con el agrónomo y hasta había proyectado casarlos.

Con efecto, el agrónomo parecía enamorado de Rosa. Cuando entraba al parque siempre estaba él en la reja; saludándola respetuosamente la dirigía algunas observaciones sobre el tiempo, las flores y hasta solía acompañarla por la avenida central. Para evitarlo, Rosa tomaba con frecuencia por un atajo o llegaba a su casa por el fondo del parque. Aunque discreta la actitud del administrador, Rosa sufría al sentir fijas en ella las ardientes pupilas del joven; experimentaba en su compañía un indecible malestar, algo que ella misma no sabía definir. Las continuas bromas de Graciela acabaron por hacerle antipático, y en ese momento la afectó como nunca la inoportuna ocurrencia que venía a desvanecer la dicha que poco antes inundaba su alma.

—Siempre con tus pesados chistes,—dijo Juan a su hermana, leyendo en el semblante afligido de Rosa que la broma la había molestado:—La Cheñorita es todavía muy niña para pensar en esas cosas; conténtate tú con encadenar nuevos vencidos a tu

carro de triunfadora,—prosiguió tratando de atenuar la rudeza de su réplica.

Rosa se retiró felicísima aquella tarde. ¿Qué más podía esperar? No solamente recordaba Juan su antigua amistad, sino que con una palabra había demostrado que su afecto nada había perdido con la prolongada ausencia. Volvían a encontrarse como buenos amigos y seguirían siéndolo.

Juan, por su parte, estuvo distraído toda la tarde. Inconscientemente se complacía en recordar la visión de la joven en la ventana. Veía de nuevo el rostro delicado, las límpidas pupilas verdes que a cada instante velaban sus párpados en gesto de graciosa modestia. Volvía a oír su voz juvenil. No era la juguetona chiquilla de largas trenzas y vestido corto la que evocaba su mente; no, era la soñadora joven, casi una desconocida, la niña de mirar dulcísimo y de negros cabellos iluminados por los reflejos del crepúsculo. Así la vería siempre en sus recuerdos: aureolada de luz, mientras el mundo entero quedaba en la penumbra.

Durante la comida, Elena, su simpática compañera de mesa, hizo vanos esfuerzos por cautivar su atención. El, siempre correcto, trataba de agradar mostrándose atento con su buena amiga; pero, bien comprendía ella que su espíritu vagaba lejos... ¿Dónde? No podía sospecharlo y esto la hacía sufrir.

Elena Santibañez perdió desde muy pequeña a su

madre. Su triste niñez se deslizó entre extraños o gente asalariada que no tenían para ella halagos ni ternura. Su padre, agricultor riquísimo, vivía en una de sus estancias enteramente despreocupado de su hija. Viendo tal abandono, la abuela materna de Elena la colocó en el Sagrado Corazón. Ahí fué más feliz; cerca de sus queridas maestras pareciale sentir la tibieza del amor maternal que ella no conocía, pues, como alguien dijo, los huérfanos de madre tienen siempre frío. Entre las buenas religiosas halló además de las ternuras que anhelaba su corazón muchos otros consuelos; en su alma hicieron eclosión los más delicados sentimientos y se arraigó una piedad sólida; su aguda inteligencia se pobló pronto de útiles nociones que habían de facilitarle más tarde su camino por la vida.

Ligada por lejano parentesco a la familia Sarmiento, todos ahí la querían, en especial Graciela, con quien la unía desde chiquilla sincera amistad. Elena con su estatura mediana, sin más belleza que unos admirables ojos negros, no hacía sombra a la arrogante figura de su amiga; por el contrario, la ponía más de resalto. Sin embargo, Elena no era fea, ni con mucho: difícil hubiera sido no admirar su talle gracioso, la finura de sus facciones, difícil también resistir al encanto indefinible que emanaba de su persona. Su alma bondadosa se reflejaba en sus ojos; en una palabra: era simpática. ¡Simpatía! dón misterioso, máspreciado que la belleza, dón que

borra la fealdad y sin el cual la hermosura más peregrina deja de agradar.

Recién salida del colegio, llena el alma de ilusiones, se encontró en trato casi diario con Juan; éste siempre amable, compadecía a la tímida niña que hacía su entrada en sociedad con el natural temor de todas las jóvenes que se estrenan y la atendía con particular interés en bailes y paseos. El afecto de Elena se acrecentó con una gratitud apasionada; desde entonces Juan llenó su corazón ávido de ternura y los tesoros de amor acumulados en su solitaria existencia le pertenecieron.

Juan, en cambio, sólo sentía por ella leal y cariñosa amistad.

En ese instante Elena se perdía en sus tristes ideas; ahí estaban en la mesa uno junto al otro y, no obstante, cuán lejos! Sus espíritus vagaban en pos de sus ilusiones y fantasías...

El amor, caprichoso soberano, que pudo unirles por inquebrantables cadenas era quien en esa hora ponía entre ellos hondo abismo.

VII

A la siguiente mañana Juan, con irreprochable traje de montar, polainas de cuero y pantalón corto, visitaba en compañía de su padre y demás huéspedes el parque y las pesebreras mientras el caballero ensillaba a "Parsifal", brioso alazán de fina sangre, que era todo su orgullo. Con el pretexto de ir a vigilar las nuevas represas del río, dejando a sus amigos, se dirigió al galope a casa de Antonia, quien lloró de alegría al verle.

—¿Me darás un matecito, Antuquita?—suplicó sonriendo con un mohín de niño regalón.

—Cómo no, Juanito, pues.

—Me he venido en ayunas por librarme de las latas del diputado,—decíale, sentándose bajo el corredor en una mecedora de alto respaldo pintarrajeada con vistosas flores, mientras Antonia traía el mate y la bombilla del "niño".

Juan continuaba su alegre charla, procurando con

mil preguntas sobre la finca calmar su impaciencia por ver a Rosa.

De pronto por entre los árboles, destacándose en el fondo verde del parrón, divisó la esbelta silueta de la joven, vestida con un sencillo traje blanco ligeramente escotado. Venía de bañarse en el estero y aún pendían algunas gotas de agua en los rebeldes rizos que el viento arremolinaba sobre su frente. Con las mejillas que brillaban al sol, sus labios entreabiertos y sus pupilas luminosas animadas por intensa alegría, era Rosa una verdadera flor silvestre.

No se cansaba Juan de admirarla, y sus ardientes miradas hacían enrojecer a la joven que presa de exquisita turbación bajaba modestamente los párpados.

¡Qué bien se sentía él en ese ambiente de sencillez y pureza! Mientras más conocía la alta sociedad, sus mezquinos intereses, sus intrigas y bajas pasiones, más le desagradaba vivir en medio de ella, pues la inesperienza propia de sus cortos años no le permitía descubrir las virtudes y bondades que se encuentran también en el gran mundo.

¡Qué contento estoy de haber vuelto, Dios mío, y cuán feliz me siento!—repetía aspirando a pleno pulmón esa mezcla de diversos aromas que hacía renacer en su alma un mundo de recuerdos adormecidos.

Rosa escuchaba en silencio la conversación que sostenían con su hermana, y a hurtadillas exami-

naba ese rostro querido, el más bello que ella pudo imaginar.

—¿Ud. siempre tan trabajadora y tan ringlete, Antuquita?—preguntó Juan que hablaba sin cesar tratando de disimular la turbación que le agitaba deliciosamente.

—¡Qué quiere, Juanito! Hay tanto que ver en una casa... No es que a nosotros nos falte algo, que a Dios gracias mi padre nos dejó de más con qué vivir; pero hay tanta miseria que socorrer, que daría lástima no compartir con otros el pan!

—Así es, Antuquita. El señor cura me decía ayer que Ud. es su brazo derecho y que Rosa toca el órgano y enseña a cantar a las chicas de la escuela parroquial,—repuso Juan dando una mirada acariciadora a la joven.

—Ahora que han llegado su mamacita y las niñas, tal vez ellas querrán tocar el órgano y visitar a los pobres...

—¡Qué esperanza!—exclamó el fogoso muchacho —si ellas no piensan sino en divertirse! Han comprado automóviles, coches y tienen mil proyectos de paseos en la cabeza. No creo que les alcance el tiempo para visitar a los inquilinos.

—Pero Ud. no será indiferente, Juanito, y no se olvidara de ellos,—suspiró Antonia con tristeza. —También es cierto que fueron a Europa y allá se habrán rozado con príncipes y reyes... ¡Qué van a querer honrar esos humildes ranchos!

—Ah! ah! ah! con príncipes y reyes!... Eso no

es tan fácil, Antuquita. Pero ¿dónde anda mi viejo amigo Pedro Luis, que no llega al olorcillo del mate?

—Por aquí hay un pedacito,—contestó el viejo, que a grandes zancadas y con la chupalla hundida hasta la nuca se dirigía hacia ellos.

Se siguió una de abrazos, risas y chanzas; Juan embromando al viejo y éste recordando el tiempo pasado con redivivo entusiasmo.

—Ya estamos reunidos los cuatro como en otros tiempos,—dijo con alegría Juan.—Ahora sólo me falta recorrer los sitios que fueron testigos de nuestros juegos, Cheñorita,—agregó poniéndose de pie.

—Acompáñalo, niña,—insinuó Antonia.

Visitaban el jardín. A sus pies un prado de resedas, claveles y geranios aromaba el aire; las varas de San José inclinaban sus flexibles tallos y los diamelos, el árbol del medio-luto, como lo llamaba Juan en los días de su infancia, lucían sus fragantes flores. Atravesando aquella senda florida, llegaron hasta el rosal que crecía y engarzaba sus ramas en el marco de una ventana. Juan, buscando los ojos de la niña, la dijo:—¿Te acuerdas?—¿Qué decían aquellas simples palabras para que ambos se sintieran poseídos de honda turbación?

Es que en las últimas vacaciones que pasaron juntos, ellos habían plantado ese rosal. Rosa contaba entonces catorce años y él pronto iba a cumplir dieciocho. Un día que Rosa, a orillas del estero, leía las sentimentales estrofas del "Idilio" de Núñez de

Arce, Juan recostado sobre el césped, sin escucharla casi, contemplaba abstraído la negra cabellera que relucía al sol. La soledad del sitio, la atmósfera tibia y balsámica, tal vez la poesía de la naturaleza en aquel ardiente día de primavera en que todo invitaba a gozar de la vida, le inspiraron un ansia irresistible de coger a manos llenas esos tentadores cabellos. Sin apartar de ellos la vista, no resistió largo tiempo a esa fascinación. Sigilosamente desató las gruesas trenzas extendiéndolas cual regio manto sobre la espalda de la niña y cogiendo las sedosas guedejas sepultó en ellas su cabeza, aspirando con delicia su perfume y besándolas con ardor.

Toda turbada, Rosa no sabía qué actitud tomar; mas cuando Juan quiso atraerla hacia sí, lo rechazó indignada y huyó dejando sólo algunos cabellos en manos del atolondrado muchacho.

En vano procuró él verla aquel día: la niña se encerró en su habitación, resuelta a no salir mientras él no se marchara.

Juan recordó entonces el anhelo de su amiguita de tener en su jardín rosas "María Pía"; y cavilando sobre el modo de hacerse perdonar su osadía, le trajo a la mañana siguiente un precioso rosal. La niña lo absolvió al punto y ambos colocaron bajo la ventana de Rosa la planta que hoy se cubría de rosas encarnadas, rosas que para la Cheñorita siempre tuvieron especial perfume y brillo.

Ahora, ante el rosal, se contemplaban; ella entornó los párpados, su garganta se oprimía; suave y

deliciosa emoción embargaba sus almas... y siguieron avanzando.

El pimiento que daba sombra a la casa aún mostraba las señales con que en su infancia marcaron ambos su estatura.

—A ver, Cheñorita, déjame medirte una vez más,—dijo Juan colocando delicadamente su mano sobre la cabeza de la joven que se erguía ante el tronco del pimiento.

—¡Vaya que has crecido, amiguita!...

—Pero no he cambiado,—repuso Rosa,—¡Qué lejos estamos de la infancia!—añadió señalando la distancia que había entre la antigua señal y la que Juan tallaba en ese instante con su navaja.

—Y cuán pronto envejecemos,—agregó Juan suspirando con ironía.

Ambos lanzaron alegre carcajada al mirarse tan jóvenes, tan lejos de la vejez.

Después de recorrer el jardín, lo condujo Rosa al huerto. También allí abundaban los gratos recuerdos.

—Vamos a la huerta, ño Pedrito,—gritó Juan al pasar frente al viejo que despachaba el quinto mate bajo el corredor.

—Anden no más; agora ya son guainas y no harán los estropicios que me hacían cuantuá,—repuso sonriendo, con los ojos brillantes de malicia.

Mientras cogían los ricos duraznos “pelaítos priscos” y saboreaban las jugosas peras de agua, los jóvenes recordaban entre risas las jugadas que le

habían hecho al viejo. Este siempre los arrojaba de la huerta, donde iban a comerse la fruta verde, pisándole los almácigos o despedazando las legumbres. Ellos apenas lo divisaban corrían a agazaparse entre las zarzamoras y masticando la "yerba buena", que crecía a la orilla de la cerca:—Aquí estamos—le gritaban con aflautadas voces; y cuando ño Pedro Luis acudía por aquel lado, en el acto buscaban otro escondite, hasta que el pobre rústico cansado, sin poder atraparlos, concluía por lanzarles un diluvio de amenazas que llevaban al colmo el regocijo de los muchachos.

—¡Qué tiempos aquellos, Cheñorita! Si me dan ganas de volver a ser niño... ¡Cuán feliz era yo entonces!...

—Y ahora, ¿no lo es también?—interrogó dulcemente Rosa alzando hacia él sus pupilas de un candor divino.

—En este momento lo soy,—indicó Juan envolviéndola en una mirada ardiente,—hoy me encuentro dichoso; pero tú no sabes cómo es el mundo, cuán falso e hipócrita; y qué fondo de amargura dejan los desengaños;... tú no puedes imaginar qué infierno encubre el lujo y vanidad de las grandes ciudades.

Y poco a poco, sin advertirlo, volvía a su antigua costumbre de confiar hasta los más íntimos pensamientos a su dulce amiguita. Referíale su vida en Santiago, sus impresiones e inquietudes, sus proyectos, en fin, todo aquello que no ofendiera su

modestia virginal. Oíale ella absorta, feliz con volver a ser su confidente y a las veces le rebatía algunas ideas que hasta ella en su total inexperiencia de la vida consideraba exageradas.

Mucho tenía él que contar; ella muy poco; en el convento los días habían transcurrido monótonos y soñolientos.

—Sin embargo, ha cambiado mucho,—pensaba Juan al verla avanzar por entre los surcos e inclinarse graciosamente para coger las flores que se ofrecían a su paso. Examinando en detalle el rostro gentil de su compañera, el color mate de su tez, aquel cuerpo airoso y flexible que comenzaba a mostrar la flor en el entreabierto capullo, repetía en su interior:—No, no es la misma.

Y en efecto, no era ya la chiquilla rústica e ignorante. Sus estudios le permitían seguir cualquiera conversación, sus modales se habían pulido; había cierta gracia exquisita en sus movimientos, algo de inocente y puro emanaba de su persona y movía a tratarla con delicadeza. Hasta en su andar y vestir se notaba un cambio tal que casi borraba, para Juan también, el recuerdo de la juguetona compañera de antaño.

A la primera visita de Juan siguieron muchas otras. En aquella simpática morada, rodeado de cariño, sin pretensiones ni molestos convencionalismos, ¡qué bien se sentía! Casi no pasaba día sin que se le viera aparecer por las "Chilcas", ya bajo pretexto de una planta que obsequiar a Antonia,

ya con un libro o con un recado de Graciela para Rosa; siempre era bien recibido y él se sentía dichoso lejos del movimiento y vanidad en que vivían los suyos.

Mas, aun cuando él lo creyese así, no era el deseo de reposar el espíritu, ni la tranquilidad del campo lo que le atraía allí; era Rosa, Rosa a quien él empezaba a querer con todo el entusiasmo de los veinte años. Sin notarlo se deslizaba por la peligrosa pendiente que traidora le arrastraba hasta que algún suceso imprevisto lo estrellase contra la realidad.

Entretanto, ambos eran felices. Pasada la primera turbación, al encontrarse y reconocerse de nuevo, tornaron a ser los buenos camaradas de antes; siempre tenían algo que decirse, gozaban con todo, reían sin motivo, reían de ventura... Llevaban el paraíso en el corazón, y plácidamente se abandonaban a la dicha de estar juntos, al inefable encanto de amar.

VIII

Mientras en la morada de Rosa reinaban la paz y el sosiego, todo era agitación y movimiento en las casas del "Rosario". Entre los múltiples atractivos de la hacienda de don Guillermo no era el menor el selecto y numeroso vecindario que alegraba la comarca ahuyentando el tedio, ese formidable enemigo que espera en el campo a la gente de sociedad. A lo largo del camino, entre pintorescos parques y jardines primorosos, levantábanse chalets de original arquitectura. Sus dueños, en su mayoría distinguidos personajes de la capital, venían a pasar una corta temporada en sus haciendas, recurriendo a fiestas y paseos para abreviar en lo posible las horas.

Pronto llegaría el otoño, época en que las "elegantes" dejan las playas de Viña del Mar, Cartagena, Zapallar, etc., y se retiran al campo en busca no de "la descansada vida del que huye del munda-

nal ruido" pues el mundo y el bullicio lo llevan consigo, sino de nuevos placeres. Van allí sencillamente porque es moda, porque el buen tono exige no volver a la capital hasta mediados de mayo, al empezar la temporada de invierno.

Graciela esperaba con vivos deseos el carnaval. Tendría entonces muchos invitados; y en su cabecita frívola bullían fantásticas ideas y proyectos para divertir a sus huéspedes. Quería deslumbrar; buscaba algo sensacional, nunca visto, algo de que se hablara por largo tiempo en la comarca. El afán de lucir era en Graciela una verdadera obsesión que poco a poco iba marchitando sus buenas cualidades; en esa atmósfera de vanidad se disipaban aquella ternura y delicadeza de sentimientos que otrora constituían su mayor encanto.

Mientras llegaba el Carnaval, la joven organizaba "pic-nics", cacerías y "paperchases" en compañía de los vecinos. La carretera real veíase de continuo recorrida por carruajes y automóviles o por cabalgatas de gallardos jinetes e intrépidas amazonas que con gran algazara cruzaban en todo sentido la comarca, ya atravesando la pradera, ya trepando los faldeos de cerro, ya siguiendo el tranquilo curso de los esteros.

Los campesinos que encontraban en su trayecto, al verlos pasar tan alegres y risueños, pensarían acaso:—Ahí van los felices de la tierra. ¡Ben aiga con la suerte del rico!... Mas, cómo engañan las apariencias! En las clases inferiores la necesidad

imperiosa de procurarse el sustento diario, impide que nazcan más elevadas aspiraciones; y muchas veces el pobre, en su miseria, vive más tranquilo y dichoso, falto de preocupaciones y de problemas morales, que el rico en su fausto, mordida el alma por mil inquietudes.

De seguro que esos humildes labradores no hubieran trocado su suerte por la de aquéllos cuyo lujo y hermosura envidiaban al pasar, si, penetrando en sus corazones, hubiesen visto las graves zozobras que los corroían.

El joven diputado Garcés, por ejemplo, bajo su máscara de imperturbable serenidad, llevaba un verdadero infierno en el alma; lo ahogaban los celos y se sentía profundamente infeliz. Estaba enamorado de Graciela, y la joven que conocía sus sentimientos, se complacía en exacerbar su pasión con mil coqueterías.

Raimundo Garcés era miembro de una distinguida familia de Reinosá. Hábil y ambicioso, la política lo cogió en su engranaje, y a los treinta años representaba a su partido en la Cámara.

Viviendo en la misma ciudad que la familia de Sarmiento, fué desde niño amigo de Graciela. Cuando la niña iba al liceo, seguía la él discretamente; este silencioso homenaje halagaba sobremanera la juvenil vanidad de Graciela; no obstante, ella prefería coquetear con muchachos de su edad que eran más alegres y decididos.

Raimundo nunca pudo olvidar la. Cuando don

Guillermo se radicó en Santiago, él decidió seguirla; y tratando de vencer su cortedad de genio, empezó a visitar los salones que frecuentaba la joven. El novel diputado no era un hombre de mundo, si por ello se entiende esa distinción en las maneras, soltura airosa y desplante de buen tono que sólo se adquiere con el continuo roce social. A pesar de su esbelta figura y de sus facciones regulares, no era "chic"; había un no se qué de encogido en su persona, en su vestir correcto pero sin atildamiento, que delataba al hombre de trabajo, despreocupado de las frivolidades mundanas.

De carácter serio, sin ductilidad alguna, amoldábase con trabajo al frívolo trato social, siéndole penoso seguir ese tiroteo de palabras, e inagotables bromas que forman de ordinario las charlas de salón. Desde el pedestal de su conducta irreprochable, tenía el hábito de criticar a todo el que no era sin tacha como él: especie de hermano mayor de la parábola del "Hijo pródigo". Poseía, no obstante, hermosas dotes de caballerosidad y un arrojo a toda prueba para manifestar sus convicciones sin miedo ni respeto humano.

Por uno de esos caprichos frecuentes en el amor, fijó sus ojos en Graciela, turbulenta joven que era, para él, un enigma indescifrable. En vano trataba de penetrar el misterio de esa alma femenina; a las veces creía poseerlo, ella se manifestaba tierna, vibrante, llena de reflexiones de mujer enamorada; pero luego se trocaba en un diablillo malicioso cu-

yos juicios y racionios lo confundían e inquietaban por su audacia, dejándole, bajo su careta de frialdad, más turbado que nunca. Años hacía que en Raimundo se libraba esta batalla entre su cabeza que le proponía buscar una unión más tranquila, más conforme con su temperamento, y su corazón que luchaba con apasionada vehemencia e incansable constancia por la posesión del objeto amado.

¡Cuánto hubiera dado él por ser un alegre despreocupado, sin otro fin en la vida que vestir como un figurín y saber halagar a las mujeres como los petimetres santiaguinos que tenía a su rededor!... ¡Cómo envidiaba a Carlos Rosales, el primo favorito de Graciela, muchacho adocenado y perezoso que jamás quiso estudiar, que vivía a su capricho, gastando el caudal de su madre viuda! Una nulidad completa; empero, ¡qué trato social más exquisito!... ¡Cuánta finura en sus modales y elegancia en el vestir!... Una de las graves preocupaciones de su vida consistía en armonizar el color de su corbata con la punta asomada del pañuelo, con la flor que adornaba el ojal de su vestón o con los calcetines, cuando no lucía polainas claras: era el árbitro de la elegancia. A Carlos Rosales se le invitaba en todos los salones; para cada persona tenía la palabra que agrada; nadie mejor que él para dirigir un cotillón. Si una tertulia por falta de concurrentes, amenazaba ser un fiasco, él proponía juegos de prendas, charadas, etc., y la fiesta resultaba.

Pero si bien Raimundo envidiaba a Carlos esos

triumfos cortesanos, no le temía como rival. Sus celos motivábalos un nuevo amigo de Graciela, y por cierto que su temor era justificado, pues Renato Pérez no era en modo alguno competidor despreciable. Desde luego poseía una hermosa figura; era simpático, espiritual y de ingenio chispeante. Su rostro moreno, sus indómitos cabellos que peinaba en ondas echándolos hacia atrás, descubrían una frente espaciosa; su boca de labios rojos y sensuales dejaba entrever alba dentadura, y el brillo de sus ojos negros y penetrantes completaba un tipo de viril belleza.

Le había conocido Graciela en París: hicieron juntos el viaje de regreso, estrechando así su amistad durante la larga travesía.

Renato era un "sportsman" consumado y un charlador incansable, que a menudo sazonaba su conversación con frases algo temerarias para los oídos de las jóvenes. En París había llevado hasta los veinticinco años la vida más ociosa; y ahora sus padres le enviaban a trabajar a Chile. Pero de la mañana a la noche no se improvisa un hombre de trabajo; y en el espacio de seis meses había recorrido Bancos, Ministerios, Ferrocarriles, sin encontrar en parte alguna empleo a su gusto. Sólo pensaba en divertirse, gastaba toda su fortuna en las carreras, con tanta pasión por los caballos como despegó por sus trabajos de oficina.

Graciela, cuando llegaron a Chile, lo tomó bajo su protección; fué uno de sus íntimos, de los que

formaban su corte. Sus amigos la embromaban con él:—"Si somos amigos, tenemos tanta confianza!"—repetía sin cesar; y, en ese difícil rol de amigo, lo tenía siempre a su lado. El guardaba y disponía de su carnet en los bailes, abrochaba sus guantes, escogía sus lecturas y la enseñaba picantes canzonetas francesas. Ahora, habiendo perdido en las carreras de Viña del Mar la cuantiosa mesada que sus padres le remitían, venía en completa ruina, a practicar un delicioso retiro junto a su amiguita, y por el momento se conformaba con ese platonismo lleno de encantos y peligros.

Graciela es tan distinta de las recatadas muchachas santiaguinas,—solía decir Renato;—con ella se puede charlar en completa libertad. A mí me debe esa independencia de carácter; yo la he transformado quitándole esas ideas rancias que en Chile todo lo invaden cual maleza. Ahora es una parisiense; tiene criterio propio, obra, reflexiona y discurre por sí misma, importándola un ardite la opinión de las viejas gazmoñas que todo lo critican.

Y, no distaba de la verdad el petulante gabachito. A Graciela nada le chocaba ya, nada la asombraba, y fácilmente compartía las ideas de Renato. Con todo cinismo la refería éste sus aventuras galantes en el Barrio Latino, idealizándolas en forma que provocaban el entusiasmo de la joven.

Gozaba ella con estas confidencias; y, cuando la discreta Elena censuraba su impropiedad:—¿Qué tiene de particular?—la respondía,—¿cuándo se te

quitan esos escrúpulos de monja...?—Y sorda a los consejos de su amiga, seguía escuchando con apasionado interés las historietas del París alegre. Entre ellas había una que la emocionaba hasta lo íntimo: la de una estudiante rusa, amiga de un compañero de Renato.—La pobre Natacha enfermó de tisis en París, y todos los estudiantes se turnaban para cuidarla; cual si se tratase de una hermana querida, traíanle flores, adornaban su habitación con chiches y cortinajes; nunca le dejaban sola, y cuando murió todos la acompañaron al campo santo. La amiga de un estudiante era sagrada para los demás; nunca se vió una traición.

Para Graciela estos sentimientos eran nobles, de un idealismo sublime; su imaginación exaltada la hacía creerse por momentos una bohemia parisien-se...—¡Oh! tú serías una chica *épatante*, decía Renato,—*tu serais mienne, n' est-ce-pas?*—añadía envolviéndola en una mirada de adoración.

—¿Quién sabe?—replicaba sonriendo con cierto dejo de malicia;—¡tendría tántos para escoger!...

Con tan poéticos colores refería el joven estas anécdotas, que el vehemente natural de Graciela poco a poco se familiarizaba con el ligero modo de pensar de su amigo; y muchas veces ante sus padres se permitía algunas inconveniencias que los llenaban de asombro sin atinar con el origen de tales ideas.

Por fortuna el mal no era muy profundo todavía, porque Graciela no amaba a Renato; de modo que

el dominio que éste ejercía sobre ella se concretaba a su imaginación. Su alma se conservaba pura, y aún cuando exteriormente desafiaba los antiguos principios, jamás habría cometido un acto del cual tuviera que avergonzarse.

No obstante los acusadores indicios, los celos de Raimundo eran, pues, injustificados; pero no pudiendo adivinarlo, ellos amargaban su permanencia en el "Rosario".

En la quietud de la noche, retirado en su habitación, formaba el propósito inquebrantable de partir, de alejarse de allí. Huir era lo razonable, lo que se imponía: olvidar a la joven que no pensaba en él, que no tenía sus gustos ni sus ideales, a la coqueta sin corazón! A toda costa anhelaba sanar de esa locura; lejos de Graciela, la política lo distraería; vuelto a su antigua vida, recobraría la posesión de sí mismo. . . Pero la mañana desvanecía esas resoluciones; faltábale valor para alejarse, y ¡oh! flaqueza del amor! soportaba su sufrimiento, bastando a hacérselo tolerable la presencia de su amada que le atraía como un imán; hasta sus mismos caprichos acrecentaban su insensato cariño. ¡Adiós inquebrantables propósitos; adiós firmeza de carácter! Su calma desaparecía, e irritado con su falta de voluntad sólo merced a un esfuerzo heroico vencía su agitación.

Graciela, consciente de su poder, lo ejercía con crueldad. De continuo se burlaba de su torpeza en los juegos de deporte, haciendo en forma hiriente

el ridículo de su seriedad; pero, en cambio, cuando Raimundo la dirigía alguna crítica, ella se afligía en su interior, obedeciendo a las sugerencias del joven en circunstancias en que ni a su madre hubiera cedido.

Pero esto ella no quería verlo ni confesarlo.



Cierta vez, estando ambos en el "hall", vió Raimundo sobre la mesita en que Graciela dejaba habitualmente su costura, varios libros de éstos cuya cubierta amarilla es tan conocida. Cogió al azar un volumen, y echado hacia atrás en una cómoda mecedora, se puso a hojearlo. Pronto reconoció en él una novela que hacía poco había leído con viva repugnancia.

—¿Quién lee esto?— preguntó enderezándose bruscamente.

—Yo, contestó Graciela, que sentada en el brazo de un sillón concluía de pulirse las uñas con un pedazo de gamuza.

—¿Realmente?

—¿Y, por qué no?— preguntó a su vez Graciela, alzando hacia él sus sombreados ojos en los que brillaba un relámpago de rebelión.

—Pero si estos libros son perniciosos, Graciela. ¿Sabe doña Rafaela que Ud. se entretiene en seme-

jantes lecturas?—interrogó el joven con tono áspero.

—Ya no estoy bajo tutela yo, Raimundo; ni tengo que darle cuenta a Ud. ni a nadie de mis actos. ¿O me toma Ud. por una chica recién salida de convento?—añadió asestándole una mirada burlona por entre sus largas pestañas.

—La tomo solamente por una niña delicada; no sé si me equivoque...

—Las niñas de hoy en día hemos evolucionado, amigo mío; ya no somos las palomitas blancas cuya inocencia era pura ignorancia de la vida; ahora somos conscientes, conocemos el mal; y, si entregamos nuestro corazón es porque así lo queremos, y no víctimas de una sorpresa o de estúpida ingenuidad,—agregó con sarcástica risita.

—No veo por qué no ha de obrar Ud. conscientemente y guardar su corazón para quien lo desee, sin necesidad de deleitarse con las elucubraciones malas de cerebros desequilibrados,—repuso Raimundo arrojando impaciente el libro sobre la mesa; y luego dando algunos pasos a fin de calmar su irritación, prosiguió:—Si yo tuviera autoridad sobre Ud. esos libros ya no estarían en su poder...

—Felizmente no la tiene,—contestó Graciela encogiéndose de hombros.—¡Ah! Ustedes los hombres, ¡qué tiranuelos son! Les gustaría tenernos siempre bajo su yugo, hacer de la mujer un ente sin voluntad propia; pero eso ya pasó, amigo mío. Hoy la mujer es la compañera del hombre, y no aquélla

de antes que encontraba todo su horizonte limitado al tocador y a las faenas domésticas; hoy toma parte en la sociedad, se aficiona a las ciencias, al arte, asiste a conferencias y reuniones científicas, y, con espíritu libre de prejuicios y no como una muñeca de salón, se prepara a su doble rol de esposa y madre, porque conoce sus derechos. . . —Y la joven, a medida que emitía con voz vibrante sus opiniones, se iba exaltando, se encendían sus mejillas, sus cejas se contraían ligeramente y sus pupilas azules tornábanse casi negras.

—Permítame decirle, Graciela,—interrumpió Raimundo,—que está Ud. en un profundo error al creer que a los hombres nos desagrade que la mujer piense, racione y se interese por abarcar nuevos horizontes. Necios seríamos y culpables si así lo hiciéramos, puesto que redundaría en provecho nuestro que la mujer no sólo sea el mejor adorno de nuestro hogar, sino, como Ud. dice bien, la compañera que estimule nuestros esfuerzos, la amiga que nos conforte, y, con su inteligencia bien dirigida, hasta la consejera, en algunos casos. Nadie más partidario del verdadero feminismo que yo; reconozco a la mujer sus derechos y celebro sus esfuerzos para hacerlos respetar; comprendo su noble ambición de ocupar por su talento y cultura el lugar que le corresponde junto al hombre; pero de allí a la corrupción del corazón, a la pérdida del buen criterio, y a las mil fatales consecuencias que traen consigo las libertades mal entendidas, hay un

abismo... Le confieso ingenuamente, Graciela,— prosiguió el diputado después de breve pausa,— que en este caso prefiero cien veces a la niña candorosa que sólo sabe amar, a la moderna que con sus filosofías y raciocinios complicados diseña entre sus blancas manos todos los ideales purísimos que formaban el mayor encanto de la mujer, a la vez que desdeña las virtudes íntimas que son indispensables en el hogar.

—Sin embargo, señor predicador, la niña candorosa, era una hipócrita y obraba peor que la moderna. Hoy la joven es más independiente, lo confieso; pero no oculta como un crimen sus naturales aspiraciones, ni sus pensamientos audaces, ni menos aún sus acciones; si un joven la pretende, pasean juntos a la luz del día: en otros tiempos también se juntaban, pero la palomita “candorosa” llevaba la conciencia intranquila:—¡Ay! si nos viese mi mamá, qué susto!—Y como se les hacía creer que aquello era malo, se escondían de las miradas ajenas. ¿Ve Ud. la diferencia?

—Pero el corazón, Graciela, ése guarda sorpresas que a las veces traicionan al cerebro más equilibrado...

—¡Oh! el corazón!... ése lo tenemos muy sujeto. Yo, al menos, soy de un temperamento tan frío, que jamás me arrebatará la pasión... creo que no amaré nunca,—añadió, fijando en él sus miradas con una expresión maliciosa que acabó de exasperar a Raimundo.

Una profunda cólera vibraba en él, unida a un deseo de vengarse, de doblegar esa voluntad rebelde; pero como tenía tanto dominio sobre sí, conservó su actitud tranquila, y sólo su semblante siempre pálido tomó un tinte ceniciento con los esfuerzos que hacía para permanecer impasible.

—Más vale así, habrá menos desgraciados en el mundo. . . Pero, ¿sabe que es Ud. muy cínica, Graciela?—díjole de pronto Raimundo, en tanto que encendía con fingida calma un cigarrillo.

Al oír este apóstrofe, enrojeció Graciela cual si le hubiesen azotado el rostro; y con voz trémula de ira respondió:

—Y Ud. un grosero, provinciano y mal criado. . .

Raimundo no replicó; a largos pasos recorría el "hall" preguntándose a sí mismo:—Pero, ¿qué hago aquí, Dios santo? por qué no me voy?—Sí, aquello era intolerable, no podía soportarse por más tiempo! Ya no se preocuparía más de ella; había tantas niñas encantadoras y de mejores sentimientos.

De súbito, sin dirigirle una mirada, salió del "hall" y torció hacia el parque, donde los demás huéspedes, en amena charla, disfrutaban del fresco en la glorieta de los chirimoyos.

Graciela le siguió con la vista y, por una de esas inconsecuencias frecuentes en la mujer, sus ojos se llenaron de lágrimas y una nube de tristeza veló su hermoso semblante. ¿Por qué? Ni ella misma hubiera podido explicarlo.

El resultado de la riña fué que los libros desaparecieron y que Graciela no los leyó.

A esta victoria siguieron muchas otras; Graciela había encontrado la mano del amo, y a despecho de sus teorías modernas, de sus discursos y protestas de libertad, voluntariamente inclinaba la cabeza al yugo que, impuesto por otro que Raimundo, jamás habría tolerado.

IX

Los domingos, la misa reunía en el pueblecillo de "las Chilcas" a las familias de los hacendados vecinos, que aprovechaban la ocasión de lucir sus carruajes o sus caballos de fina sangre. La plazuela de la iglesia se llenaba de gente: unos venían llenos de fe a cumplir sus deberes de cristianos; otros, simples turistas, se entretenían examinando las curiosidades de la antigua capilla. En el altar mayor se alzaba una virgen del Carmen de madera tallada, vestida de raso café y manto de seda blanco cuajado de lentejuelas y pedrerías; de su cabeza coronada de estrellas caían sobre su espalda lacios cabellos negros. El Calvario era aún más antiguo. En todos los altares se veían santos de "palo" con vestidos chillones y recargados de adornos al gusto de los piadosos feligreses que tenían en gran veneración esas imágenes y no toleraban modificación alguna en su indumentaria; ellos mismos se encargaban de renovarla.

Lo único moderno en la iglesia era el coro; ahí se encontraba el órgano que las "Hijas de María", presididas por Antonia Solís, habían obsequiado a su viejo párroco en sus bodas de plata. Este valioso dón hacía la felicidad del anciano sacerdote. Al escuchar los acordes del órgano, su sencillo corazón sentíase más unido aún al concierto de los ángeles; la música añadía unción a sus fervorosas plegarias. Rosa, su querida ahijada, hacía de organista; y a menudo los juveniles cánticos de las niñas de la escuela se mezclaban con su armoniosa voz de soprano.

Con frecuencia la familia de Sarmiento invitaba a sus amigos a pasar el día de fiesta en su hacienda. Allí las horas se deslizaban rápidas entre los paseos por el parque, el flirteo desembozado y el tennis; los más tranquilos se limitaban al bridge. Algunos santiaguinos acudían, asimismo, a respirar las brisas del campo esquivando los calores tórridos de la capital.

Graciela preocupada siempre de sus preparativos para el Carnaval, insistió aquel Domingo en sus invitaciones, a fin de arreglar el programa con sus amigas que aceptaron gustosas: la entrada a las "casas del Rosario" era como diploma de buen tono, porque ahí sólo se recibía a la mejor sociedad.

Cuando la plaza quedó desierta, y los carruajes se dispersaron, bajó Rosa del coro para volver a su morada. En el pórtico de la iglesia, Alicia, que la esperaba, se adelantó a saludarla y cumplir un

encargo de Tito, su regalón. El niño estaba enfermo y todo el día clamaba por su Cheñorita; ella le contaba cuentos de brujas.—“tan lindos, de ésos que no sabe Grace”,—decía el chiquillo mirando con desprecio a su “nurse”.

Rosa prometió ir, y luego se separaron.



En tanto llegaban sus huéspedes, Graciela, muellamente reclinada en un diván del “hall”, discutía con Juan el programa de las fiestas de Carnaval.

—¿Un rodeo? Pero eso es muy poco “chic”, muy ordinario, Graciela; ¿cómo es que a una parisiense cual tú se le ocurre semejante idea?

—Es cierto que no es un espectáculo muy culto; pero Mr. y Mrs. Leighton manifestaron deseos de ver un rodeo, y yo les prometí que verían uno, a la chilena, para el Carnaval.

—Pero si ya se hizo la aparta de los animales...

—Eso me tiene muy sin cuidado... Se hará un simulacro de rodeo,—respondió tranquilamente Graciela, habituada a ver realizarse todos sus caprichos.

—¡Cómo! ¿Qué quieres decir?

—Déjame explicártelo. En el sitio que ocupaba la trilla, se puede formar una elipse con una empalizada; alrededor de ella levantaremos algunas

tribunas, envueltas entre plantas y banderas; presentarán buen aspecto. Se visten diez o doce huasos bien bizarros con sus aperos de gran parada, montados en briosos caballos con sillas a la chilena y hasta se pueden buscar cantoras con arpa y guitarra para que el cuadro sea completo.

—¿El círculo en que correrán los animales estará alfombrado?—preguntó con ironía Juan.

—¿Te parece que Rosa podría ser una de las cantoras?—dijo con suavidad Graciela que, picada por la burla de su hermano, quiso herirlo a su vez.

A pesar de la mordaz réplica, Juan no se alteró; sólo sus finos dientes mordieron rabiosamente los labios.

—¿Qué otros proyectos tienes?—preguntó fingiendo no haber oído las palabras de Graciela.

—Un paperchase en el que tomarán parte todos los vecinos, seguido de un gran almuerzo en la Quebrada del Mirador. Tú que eres tan buen jinete podrías ser el zorro...

—¿Yo? No cuentes conmigo para nada. Tengo mucho que trabajar y no sé si estaré aquí en esos días. Dirígete más bien a Carlos y arregla con él tus festejos y paseos; él se deleita en esas estupideces y te dará buenas ideas...

—¡Qué muchacho más insoportable!... Desde que eres ingeniero has adquirido unas ínfulas que no hay quién te soporte... ¡Qué sensible es que Roberto no se decida a venir! Ése sí que es atento, cariñoso, sociable, y no tú, que cada día estás más

hosco y huraño. Voy a escribirle; puede ser que venga.

—Pierdes el tiempo, Graciela,—interrumpió con flemá el joven,—Roberto anda a caza de una heredera, y éste es el momento propicio para atraparlas en Viña.

—¡Ojalá pueda!... él con sus ideas aristocráticas no deshonrará a su familia; en tanto que tú el día menos pensado te casas con una cualquiera.

—¿Qué pasa, niños?—interrogó don Guillermo que en ese instante entraba al "hall" en compañía de doña Rafaela y de don Fernando.—Siempre discutiendo ustedes.

—Pero, papá, si es Juan que está cada día más intratable... Tiene unas ideas tan absurdas que, si no las abandona, acabará mal.

—Nó te inquietes, hijita,—repuso el caballero;—por el momento el porvenir de tu hermano no me inspira temor; no veo para qué te alarmas tú... —y en seguida volviéndose a Juan,—pero realmente, hijo mío, tú nos ocultas alguna seria preocupación. ¿Por qué tú, que eras tan alegre y jovial, te irritas por la menor cosa?

—Es que me enferma, papá, esta atmósfera de falsedad y *snobismo* que hoy se respira en casa... ¿Por ventura no es nuestra familia bastante antigua, bastante noble para que necesitemos conducirnos como advenedizos, exhibiendo blasones en la puerta de nuestras casas, formando galerías de antepasados apócrifos o poco menos, buscando re-

laciones de tono, brillantes, y abandonando las viejas amistades cuando carecen de lustre... Esto es lo que me irrita, padre mío. ¿A eso fueron a Europa? Para hacer un ídolo de su persona, para vestirse como artistas de ínfimo orden, para hablar con desenfado las impropiedades más grandes, para leer cuánta inmundicia les llega a las manos y salpicar su conversación de frasecitas en idiomas extranjeros?... La peor de las pedanterías. ¿Dónde está la modestia, dónde la encantadora sencillez de las jóvenes? ¿Dónde la vida íntima y de hogar que hacían nuestros mayores? La sociedad decae lastimosamente; creen imitar al gran mundo francés y sólo imitan a la burguesía...

—Basta, Juan,—interrumpió disgustada doña Rafaela,—los mayores a quienes acabas de evocar hablaban con más respeto ante sus padres; parece que lo olvidas.

—Perdona, mamá; discurría en general, sin personalizar;—respondió en tono sumiso Juan;—esto que yo digo lo vé cualquiera todos los días en Santiago. La vanagloria, el deseo de brillar han llegado a tal extremo que hasta en los colegios, la fortuna y posición social de los padres, es el tema de las conversaciones; y hay niños que, en la misma clase, jamás han dirigido la palabra a un compañero de apellido “siútico”, como llaman a aquéllos cuyos nombres no figuran en el rol de la nobleza.

Un distinguido ingeniero francés me refería hace poco un hecho que proyecta viva luz sobre el estado

moral de la sociedad. En la estación Mapocho compraba boletos para Valparaíso al mismo tiempo que él un caballero muy conocido, a quien acompañaba una jovencita de diecisiete años escasos:—Papá, por favor, toma Pullman,—decía la niña,—te lo pido por Dios; saliendo de Chile haremos economías.—Y en efecto, así lo hicieron. Algún tiempo después, al tomar el tren de París a Bruselas el ingeniero de mi historia notó que unas personas le esquivaban el rostro y subían precipitadamente a un vagón de tercera clase. Aguijoneada su curiosidad, trató de reconocerlos; ¿y cuál no sería su sorpresa, al encontrarse con los elegantes viajeros del Pullman? Mas esta vez el francés iba en coche de primera y los vanidosos santiaguinos en tercera, más confortable que los nuestros, por cierto, pero de ínfima categoría, sin embargo.

Don Fernando y el señor Sarmiento celebraron el cuento del francés; Juan envalentonado siguió exaltándose más y más, dando certeros golpes a las vanidades y farsas que tanto pugnaban con su carácter franco y sin dobleces.

—Y, ¿para qué hablar de la moralidad?—prosiguió,—creen que dejando la tierra que las vió nacer, el recato y pudor de una joven están de más. En ese ambiente de sensualidad y placer, diríase que pierden toda noción del bien y del mal; tienen fiebre de goces, y sólo buscan sensaciones más o menos violentas y corruptoras. Una señora de regular edad

se jactaba de haber recorrido todo París.—Nada se me ha escapado,—decía la muy zonza,—desde el Moulin-Rouge hasta el último café-concert; donde había algún pasatiempo original, ávida me introducía.

—Tú exageras, Juan; sabe Dios a qué clase de gentes pertenecería la señora ésa...—dijo Graciela fastidiada.

—Una señora tan distinguida como tú; pero chiflada por los aires parisienses, que sólo a las cabezas muy equilibradas no marean.

—Miles de anécdotas escabrosas podría recordarte que demuestran el espíritu pequeño con que visitan el viejo mundo algunas americanas... Más que a conocer las maravillas y bellezas que en él se encierran, van a saciar ese anhelo inmoderado de lujo y vanidad que las domina, a traer y exhibir trajes de grandes modistos; van en busca de aquel ambiente febril que las atrae y al que poco a poco se habitúan. Para eso no había necesidad de atravesar los mares...

—¿Sabes, Juan, que erraste la vocación? Debiste ser abogado; tienes sobresalientes dotes de orador,—dijo con sarcasmo Graciela.

—No te burles, hijita. Algo de lo que dice tu hermano es verdad; sin embargo, hijo mío, encuentro muy exagerado tu modo de pensar; tus cortos años y tu inexperiencia disculpan esa exageración. ¡Cuidado, Juan! No aumentes el número de los Jeremías que tanto abundan en Chile, de

esos que todo lo critican, que dan golpes ciegos encontrándolo todo viciado y deprimido...

Yo les diría a aquellos que aconsejan la propaganda en el extranjero: "pónganle primero mordaza a los chilenos", pues son ellos los que más desacreditan a su país y los que se encargan de divulgar nuestros defectos exhibiendo las llagas que otros más amantes de su patria se cuidan de mostrar. No vayas, hijo mío, a engrosar esa falanje de pesimistas. Junto a los abusos que tú criticas, hay miles de hechos dignos de alabanza. Si es cierto que el lujo y vanidad echan profundas raíces en nuestra sociedad, también lo es que la civilización ejerce su bienhechora influencia. Esas mismas jóvenes que tan duramente censuras, se entregan a obras de caridad, fundan Crêches, gotas de leche, asilos, sociedad de Hormigas, y ejercen en mil formas la caridad cristiana. Yo, a mi vez, podría referirte mil anécdotas de acciones heroicas que acaso pesarían más en la balanza de la justicia que los que tú repruebas. También ellas se dedican al cultivo del espíritu, se aficionan a las artes, a la ciencia; no todo es frivolidad en ellas. No te entregues, Juan al pesimismo; no hay nada más antipático;—y, luego, acercándose con cariño, le dió unas palmaditas en el hombro y con acento entre burlón y cariñoso añadió:—¿Qué estaré yo albergando en mi casa a un futuro socialista?

La correspondencia que en ese momento traía Elena, cortó de hecho la discusión. Tras de ella ve-

nían el diputado y los demás huéspedes que se ensayaban para el torneo de tennis que tendría efecto en la tarde.

La llegada del correo es en el campo el gran acontecimiento del día. Es lo desconocido que entra, es la civilización que nos alcanza; es también un recuerdo que damos a los ausentes; por eso se le desea siempre tanto y se le recibe con alborozo. Cada cual se engolfa en la lectura de sus cartas; periódicos o revistas dando alguno de repente noticias de interés general.

El "hall" era el lugar obligado donde la familia se reunía a la hora de la siesta. El gran vestíbulo ofrecía alegre aspecto con los helechos, bambúes y palmeras diseminados entre las estatuas de terracota y los jarrones chinescos que en gran número lo adornaban. En la feliz elección de los muebles no sólo se había consultado la elegancia, sino asimismo la comodidad: muebles, butacas, divanes turcos afirmados en los rincones y varias mesas llenas de periódicos completaban el comfortable aspecto de este sitio predilecto de la familia y de sus huéspedes. Por la noche iluminábase el "hall" y numerosos rosetones de luz eléctrica rodeaban la cúpula que desde lejos parecía un inmenso globo de fuego.

—¡Caracoles!—exclamó de improviso don Fernando, soltando el diario que tenía en la mano:—
¡Cayó la coalición!

—No estés embromando, no puede ser... serán

cosas de la prensa de oposición,—dijo alarmado don Guillermo.

—Lee tú y convéncete,—replicó impaciente el señor Olivares, levantando el diario del suelo y señalándole a su amigo la columna de informaciones políticas,—“Ruptura de la Coalición, inminente caída del Ministerio, reforma electoral... y, ¡chuña para los tunguses!...—agregó don Fernando arrojando de nuevo el diario.

Terció el diputado y la controversia siguió acalorándose. Como ocurre siempre, cada cual se imaginaba estar en la verdad y creía, naturalmente, lo que le convenía, rechazando las noticias que le desagradaban. Tuvieron, no obstante, la necesaria cordura para no quemarse la sangre con discusiones políticas.

Mientras ahí se disputaba con calor, Juan, en el otro extremo del “hall” leía una voluminosa carta que, a juzgar por el interés que le prestaba, debía ser importante.

—¿Nada nuevo, Juan?—preguntóle don Guillermo.

—Sí, papá. Don Domingo San Cristobal me escribe para ofrecerme el cargo de segundo ingeniero en los trabajos fiscales de Vicuña; me da de plazo hasta el primero de marzo para resolver: si me decido a aceptar deberé estar allá el día ocho.

—Tiempo tienes para pensarlo, pero, ¿no crees que Vicuña es un poco lejos? Sería una especie de destierro para tí; sin embargo, no puede ser más

honrosa la propuesta de tu jefe; te dejo completa libertad para resolver, a pesar de que a tu padre le harías una falta inmensa...

—Voy a contestar en el acto que no acepto,—dijo con impetuosidad el generoso joven, advirtiendo la emoción de su padre.

—¡De ninguna manera! Te lo prohíbo, Juan; Domingo dice que te aguarda hasta el primero; pues hasta ese día tiempo tendrás para reflexionar. Nunca me perdonaría si con mi egoísmo cortase el brillante porvenir que te espera;—añadió don Guillermo sumiéndose en profunda meditación.

—Graciela,—exclamó de pronto doña Rafaela,—Madame Rochette me anuncia que nuestros vestidos estarán listos para el carnaval. ¡Qué felicidad! Yo no he dormido estas últimas noches pensando que nos iba a chasquear...

—¿De veras, mamá? A mí que nada me desvela, ni nadie me preocupa,—respondió con indolencia Graciela dando una mirada de soslayo a Raimundo que desde algún tiempo atrás finjía no reparar en ella.

Elena y Carlos Rosales hojeaban algunas revistas ilustradas y hacían comentarios en voz baja; Renato leía su numerosa correspondencia de postales y esquelas perfumadas que parecían divertirle extraordinariamente.

—Aquí hay una carta para Alicia Sarmiento de Fleman: voy a llevársela en seguida,—dijo Juan encaminándose a las habitaciones de su hermana.

Sentada cerca de la ventana en actitud pensativa, Alicia, recorría con displicencia un libro, mientras su mirada melancólica se perdía en el espacio. Junto a ella, en la cuna, dormía una linda niñita rubia, tesoro de su atribulada madre. Cuando Lissy vino al mundo, Alicia, destruídas ya sus ilusiones, apuraba hasta las heces el cáliz de la amargura; su hija vino a endulzarle en parte las penas de la vida. La joven, débil y extenuada, parecía carecer de energía; su hermoso semblante tenía un sello de tristeza, y en sus sombreados ojos podían verse huellas de lágrimas. En medio de las fiestas que a diario se sucedían en la casa, ella se sentía desconsolada; el recuerdo del pérfido esposo flotaba en su imaginación como espectro de muertas dichas, produciéndole una angustia indecible, una rebeldía de todo su sér, seguida de un abatimiento cada vez mayor.

En la estancia vecina se escuchaban risas y gritos de alegría.

—Tito, vengo a llevarme a Rosa,—dijo Juan deteniéndose en el umbral de la elegante habitación adornada con muebles de laqué blanco. En un pequeño catre de bronce se revolvía el simpático Tito, querubín de grandes ojos azules y de blondos rizos esparcidos por la almohada. A su lado estaba Rosa edificándole casas y torres con los palitos de color que llenaban la cama.

—La Cheñorita es mía, tío Juan; tú no me la puedes quitar ahora,—arguyó con énfasis el chico,

rodeando con sus bracitos el cuello de la joven, cual si temiese que le arrebataran su tesoro,—ella se va a casar conmigo cuando yo esté grande.

—Falta mucho para que tú crezcas, Tito.

—Si es que me voy a poner la máquina de estirar aunque me duela, y en una noche estaré tan grande como tú, tío Juan,—repuso el niño en su media lengua, los ojitos chispeantes de entusiasmo.

—¿Quién te ha contado semejante cosa, tontuelo?—preguntó Juan acariciándolo.

—¡La Cheñorita! Y, si no crezco con la máquina, busco una varillita de virtud, me vuelvo príncipe y me la llevo a mi palacio encantado,—dijo triunfante el delicioso chiquillo, cubriendo de besos el rostro de Rosa.

Juan no se atrevió a enojarlo más, envidiando aquella edad feliz en que se vive de ilusiones y quimeras y en la cual los desengaños y decepciones no abaten ni causan sufrimientos. Tito vivía el mismo sueño que fué el encanto de su niñez: casarse con Rosa.

—Y, ¿todo el día vas a estar encerrada con este rapaz, Rosa?

—Hasta la tarde solamente. Mi madrina me recomendó que estuviese temprano en casa...

—No se va la Cheñorita; ándate tú, tonto; mi Rosa es mía, y a tí no te quiero,—gritó afligido el niño, haciendo "pucheritos", a la vez que asomaban lágrimas por entre sus largas pestañas.

—¿Es verdad lo que dice Tito, que no me quieres?—preguntó sonriendo el joven.

Rosa levantó hacia él sus dulces ojos y sonrió sin contestar.

En aquel momento llegaban las esperadas visitas. Juan acudió a saludarlas dirigiéndose con ellas a la cancha de tennis.

Rodeada ésta de encinas y espesos rosales, el blanco cemento formaba un claro bastante espacioso en medio del verde follaje del parque. Don Guillermo había hecho construir junto a las canchas una terraza desde la cual se divisaba el juego. Algunos pinos y palmas reales crecían en medio del césped y una artística glorietta cubierta de rosas trepadoras completaba la belleza del sitio.

La terraza veíase llena de grupos femeninos que lucían preciosos trajes de telas blancas prolijamente bordados y coquetos sombreros de paño suelto que realzaban la hermosura de sus rostros juveniles.

Todo lo animaba la alegría de esa juventud primaveral que ríe y charla sin preocupaciones, gozoza de vivir la vida. Los jóvenes, elegantes en sus trajes de franela inglesa, mariposeaban alrededor de ellas.

En el centro Renato y Graciela formaban una pareja digna de llamar la atención por su esbeltez y donaire; el rostro moreno de Renato contrastaba con la tez luminosa y los cabellos de oro de Graciela. Ambos sostenían un reñidísimo juego contra

Juan y una simpática niña de los alrededores. La lucha era ruda; Juan era un contendor formidable; las pelotas que lanzaba su raqueta era difícil contestarlas y además su compañera lo secundaba con maestría. Los contrarios tampoco eran campeones despreciables; Renato con su asombrosa agilidad de avezado "sportsman" los mantenía a raya: difícil hubiera sido predecir quién ganaría el "set".

En la glorieta la gente seria había organizado dos mesas de bridge y allá la lucha era también encarnizada.

Entretanto, los demás espectadores, afirmados en la balaustrada de la terraza, seguían con interés el juego, admirando la espléndida belleza de Graciela, su cuerpo escultural plegado en mil actitudes de refinada coquetería a la vez que su destreza en el manejo de la raqueta. Raimundo la devoraba con los ojos; mas, cuando llegaban a sus oídos las risas y bromas de la joven y veía fijas en ella las miradas de adoración en que la envolvía su atrevido compañero, su pálido semblante enrojecía de despecho. Por fin, no pudiendo soportar este espectáculo, se retiró de la baranda, y encogiéndose de hombros, como quien aleja una idea importuna, se dirigió a la glorieta a observar allí otro juego que no le alterase tanto los nervios.

Después de ruda pelea se concluyó el "set", pronunciándose la victoria en favor de Juan y de Malvina Ureta que resultó ser una "champion". Jadeantes regresaron los jugadores; en tanto que

otros los reemplazaban, Graciela y Elena servían el te, distribuyendo las hermosas tacitas de porcelana china con el humeante brevaje, acompañado con su cortejo británico de "*sandwichs, jam, 'cakes, muffins, scons, etc.* En general, los manjares han conservado sus nombres franceses; pero a la hora del "five-o'clock-tea", la supremacía inglesa se afirma de un modo indiscutible, más aún si éste es servido sobre el césped entre el tennis y el bridge. A la moda de Albión se toman varias tazas de la grata bebida "que se pasa a fuerza de pan" según el decir de un chileno poco versado en las fórmulas que rigen en los centros de deporte.

Luego se trató entre la juventud de los proyectos de fiesta para el Carnaval. Graciela expuso su programa que fué aprobado con entusiasmo.

—Ahora queda lo principal,—dijo la joven.—Papá desea dar un baile para el último día de Carnaval; pero yo no quiero nada rutinario, deseo algo de novedad, algo que no se haya visto en otra ocasión. Renato me decía que podíamos organizar un pequeño concierto al aire libre.

—¡Espléndida idea, luminosa creación! propia de tí, ¡oh! parisiense transplantado!—dijo César de la Fuente, muchacho agradable y gracioso de cuya fealdad él mismo hacía mofa. La naturaleza no había sido pródiga en el reparto de sus facciones, dándole sólo una muestra de ese órgano que le sobraba a Cyrano. Sus amigos por cruel antonomasia le llamaban *¡Nariz!*

—Todos los concurrentes, que serán numerosos,—continuó Graciela,—pues además de los vecinos vendrán muchos de Santiago y algunas familias de Reinosa, se vestirían no de fantasía, que eso está muy trillado, sino al estilo de una época, representando personajes que hayan existido, en la corte de Luis XVI, por ejemplo, o de pastoras de Watteau...

—¿Algo así como las fiestas de María Antonieta en el Trianón?—interrogó una de sus amigas.

—Exactamente, Lolita. El parque se iluminará con linternas venecianas, las fuentes despedirán chorros de luz de diferentes matices y, cerca de los chirimoyos improvisaremos un proscenio en el que harán su estreno nuestras artistas. Carlos, coge un lápiz para que tratemos de redactar una parte del programa, ¿quieres?

—Ya está hecho,—dijo el joven disponiéndose a escribir.—*Primo*: obertura por la orquesta.

—No, no, nada de eso; te pido seriedad por el momento, primo mío...

—¿*Primo*?—repitió Carlos.

—La célebre coupletista Gracielle de Sarmant cantará algunas canzonetas francesas acompañada por el eminente maestro René Pérez. Escribe pues, hombre,—exclamó Renato sacudiendo el brazo de su amigo.

—¿Segundo?—interrogó Carlos.

—Tango argentino, bailado por los insignes danzantes Renato y Graciela.

—¿Tercero?

—Raimundo, ¿no querría Ud. decir un monólogo?—dijo con fina ironía Graciela.

—Con mucho gusto; casualmente en estos días he leído uno que serviría para el caso; quizás no sea muy jocoso, pero tiene el mérito de ser de actualidad.

—¿Cuál es su título?

—“Un ciego recobra la vista”.

—¿Será alguna parábola del Evangelio, un milagro de Lourdes o una réclame de oculista?

—Nada de eso, Graciela. Se trata de una ceguera moral, de un ofuscamiento de los sentidos; afortunadamente el infeliz obcecado recobra a tiempo el juicio y vé el abismo en que iba a precipitarse.

—¿Algo filosófico entonces? Apunta Carlos; después del voluptuoso tango, vendrá bien algo que repose el espíritu,—dijo Graciela mordiéndose los labios, roja como una amapola.

—*That is one in the eye*,—susurró por lo bajo Renato, tendido en el césped a los pies de la joven.

—Señoritas de la Fuente: ¿podrían ustedes ejecutar con la maestría que las distingue, una pieza de concierto?

—Con mucho gusto, Gracielita,—respondieron a un tiempo las hermanas, lo cual no extrañó a nadie, pues siempre hablaban juntas, en forma que sus interlocutores no sabían a cual escuchar.

—¿Cuarto?

—Elena, tú podrías cantar un dúo con Carlos, ¿qué te parece?

—Bueno,—respondió con indiferencia Elena, no pudiendo resistir al ardiente ruego que leía en los ojos del enamorado tenor.—¿Cuál podemos cantar, Carlos?—preguntó sonriente.

—“El Conde de Luxemburgo”,—insinuó a media voz Renato.

—¿El dúo del “Guarany”, si a Ud. le parece bien, Elena?

—Perfectamente; ése ya lo sabemos; habrá menos peligro de ser silbados.

—Sin embargo, yo creo que habrá que ensayarlo bastante; ¿no te parece, hombre?—dijo Renato guiñándole un ojo.

—¿Quinto?

—El monólogo de César; ése no se puede suprimir.

—*Volontiers, volontiers*, — repuso el afortunado “Nariz”, que era el gracejo de la compañía, a la vez que literato y poeta.

—Los otros números los llenarán artistas que vendrán de Santiago. En estos días les comunicaré el resto del programa teatral. Ahora veamos el final que es lo más interesante.—“Un cuadro para el Salón”, graciosa comedia en un acto, traducida del francés por Renato y que aún no ha sido representada en Chile. Es chistosísima,—prosiguió Graciela,—yo la ví en el “*Vaudeville*”, y no espero reirme más en los días de mi vida.

—Veamos, más o menos, ¿de qué se trata? ¿Cuál

es su argumento?—averiguó uno de los concurrentes.

—La escena se desarrolla en casa de un pintor que aspira al premio en la Exposición de Pintura. Varias muchachas se disputan el honor de servirle de modelo y maquinan la una contra la otra; vienen intrigas graciosísimas y equivocaciones cómicas; hay también un viejo barón que todo lo paga y a quien engañan todas las modelos; les aseguro que será muy aplaudida.

—¿Cuál es el título, para apuntarlo?—interrogó Carlos.

—“Un cuadro para el Salón”.

Don Guillermo hasta ese momento había concentrado toda su atención en el bridge; mas, en esa vuelta del juego le tocaba estar muerto (dummy); al oír el título de la comedia inquirió inmediatamente de qué se trataba.

—Graciela, hija mía... ¿Estás loca? o es una broma del mal gusto que quieres hacer? ¿Cómo puede caberte en la cabeza tamaño disparate?

—Pero, papá, si Renato le ha suprimido mucho...

—Habrá que suprimirlo todo; recuerdo muy bien el día que la vi en París, y la encuentro por demás inconveniente...

—Pero, papá...

—Es inútil insistir, hijita,—replicó don Guillermo con aspereza;—aún tienes tiempo para buscar otra comedia más apropiada.

—Es inútil, Graciela,—replicó a su vez doña

Rafaela,—yo soy socia de la Liga de Censura teatral y estoy obligada a velar por la moralidad. ¿Qué pensarían de mi en Santiago si en mi propia casa se representasen comedias tan subidas de color?

—Está bien, mamá,—replicó la joven,—representaremos “El Martirio de Santa Filomena”, “Justo y Pastor” o la “Mahometana cristiana”...

—Elena, tú podrías escribirle a Madre Talavera pidiéndole alguno de esos sainetes y después que los lea papá, si los encuentra morales se los mandamos a la Liga para que dé su aprobación...

Pero ya sus padres habían reanudado el juego y entretenidos discutiendo un “sin triunfos” no escucharon la insolente réplica de la niña mimada.

Renato que continuaba en su indolente actitud a los pies de Graciela, parecía absorto contemplando algo que se movía por entre las encinas de la cercana avenida.

—Ahí tenemos una pastorcita disfrazada antes de Carnaval,—exclamó de pronto, rompiendo el pesado silencio que reinaba después de la última escena.

Todos, volviendo la cabeza, vieron avanzar a Rosa. Regresando a su casa por aquel camino, ella se había ofrecido para llevar el abrigo que Graciela pidió por teléfono.

Nada más atrayente en su encantadora sencillez, que esa silueta de niña, de formas apenas diseñadas bajo los flotantes pliegues de su traje rosado.

Con su gran chupalla llena de flores y envuelta en las doradas luces que filtraban por entre la espesura del follaje, era la encarnación de la juventud, viva imagen de la primavera.

Al verse el blanco de las miradas de ese aristocrático grupo, Rosa enrojeció encantadoramente y sus lindos ojos se velaron bajo los temblorosos párpados mientras colocaba el abrigo sobre los hombros de Graciela. Ella hubiera querido desaparecer, huir... evitar a toda costa las miradas de esos elegantes que tantas veces le describiera Juan como monstruos de egoísmo y maldad.

Renato no apartaba de ella sus pupilas negras, brillantes como dos ascuas.—¿Quién es esta linda muchacha?—preguntó en francés a Graciela.

—Es la hija de un antiguo administrador de la hacienda,—se le contestó en tono despreciativo.

—No la había visto nunca. ¡Qué hermosa es! ¿Dónde vive?

—Es inútil averiguarlo, amigo mío; no es plaza fácil de conquistar.

Rosa, comprendiendo que hablaban de ella sintió aumentarse su confusión y en el colmo del rubor se alejó presurosa.

Renato la seguía con la vista.—¡Qué aspecto tan delicado tiene!—dijo, interesado por la peregrina hermosura de la niña.

—Su madre murió tísica; quizá ella tampoco viva mucho,—repuso Graciela a quien el fracaso de sus planes y ahora la manifiesta admiración de Renato

por Rosa, habían irritado sobremanera. En verdad ella no amaba al joven, pero tenía en mucho la admiración constante que éste le manifestaba y no toleraba compartirla con otra.

Al divisar el semblante entristecido de Rosa, Juan, que en aquel momento jugaba tennis, sospechó que algo desagradable había ocurrido. En el acto el juego, casi ganado por él, perdió todo su interés; dos pelotas pasaron sin que las detuviera su raqueta, y Elena, su compañera de juego, perdió otra jugada al querer indagar el motivo de la inexplicable torpeza de Juan. La animación del joven decayó por completo; dejó ganar el "set" a sus contrarios a fin de concluir pronto y correr en seguimiento de Rosa.

Entretanto la joven continuaba triste su camino, dirigiéndose a los potreros por la parte más sombría del parque. La brisa, agitando suavemente las ramas de los rosales, exparcía los aromas acumulados allí por el calor del día.

Un gran reposo invadía la tierra. Esta calma, esta frescura, el hálito de las flores mezclado al tónico perfume de los campos, produjeron en ella una deliciosa embriaguez física, que a un tiempo deleitaba sus sentidos y apaciguaba su alma. Sentíase Rosa penetrada por la extraña voluptuosidad que a ciertas horas se desprende de la naturaleza. Olvidó su disgusto, su pobre vida incolora, la incertidumbre de su porvenir, para entrever, como al través de mágico prisma, las dulces perspectivas

del amor y la felicidad. El hechizo de sus ensueños iluminó su delicado semblante con un destello de alegría; el áura jugueteaba con su negra cabellera, y su traje de verano, inflado por el viento, se destacaba en el verde de la pradera como la corola de una flor maravillosa. De súbito se obscureció su semblante. La visión de la cancha de tennis surgió en medio de sus ensueños, desvaneciendo la ilusión. Su momentánea dicha se trocó en gran amargura. Representábase ella a Juan junto a Elena y, como si esta idea la hiciera sufrir, se llevó ambas manos al corazón a fin de contener sus desordenados latidos. ¡Se amaban! era seguro; para ellos lucía espléndida la naturaleza, para ellos brillaba aquel cielo azul; rodeados de sus padres, en medio de sus amigos, disfrutarían de todas las alegrías, mientras ella, la humilde campesina, vería deslizarse su vida sin dicha y sin amores.

Angustiada, se detuvo un momento y cerró los ojos; ya no quería admirar las bellezas que la extasiaban minutos antes; ahora deseaba un día brumoso, de lluvia, más en armonía con su tristeza.

Vuelta bruscamente a la realidad, recordó las recomendaciones de su hermana, y prosiguió su camino meditando en su triste suerte.

Al volverse para colocar las vallas en la puerta de un potrero, oyó que alguien la llamaba por entre las zarzamoras de la cerca:

—Espérame, Rosa, espérame.

Era la voz de Juan que le llegaba sin saber de

dónde. Su frente se tiñó de carmín y una ráfaga de placer la hizo temblar de pies a cabeza. Juan pensaba pues en ella! Con acento cuya emoción procuraba disimular, preguntó al joven que se acercaba jadeante, cubierto de telarañas y hojas secas:

—Pero, ¿de dónde sale Ud.?

—De aquella brecha, en la cerca. Corriendo, atravesé el canal, y recordando que aquí había un antiguo paso muy frecuentado en mis correrías de niño, me apresuré a tomarlo para venir a encontrarte...—respondió Juan cogiéndole la mano mientras la envolvía en una mirada cariñosa.—Hacía rato que te llamaba, ¿no me oías, Cheñorita?

—Yo no soy *Señorita*, ni quiero que me llamen más así, ¿lo entiende Ud.?—dijo Rosa que, pasada la sorpresa del primer momento, tornaba a sus tristes ideas.

—Rosa, ¿por qué me dices esto? ¿Qué te pasa?

—Nada, don Juan,—respondió la niña con voz entrecortada...

—¿Y me llamas don Juan?... Tú me ocultas algo, estás nerviosa, ¿quién te ha ofendido? ¿Sería Graciela? ¿Qué te dijo en la cancha? Quiero saberlo,—decía él impaciente.

—¿Qué quiere Ud. saber? Que sólo hoy comprendo cuál es mi verdadera situación; he abierto los ojos y veo que ya no somos dos niños despreocupados que no saben de barreras sociales. Ud. es

mi patrón y yo su servidora; no debo olvidarlo por más tiempo. . .

—¿Tú mi servidora, Rosa mía? ¡Nunca! Yo sí tu servidor, el fiel amigo de tu infancia, y tú, mi reina! — añadió cogiéndole ambas manos y atrayendo hacia él las miradas de esas hermosas pupilas verdes. Por un momento ella permaneció silenciosa, anhelante. . .

Declinaba la tarde; la brisa algo cálida aún, susurraba muy quedo entre las ramas de los árboles; sólo la voz de un campesino turbaba el silencio. El buen hombre volvía a su vivienda entonando aquella popular canción:

“Rosa te puso tu madre, para hacerte desgraciada,
Porque no hay rosa en el mundo que no muera deshojada”.

Rosa, al escuchar la canción, retiró precipitadamente sus manos y estremeciéndose exclamó: —¿Lo oye Ud.? Esa es la verdad; para esto he nacido yo, para ser desgraciada,—agregó escondiendo el rostro entre las manos.

—¡Rosa, por Dios! ¿qué te sucede hoy? Nunca te había visto así; no seas tan ingenua. Ese es un verso estúpido y sin asunto. Tú has nacido para ser feliz, no lo dudes, Cheñorita. ¿Quiéres que juntos compongamos otros versos? Pero, vamos, deja ese pañuelo; no seas tan niña,—le decía Juan próximo a enternecerse a su vez con el llanto de la joven.

—¿A ver sus versos?—dijo Rosa descubriendo un ojo tras la punta del pañuelo.

Por un momento pareció Juan muy abstraído como pidiendo inspiración a las musas.

—Ya lo tengo,—dijo de pronto.

Rosa te puso tu madre para hacerte encantadora,
Porque no hay rosa en el mundo que no tenga quien la...”

Y, Juan golpeándose la cabeza, fingía no encontrar la rima.

—¡Jesús, qué malo el poeta!—dijo Rosa sonriendo entre sus lágrimas.

—Si, Cheñorita, falta la rima; pero en prosa te lo puedo decir: “quien la adore”... si, quien la adore. Porque tú sabes cuánto te quiere tu amiguito, ¿verdad? tu buen amigo, que ha logrado secar tus lágrimas aunque sea a costa suya y haciéndote reír de sus malos versos...

Ambos jóvenes continuaron avanzando lentamente por los potreros, en la mágica decoración de una lindísima puesta de sol.

Mas ellos apenas veían lo que les rodeaba: caminaban sumidos en ese egoísmo amoroso que concentra la vida entera en el fuego de una mirada.

X

Entretanto, en casa de Rosa a ño Pedro Luis lo tenía en tortura su tardanza.

Afirmado en un pilar del corredor, escudriñaba con ojos ávidos el camino, ya cubierto de sombras, por donde debía venir su niña.

Desde días atrás, el viejo se sentía nervioso, con cierta vaga inquietud. Su corazón se llenaba de aprensiones, de tristes presentimientos. Parecíale que espíritus invisibles rondaban alrededor de su único tesoro y querían hacerle daño. El gran amor que en su juventud sintió Pedro Luis por la madre de Rosa, lo había concentrado en la hija; y de la fusión de estos afectos había nacido aquella adoración que el buen rústico profesaba a su Cheñorita.

Este amor era toda su felicidad; si la niña estaba contenta, él sonreía; si triste, compartía su pesar; ella era el principio y fin de todas sus acciones; para ella eran todos sus afanes y desvelos. Su natural

perspicacia se había redoblado tratando de adivinar hasta los pensamientos más recónditos del sér querido. De ahí que las pequeñeces, que para cualquiera hubiesen pasado desapercibidas, las advertía él inmediatamente.

Y el viejo cavilaba: Rosa se aficionaba demasiado al guapo amigo de su niñez, no cabía duda; su genio antes alegre y festivo tornábase ahora quisquilloso y desigual; se irritaba por la menor contradicción, sin motivo aparente formaba escenas penosas que afligían a su buena hermana. De la más viva alegría pasaba repentinamente a la más honda tristeza retirándose a su dormitorio para después salir de ahí con los ojos hinchados de llorar. No pedía ya, ni insistía como antes, en que le refiriera episodios de la vida de su madre; y si aún conversaba en las mañanas junto al brasero, el viejo comprendía de más que ella no le atendía. ¿En qué pensaba la niña? Distraída, con la mirada vaga, perdida en lontananza, una dulce sonrisa jugueteaba en sus labios, y el espíritu, lejos de la conversación, huía a otras regiones. La costura se le rodaba a las veces de las manos sin que ella lo notase, y si le dirigían de improviso la palabra, parecía volver de un profundo letargo.

Al nombrar alguien impensadamente a Juan, la sangre afluía de golpe a sus pálidas mejillas quedando su hermoso rostro encendido como la grana. Rosa estaba enamorándose del patroncito, eso se

veía a la legua... Pero ¿qué podía hacer para evitarlo? ¿Cómo impedirlo? ¿Habría él? Pero, ¿qué base tenían sus temores? ¿Cómo perturbar la calma de Antonia sin tener en qué fundar sus observaciones? Cualquier paso en falso no haría sino agravar el mal.

Bajo la ruda corteza de este humilde campesino, cuya vida entera había sido un acto de perpetua abnegación, se encerraban todas las delicadezas, los refinamientos más exquisitos. Apartado de las fiestas y diversiones de los hombres de su clase, la vida interior se había desarrollado poderosamente en él.

Y el buen hombre seguía cavilando, entregado a sus amargas reflexiones, mientras aumentaba su inquietud por no ver llegar a la joven.

Por fin, con un suspiro de alivio, divisó un punto claro entre las sombras de los árboles. Rosa y Juan avanzaban con lentitud por la corta avenida de álamos. En la primera puerta de reja se detuvieron un instante... No había necesidad de detenerse allí, esa no era la entrada, faltaban algunos metros. Se veía claro que no deseaban separarse aún.

Era casi de noche. La luna se escondía a cada momento para despejarse en seguida rasgando los crespones que la cubrían y saliendo serena y luminosa a inundar con su plateada luz el jardín, los árboles y la casa. Al pálido fulgor de la luna, alcanzó el viejo a ver que Juan estrechaba con efu-

sión las manos de la niña, y que tras breves instantes se separaban.

Ella corrió hacia la casa a tiempo que Antonia, también inquieta, salía al corredor; juntas entraron a la salita.

Pedro Luis se dijo: ésta es la mía, y avanzó cautelosamente hasta la reja. Juan, inmóvil, parecía seguir en la obscuridad la silueta de Rosa. La voz trémula del anciano le sorprendió en medio de su amoroso ensimismamiento; y el rústico, aprovechando la oportunidad, confió al joven todo cuanto su corazón oprimido encerraba de angustias y zozobras desde hacía tantos días.

En suma, que, aún cuando en esa casa todos estaban contentos de recibirle y orgullosos con sus visitas, no debía prodigarlas, tanto por la paz, como por el buen nombre de Rosa. No Pedro Luis manifestaba sus inquietudes, sus temores por la suerte de su niña con tal naturalidad y sencillez, al mismo tiempo que con cierto imperio, que Juan, enteramente corrido, no sabía qué responder.

—No se inquiete, ño Pedrito, no hay motivo para ello; somos los mismos buenos amigos de antaño. No crea Ud., por un momento, que ella piense...

—Vea Ud., don Juanito, más sabe el diablo por viejo que por diablo, ¿no es cierto, su mercé? Pues yo le aseguro que la niña tiene sorbió el seso, y que, sin que ella lo eche de ver, se le ha entrado el amor y echa raíces que amenazan daño; y como Ud. no puede casarse con la Rosa porque naide lo

consentiría, en las "casas" por paramiento y aquí por orgullo de que la miren en menos, (contimás que ella vale mucho más que el ponderao señorío), y que diotra manera tampoco será suya, es mejor que su mercé plante la retiraa al tiro, antes que el mal sea mayor.

—Pero...—balbuceó Juan.

—Oiga Ud., mi patroncito: un pobre no tiene más que su honradez, y en faltándole eso mayormente, ¿qué le quea? Y, ya le hey dicho, sin agraviar a naiden y sin reparo ningunito, que por vía de mi maire, si algún mal le acontece a mi niña, verán a este viejo, más fiero que un león y más bravo que un toro caita, hundirle las costillas al que me la toque... Muy callao me han de ver, pero a mi no se me va ni una... La finaa Rosa me la confió al morir y yo hey de cumplir mi juramento. Perdone, mi patroncito, mi ruo modo de hablar; pero así es mi modo, yo no entiendo de tapujos ni componendas... Y, hasta mañana, don Juanito, y sin ningún agravio, que pase su mercé muy güena noche,—concluyó el viejo sacándose respetuosamente la chupalla y volviendo a grandes trancos a la casa.

Juan se quedó con un palmo de narices; no sabía qué pensar. Tanto le sorprendían las palabras del viejo. En buenas cuentas le cerraban la puerta, lo despedían. ¿Podría eso importarle? ¡Oh! Sí, mucho, muchísimo! Y, como si un rayo de luz iluminara de súbito su cerebro, comprendió que

el malestar incomprensible, la vaga tristeza que a ratos se apoderaba de él, tenía una causa. Ahora veía claro lo que su ceguera le encubría: buscaba la felicidad y la felicidad era Rosa a quien amaba con toda su alma, con el ardor de su primera pasión; nó como a la querida amiguita de su niñez, sino como a la única, la sola, la escogida.

Entonces comprendió asimismo, porqué la sociedad le disgustaba, haciéndolo exagerar sus vicios y ridiculizar sus costumbres.

Era ese un culto indirecto a la flor silvestre.

Y ella, ¿lo amaría así, con toda el alma? ¿Sería cierto cuánto dijo ño Pedro Luis? Había tal acento de verdad en las palabras del viejo que él se inclinaba a creerlo.

Cada fibra de su corazón latía por ella: todo su sér, su espléndida juventud desbordaba de alegría y ternura.

En esos momentos sólo pensó en la dicha de amar y ser amado. Cerraba los ojos y volvía a verla, tan bella!... La discreta claridad de la luna iluminaba los hoyuelos de su mejillas, sus labios temblorosos y esos ojos profundos que ella, ante el fuego de su mirada, encubría bajo el velo de sus pestañas.

La haría suya; Rosa sería su mujer. El trabajaría en el campo; una casita perdida entre los árboles sería el único testigo de su ventura.

Inconscientemente apuraba el paso cual si le faltara el tiempo para realizar sus fantasías. Su alma

generosa sentía un deseo intenso, irresistible de hacer a todas las creaturas tan felices como lo era él. Después vendrían las preocupaciones materiales; por ahora se entregaba a sus ensueños.

Juan comprendía que entre él y Rosa, mediaba un abismo infranqueable: su posición social. Sin embargo, insensiblemente se había dejado llevar de una pasión que ya le era imposible dominar. La prudencia acaso le aconsejaba reflexionar; pero el amor, sobre todo el primer amor, no ratiocina. Por el contrario, se complace en trastornar a su antojo las leyes sociales; y mientras más absurdo y difícil es el caso, más crece y domina, con más fuerza se apodera de los corazones. Evidentemente, la conveniencia es el menor de los cuidados de Cupido...

XI

El jardín estaba lleno de sol, de nidos y de flores; la luz entraba a torrentes; auras tibias traían de lejos el acre olor de la pradera; y los pajarillos celebraban con regocijados trinos su primer vuelo.

En la blanca reja que escalan los clarines y donde los geranios asoman sus pétalos de fuego, se apoyaba Rosa pensativa. Insensible a las bellezas que la circundaban, extendía la vista por el paisaje ya tan familiar para ella, y sus melancólicas miradas iban a fijarse con insistencia en un punto blanco, allá en la parte alta del camino.

Cansada de esperar algo que no llegaba, suspiró, pasó su mano por la frente como para desechar un pensamiento importuno y volvió a la casa.

Las sospechas de ño Pedro Luis no podían ser más fundadas. El amor había golpeado al corazón de Rosa, quien le había abierto sus puertas de par en par. De su vida monótona y solitaria había he-

cho ella un romance ideal, con un sólo objetivo al que convergían inevitablemente sus pensamientos todos.

Ahora su toilette requería más cuidado que antes; el espejo reflejaba por más tiempo la luz de sus pupilas verdes; las ondas de su negra cabellera caían graciosas sobre sus sienes merced al esmero con que sus dedos las sujetaban hasta darles la ondulación deseada. Sus paseos, sus lecturas, todos sus actos directa o indirectamente tendían a un sólo fin: Juan, siempre Juan.

Cuatro días habían transcurrido y él no venía. Inquieta se preguntaba una y otra vez el por qué de esa inexplicable ausencia después del delicioso paseo de la otra tarde en que él manifestó tal solicitud por secar sus lágrimas... ¡La había llamado su reina!...

Pero, ¿por qué tardaba? Hábilmente discurría medios de obtener noticias. ¿Quizás había algún enfermo en "las casas"? Pero, nó, todos gozaban de buena salud. Esto la intranquilizó aún más.

Un pensamiento cruel torturó su imaginación: estaría con Elena, sí, no cabía duda; ella le tocaría el piano, le cantaría con su voz de ruiseñor y de este modo le retenía. Era evidente; buenas eran las redes de Elena Santibáñez para tenerle cautivo.

Antonia se preguntaba inquieta, si estaría enferma la niña, mientras el viejo Pedro Luis moviendo la cabeza con aire astuto se congratulaba de su pers-

picacia y de las oportunas palabras con que había ahuyentado al patroncito.

A Rosa se le hacían eternos los días. Recorría el jardín, cogía las tijeras de podar y en vez de tomar las flores que por todas partes se ostentaban primorosas de brillo y hermosura, se detenía frente al rosal de su ventana y con proligidad cortaba las hojas secas: que rosas deshojadas jamás se vieron en aquel arbusto favorito. Apenas alguna entreabría sus pétalos rojos era cogida con cariño y trasladada a la habitación de la joven.

Allí entre los retratos de sus padres veíase un hermoso grupo de la familia de Sarmiento. Frente a éste colocaba el artístico florero, y fuése o no coincidencia, siempre alguna flor rozaba el vidrio del simpático grupo.

¡Cuatro días solamente! Y ella no comprendía por qué éstos le habían parecido interminables. Era vano su empeño por abreviar el tiempo; ya se dedicase a los menesteres de la casa o cogiese su bordado, o regara las plantas del corredor, por poco que se alejase de la reja luego se la veía reaparecer cual si buscara una joya perdida.

Por fin, en la tarde de aquel día, abandonada ya toda esperanza, dejó su puesto de observación junto a la reja y cogiendo su bordado, se dirigió hacia la huerta.

—¿A dónde vais, Cheñorita?—le preguntó ño Pedro Luis al pasar.

—Voy a tomar el fresco y a ver si concluyo la

gorra para la Licitá,—respondió bajando por el parrón, camino del estero.

El ladino viejo se quedó en observación. Había notado la intranquilidad de Rosa; y las sombras de tristeza, que obscurecían su expresivo semblante demostrábanle a las claras cuán justas eran sus aprensiones.

A menudo iba Rosa a sentarse bajo la sombra de los sauces, con su costura o con un libro, para disfrutar de ese paisaje encantador en toda época y para gozar de la dulzura de vivir al unísono con las armonías de la naturaleza.

El pensamiento ocupado por el difícil trabajo de sus manos y la calma que la rodeaba, le devolvieron el sosiego perdido y maquinalmente mezcló su voz a la melopea de las ondas, de las hojas mecidas por la brisa, y de los insectos que zumbaban a su alrededor, y muy bajito se puso a cantar:

“Río, río, devuélveme el amor mío,
Río, río, que me canso de esperar...”

Poco a poco, su voz se elevaba y las cristalinas notas se difundían vibrantes y sonoras.

De pronto, la joven sintió crujir las ramas de espino de la próxima cerca; temerosa guardó silencio y ya se disponía a huir, cuando alzando la vista reconoció a Juan que le sonreía por entre los espinos que apartaba para abrirse paso.

Un momento después estaba junto a ella.

—¡Al fin! No me resignaba a pasar otro día sin verte,—le dijo arrojándose a sus pies. Hablaba con volubilidad, feliz de volverla a ver, mientras ella, muda y turbada, fingía deshacer un nudo imaginario en su bordado.

—Mire lo que me cuesta su sorpresa,—dijo aparentando fastidio;—se me ha enredado toda la seda.

—¿Te enojaste?—replicó él,—¿de veras te enojaste, Cheñorita?—repetía buscando sus miradas.

Volvió ella la cabeza y Juan sonrió oprimiendo suavemente su mano.

—Amiguita querida,—le decía,—cuánto tiempo que no nos encontrábamos a la orilla del estero... Cuántas pescas hemos hecho aquí; tantos cuentos leídos a la sombra de estos sauces! Yo te contaba las mil y una noche; y, más tarde leímos "Pablo y Virginia", ¡con qué ardor! ¡Con qué entusiasmo! Recuerdo que una vez te llevé en mis brazos a través del estero para imitarlos; ¿te acuerdas?

Rosa callaba pero su corazón latía de prisa en tanto que el joven, reclinado a sus pies, evocaba esos turbadores recuerdos.

—Qué rinconcito tan lindo,—proseguía Juan,—y tan lleno de felices aventuras. Cuatro días sin vernos;—agregó después de un breve silencio,—¿por qué no has vuelto a "las casas"? Tito te reclamaba y "otro" también. Si supieras cuánto deseaba verte, Rosa mía.

Ella le escuchaba risueña; parecíale soñar y temía

que su voz desvaneciese el ensueño. Juan comprendía ese silencio que le decía cuanto él anhelaba saber.

El sol desaparecía tras de la montaña; un claro-oscuro verdoso sombreaba el valle; el horizonte parecía estrecharse en torno de ambos amigos dando mayor intimidad y misterio a la soledad que les rodeaba.

El silencio se hacía enervante.

—Ya es tarde,—dijo de pronto Rosa, presa de extraña emoción;—váyase Ud. tal vez en su casa lo aguardan.

—¿A mí? ¿Quién? Nadie sabe dónde estoy; me vine a pie por la orilla del estero y tu canto me indicó tu presencia. ¿Cuándo volverás aquí otra vez, Cheñorita? Gozaremos infinitamente con la frescura de este sitio, y en tanto que tú bordas yo te leeré algún libro ameno, ¿quieres?

Rosa suspiró y abandonando el asiento junto a Juan, repuso con melancolía:—Mucho gusto tenemos estando aquí, pero veo que esta intimidad no puede continuar; ya no somos niños. Déjeme en libertad de venir a este sitio, que es mi único consuelo, sin tratar de encontrarme...

—¿Por qué—balbuceó él.

Rosa, mirando a lo lejos no respondió; pero Juan adivinó el pensamiento que ella no se atrevía a formular; la sentía como él vibrante, apasionada, a la vez que presa de honda turbación.

—Tienes razón,—replicó con gravedad Juan tras breve pausa,—ya no somos niños; pero de esa edad

feliz, nos queda un recuerdo tierno que ni tú ni yo, queremos borrar, ¿no es cierto? Tú ya tienes dieciocho años; bien podemos pensar en el porvenir, que yo no concibo sino a tu lado, amándote siempre.

Juan la vió desfallecer, cerrar los ojos y su semblante ponerse pálido como cera; la cogió en sus brazos y sus ardientes labios rozando los cabellos de la niña murmuraban muy quedo:—Mi novia, dime, Rosa, ¿lo quieres?

¿Dónde hubiera ella encontrado fuerzas para resistir? Aturdida por tan inesperadas palabras, palpitante de placer, apoyó la cabeza en el hombro de Juan que, lleno de felicidad y orgullo, repetía besando su sedosa cabellera:

—Te quiero tanto, tanto; y tú, ¿me quieres?

Ella se apartó temblorosa y con lágrimas en los ojos:—Ud. lo sabe demasiado, Juan,—era la primera vez que lo llamaba así;—pero esto es un imposible, un sueño... Comprendo que es una locura quererle como le quiero, pero, no puedo impedirle al corazón que palpite. Yo no soy para Ud., soy una humilde campesina; ni sus padres, ni mi madrina consentirían jamás en nuestro matrimonio,—añadió con desaliento.

Juan se encogió de hombros como diciendo: ¿qué me importa que el mundo entero se oponga?—En aquel instante se sentía capaz de derribar cualquier obstáculo, de vencer todas las resistencias.

—No temas, Cheñorita, ten confianza,—le decía serenándola con sus caricias, como a una niña mie-

dosa;—nos queremos tanto! todo se arreglará, ya verás!!

Ella le interrumpió sobrecogida de terror:

—Escuche, han abierto la puerta de la huerta; alguien viene, ¿quién será?

Aguardaron un instante y Juan recordando las advertencias de ño Pedro Luis, se echó bruscamente a un lado.

—Viene alguien; te dejo; hasta mañana, Cheñorita...—y, con suma agilidad saltó la cerca.

Rosa, sin atreverse a levantar la vista, quiso continuar su trabajo pero sus manos temblaban. Había reconocido a ña Sabina que venía por entre los perales de la huerta. Juan llegaba a ese tiempo a la orilla del estero; mas una piedra que hizo rodar con los pies le denunció a los ojos de la terrible vieja.

La silueta de Juan se destacaba con toda nitidez en el verde pálido del crepúsculo.

Rosa creyó que el corazón se le saltaba del pecho al ver a la maligna mujer que sonreía con malicia.

—¿Buscaba a mi madrina?—preguntó con voz imperceptible.

—Si, niña, me habían dicho que tú estabas aquí, y como dicen que no te deja nunca sola, creí que estaba doña Antuca con vos.

—¿Creo que no estaba sola la picarona? ¿Tu amigo de cuánta siempre fiel? ¿No?

Rosa se mordió los labios para retener las palabras que impetuosas pugnaban por salir.

La miserable vieja, viéndola enmudecida, prosi-

guió:—Peligroso el juego, niña... Los Sarmientos no se paran en pelillos para comprometer a las muchachas...

Y, sin respetar la inocencia de la joven, se lanzó a referirle escandalosas historias de libertinos que se entretenían engañando a las incautas doncellas del campo.

—Sin ir muy lejos, ahí tenís al hermano de tu amiguito: don Roberto. Ese no puede llegar a las "Chilcas" porque lo echarían "*jabonao*", después de su infame comportamiento con la Florentina, la ayudante de la escuela. ¿No la sabís tú, esa historia?

Rosa movió negativamente la cabeza; aún cuando hubiera querido articular palabra, su garganta oprimida no le habría dado paso. Sus pupilas dilatadas se clavaban plenas de angustia en el rostro amarillento y marchito de la infame mujer, cuyo perfil de ave de rapiña, en la semi-obscuridad le inspiraba repulsión y espanto.

Se sentía presa en sus garras infernales. Hubiera querido huir, taparse los oídos para no escuchar esas historias que herían su pudor y la llenaban de vergüenza, pero sus pies no le obedecían. Jamás hubiera sospechado que en el mundo existía tanta maldad; las monjas habían cuidado el tesoro de su inocencia y en la honrada casa de sus padres nunca oyó algo que empañase su candor.

Mientras más veía demudarse la fisonomía de su víctima, más regocijo experimentaba el alma vil de ña Sabina, y con mayor crudeza de detalles conti-

nuaba refiriendo el escándalo dado por el primogénito de los Sarmientos y ensartando cuentos y chismes obscenos.

Por un refinamiento de hipocresía, concluyó con esta frase que en ciertas ocasiones sirve a la maldad para encubrir sus golpes:

—“Esto lo digo por tu bien”.

—Espero que no tomarás a mal lo que te he referido, Rosita; te lo he dicho por tu bien y porque todo el mundo en “las Chilcas” murmura de vos, y andáis en boca de todos. El otro día no más, yo tenía gente en mi casa para jugar a la baraja debajo del parrón, y toditos te vieron pasar por entre la cerca en compañía del patroncito, como dos pichones. Y a la peor hora, entre dos luces... Todo fué verte y se largaron a hablar pestes de vos y si no es porque yo te defiendo, no sé...

Rosa no podía más. Sus arterias parecían estallar en las sienes; la vergüenza que sentía era indecible, y si no llega en aquel momento Antonia, acaso se hubiera desmayado.

Naturalmente, la cobarde vieja no osó continuar derramando en presencia de Antonia la hiel de que estaba llena. Quería ocultar su juego, segura de que la habrían arrojado como a un perro a saber de su infame conducta. Ahora podía retirarse; su venganza estaba realizada. No pudiendo ofender a su enemiga, la hería en su hermana indefensa. Podía partir con la certidumbre de que su visita había sido fructuosa.

La obscuridad del sitio permitió que el demudado semblante de Rosa no llamara en el primer momento la atención de Antonia. Mas, cuando llegaron a la casa y se sentaron a la mesa, a la viva luz de la lámpara que iluminaba el comedor ella notó el silencio y la mortal palidez de la niña.

—¿Qué te sucede, hijita?—le preguntó, a tiempo que Rosa dando un quejido reclinaba la cabeza en el alto respaldo de la silla.

—¡Dios mío! ¡María Santísima! ¡La niña se muere! Pedro Luis, Maiga, Margarita...—clamaba desesperada la pobre mujer.

—No llames, madrina; ya pasó—balbuceó Rosa entreabriendo los párpados.

Renacía el color en sus mejillas, pero sus ojos al posarse de nuevo en las personas que la atendían, conservaban una expresión desolada.

—¿Qué te pasa, hijita? ¿Tienes alguna pena? ¿Te sientes mal?

—Ha de ser “mal de ojo”, señora,—dijo la Maiga con acento convencido.

—No tengo nada, madrina,—murmuró la joven entornando de nuevo los párpados.

—¿Estás enferma, entonces? Te has resfriado con el fresco que hace debajo de los sauces; tal vez te habrá dado un aire... Anda a acostarte prontito. Maiga, ábrele la cama mientras que yo le preparo una taza de tilo.

Rosa acogió la idea de su hermana. Fingiendo un malestar físico, podía retirarse a su alcoba segura de no ser molestada, y allí, en el silencio de la noche, llorar a solas la muerte de sus ilusiones.

XII

Juan, al despedirse de Rosa, atravesó los poteros y llegó a su morada en un estado de ánimo poco satisfactorio, ¿Por qué había huído? ¿Qué podía pensar la persona que le vió saltar la cerca como un malhechor? ¿Acaso sería ño Pedro Luis, y vería en ello la confirmación de sus sospechas? Duramente se reprochaba su atolondramiento, inquietándose por las consecuencias que podía tener. La verdad debía ser conocida. Hablaría, sin tardanza; el honor de Rosa así lo exigía.

Pero aquí surgían las dificultades que la presencia de Rosa ahuyentaba. Al llegar a "las casas", su valor había desaparecido.

Con suma lentitud avanzaba por la avenida de acacias, profusamente iluminada por grandes focos eléctricos, cuyo vivo resplandor competía con la argentina claridad de la luna.

Afirmado en la balaustrada de piedra, contempló meditabundo la regia mansión de sus padres. Por las persianas entornadas filtraba la luz; en sus oídos repercutía el eco de alegres y juveniles voces. Quizás algunos vecinos prolongaban su visita aprovechándose de aquella hermosa noche de verano. El segundo repique del batintín, que anunciaba la comida, le hizo descender bruscamente a la realidad.

Cuando entró al comedor todos los huéspedes estaban reunidos. Cual si nunca hubiese visto este espectáculo de riqueza, Juan examinaba atónito el lujoso comedor con su cielo artesonado, el zócalo y los muebles de rica madera, la cristalería y antiguas porcelanas que lucían en las vitrinas, los cuadros valiosísimos: las pontinas de Serra y los paisajes de Corot, las columnas y jarrones que sostenían plantas exóticas en la gran ventana de vitrales, la elegancia de la mesa cubierta de flores, el esplendor de la vajilla de plata, en una palabra: todo ese ambiente de lujo que le rodeaba. Y, en seguida, contemplando a su padre, que, orgulloso presidía esa aristocrática reunión; a su madre tan hermosa aún y tan distinguida, se decía con el alma atribulada que nunca permitirían su matrimonio con Rosa.

Su padre, para quien el brillante porvenir que se le esperaba era la suprema ilusión de la vejez, ¿podría resistir al tremendo golpe que iba a darle? Y al recuerdo de las bondades paternas, su corazón se conmovió y un gesto de dolor contrajo

sus labios Mas, luego la visión de su amada surgía de nuevo victoriosa:—He dado mi palabra y la amo,—se decía,—abandonarla, volver atrás, eso no, jamás!

Forzado a simular cierta alegría ante sus comensales, a sus labios subía un gusto amarguísimo, a la vez que un desconsuelo infinito. Nunca había encontrado más larga y más insípida una comida.

Por fin, pasaron los huéspedes al salón y él ocupó cerca del piano su lugar predilecto.

Las grandes mamparas de acceso a la galería se abrieron dando paso a la brisa perfumada. La luna iluminaba con su claridad melancólica una parte de la sala dejando el resto en la penumbra.

Los ágiles dedos de Elena Santibáñez preludiaban un Nocturno de Chopin. Envuelto en la difusa luz, su rostro se veía aún más espiritual; sus negras pupilas adquirían un brillo inusitado y en sus labios se dibujaba una expresión triste.

Elena había sorprendido, con la maravillosa perspicacia que da el amor, la grave preocupación que en vano quería Juan ocultar.

Lo veía absorto en una idea mortificante que formaba profundos pliegues en su frente. ¿Qué pesar se ocultaría tras de ella? ¡Oh! ¡Qué no hubiera dado por coger esa cabeza querida y, reclinándola sobre su pecho, consolar aquel mal disimulado sufrimiento!

Alrededor de ambos jóvenes, la bulliciosa juventud, discutía con calor. Un nuevo libro que todos

habían leído, era objeto del debate y de opuestos juicios. Unos opinaban con el autor que el amor es una rancia fantasía, fuera de lugar en estos tiempos modernísimos; otros sostenían que sólo existe en los cerebros desequilibrados de los novelistas que explotan la sensibilidad de sus lectores, pero que en la vida real se encubren bajo ese nombre la curiosidad, la codicia, la satisfacción de vulgares pasiones, la conveniencia, y, muchas veces, hasta el egoísmo.

Renato, con su tono ligero de parisiense frívolo y espiritual, echándolo todo a broma, opinaba, por el contrario, que la vida entera es amor, que el amor es más necesario que el aire, la luz y el alimento, que sin amar no podría existir, que ya habría perecido como un lirio tronchado, como "las verbenas que mueren en el vaso"...

Raimundo consultado a su vez se valió de una metáfora para exponer sus ideas más o menos en estos términos: Así como las flores serían siempre hermosas aún cuando no tuvieran perfume, así la vida sin amor continuaría presentando sus bellezas naturales; la materia tendría las mismas evoluciones, y los mismos desenlaces la existencia. Pero allí faltaría el néctar que todo lo endulza, el prisma encantado puesto ante nuestros ojos y al través del cual se desarrollan los ideales queridos, las brillantes ilusiones: el Amor, risueño miraje, que nos distrae de las penas de la vida, encubriendo con resplandaciente velo la fea realidad, más amarga a veces que la

miseria misma. . . ¡Qué venga la poesía, la mentira! como queráis llamarla. Me gusta vivir engañado, me agradan las quimeras y las ilusiones, y considero que al abandonarnos ellas, nos dejan a oscuras y sin estímulo para luchar contra las asperezas de la vida. . .

En esas ardorosas palabras sentíase palpar el acento de un corazón varonil que manifestaba sus impresiones sin temor a la burla de los espíritus fuertes que todo lo desecan y esterilizan.

Instintivamente, al concluir miró Raimundo a Graciela con ojos en que se pintaba la avidez de sentirse amado. Ella que siempre hacía gala de excepticismo, se sintió vivamente conmovida al comprender por quién vibraba, y en pós de qué ideal iba ese corazón. Y respondiendo a la muda súplica de aquella mirada su emoción la traicionó con un gesto tan elocuente, que llevó al diputado a la cumbre de la dicha.

En la galería, la gente seria, gozando de la luz opalina, seguía con interés el debate de la juventud; y, deseosos de terciar en él, llamaron a los jóvenes.

Quedaron en la estancia Elena junto al piano, y Juan perdido en sus cavilaciones. La música calmaba un tanto sus exitados nervios; su espíritu bebía aquellos divinos acordes como absorben las flores mustias por el calor las gotas de rocío.

—Y Ud., ¿qué piensa del amor, Elena?—preguntó de pronto Juan.

—Yo pienso que el amor está en el sacrificio, en la abnegación, en sembrar de alegrías la vida del sér amado aún cuando la propia deje un reguero de sangre en su camino...—replicó la joven con viva emoción.—¿Y, Ud., Juan?

—Yo lo considero como fuerza vasalladora, como avalancha que arrastra todo cuanto encuentra a su paso, como un poder infinito contra el cual no cabe luchar; que traspasa fronteras, pisotea conveniencias y desarraiga hondas convicciones. ¿Qué importa la pobreza, cuando son dos para soportarla? ¿Qué son los males de la vida cuando se lleva el cielo en el corazón? ¡Ah! ¿puede darse felicidad igual a la de dos almas que vibran al unísono? ¿Qué importa el obscuro nombre, la humilde cuna, si en aquella casita perdida en el bosque seríamos felices, divinamente felices?... La veo venir hacia mí, tan linda, tan ingenua... El hálito del mundo no ha empañado su blancura. Toda mía, sin jamás haber dado su pensamiento siquiera a hombre alguno, mía, sólo mía, mi flor silvestre, cogida para mi regalo...

Y Juan seguía divagando con la mirada perdida, sin pensar que lo escuchaban. Era una confidencia sin auditorio, que no esperaba consejos ni respuesta.

Entretanto, Elena continuaba deslizando sus dedos por el teclado y, suavemente interpretaba las apasionadas melodías de Chopin y de Grieg, sin perder una sílaba del extraño monólogo de Juan. Sus

notas eran casi un murmullo, pero un murmullo vibrante de pasión, de pronto contenida y después desbordante. En su triste vida, privada de las dulces expansiones del hogar, Elena había descubierto en la música una manera de expresar sus íntimos pensamientos, un modo de contar sus penas, de descubrir su alma sin tener la amargura de no ser comprendida o la humillación de no ser escuchada.

El enigma se desvanecía; Juan amaba a Rosa. Ya lo presentía ella desde tiempo atrás, y sus sospechas se confirmaban al oírle hablar extasiado de su "flor silvestre".

La generosa joven no sólo pensó en su cruel decepción, sino asimismo en las luchas de Juan. Harto bien comprendía que en todo caso este amor sería su tormento: satisfecho, causaría la desolación de sus altivos padres, y contrariado, lo haría infeliz toda su vida.

Sintióse ella mortalmente triste; sus dedos apenas rozaban el teclado; y "ralentando" cada vez más, la última nota se extinguió cual una queja.

Prestando cartas urgentes que contestar, Juan se retiró a sus habitaciones; y allí, formando proyectos a cual más absurdo le sorprendieron las primeras luces de la alborada sin resolver aquel dilema insoluble: sus padres jamás consentirían en su matrimonio y él no podía vivir sin Rosa.

Dos amores pugnaban en su alma: el de Rosa, avasallador, que no conocía barreras ni atajos, y

el amor filial, con el recuerdo de todos los beneficios que a sus padres debía.

Para ambos amantes concluía triste el hermoso día que escuchó su primer juramento de amor...

XIII

No pudiendo conciliar el sueño, Juan, muy de madrugada, mandó que ensillasen a Parsifal y se dirigió al campo en busca de la serenidad que no le había traído el silencio de la noche.

Era una mañana fría y brumosa; la atmósfera descompuesta presagiaba tempestad; las ramas de los álamos azotadas por el viento crugían siniestramente. Grandes nubarrones informes cubrían a pedazos el azul del cielo, dejando entrever sólo por breves instantes la fúlgida luz del sol. La naturaleza se entristecía con esta obscuridad, y los rayos solares, velados por las nubes, se resolvían en tenue y difusa claridad.

Contemplaba Juan las densas nieblas, reflejo de las borrascas de su alma, y un gran desconsuelo se apoderaba de él. Absorto en sus meditaciones, dejábase llevar al capricho de su corcel que paso a paso volvía por la carretera real.

Unos gritos de ¡ah, toro! ¡ah, vaca! dados por los vaqueros lo hicieron tomar bruscamente la orilla del camino.

Envueltos en nubes de polvo, avanzaban los hermosos vacunos de pelo rojizo, de redondeados y finos cuernos, que caracterizan la raza de los Lincoln Red. Después de lechadas, volvían las vacas con sus terneros a pastar en las feraces praderas que se extienden más allá de las cercas de zarzamora. El viejo capataz y los vaqueros de corto poncho y guarapón de anchas alas, saludaron a Juan; pero éste, que generalmente se detenía a fin de dirigirles alguna frase amistosa, apenas les devolvió el saludo; y los inquilinos extrañados de su terquedad se preguntaban entre ellos:—¿Qué le ocurrirá al menorcito de “las casas”?

Desde lejos llegaba confuso rumor de alegres repiques. La vieja campana de las “Chilcas”, con sus destempladas notas, llamaba a los fieles a la misa, que los viernes se oficiaba en honor del Corazón de Jesús. De las blancas casitas de teja y de los ranchos de totora salían presurosas las mujeres devotas y las socias de esa santa hermandad.

En un elegante carruaje manejado por su dueña, avanzaba Alicia, por el extremo de la avenida. Ella también acudía al llamado de la campana. En su nueva vida vacía de amor, la joven señora tornaba los ojos hacia “Aquel” que a todos conforta y que dice a cuantos sufren y gimen:—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

En busca de consuelo venía, pues, la desdichada Alicia a retemplar su atribulado espíritu en esa hoguera de ternura infinita, como el niño que tiende sus manecitas yertas al calor del hogar. En aquel ambiente de misticismo y de paz, sentíase ella menos infeliz que en la atmósfera de sensualidad y placer que se respiraba en su casa, donde todo le hacía recordar la pasada ventura y la pérdida de los goces de la vida.

Era en esos momentos de revuelta contra el destino cuando buscaba la influencia bienhechora de la religión, única que jamás falla, única que da esperanzas inmortales, única que consuela en los días de la tribulación...

Juan, a quien sus actuales congojas hacían más compasivo con los dolores ajenos, tuvo una vaga idea de los quebrantos de su hermana preferida; pensó, no sin razón, al verla pasar, que sus pesares eran una gota de agua comparadas con el océano de amargura que encerraba el corazón de Alicia; y suspirando se dijo que la vida no era de eterna dicha como pudo imaginarla días antes.

Entre los fieles que acudían solícitos a la iglesia, Juan distinguió la tosca silueta de Antonia, que se acercaba en dirección al pueblo.

En el acto avanzó a saludarla.

—¿Ud. por aquí tan temprano, Antuquita?

—¡Ay, Juanito! Si no he pegado los ojos en toda la noche; me tiene tan preocupada la niña. Cada día se me enflaquece más, y ayer tarde, sin haber

para qué, casi se me desmaya. Ahora voy a hablar con mi señor cura y de ahí alcanzo donde el doctor Ferreira a ver si puede pasar a visitarla a la "oración".

—Entonces no la detengo más, Antuquita,—le respondió Juan despidiéndose; y presa de la más viva inquietud, cogió las riendas y espoleando al hermoso alazán se dirigió a galope hacia la morada de Rosa, sin detenerse hasta llegar a la puerta de reja. De un salto estuvo en tierra, colgó las bridas en un gancho del pimiento y apresurado penetró al jardín.

Pedro Luis que trabajaba allí, lo vió llegar con recelo. El pobre viejo se reprochaba como un crimen su crueldad, a la que atribuía el desfallecimiento de Rosa; por este motivo recibió a Juan más atento de lo que el joven se esperaba.

—Buen día, ño Pedro Luis, ¿qué tiene la Cheñorita? ¿Dónde está?—preguntó jadeante y pálido de inquietud.

—Si no es naa, don Juanito; es que la señora Antuca es tan alharaquenta y tan aparatosa... Por ahí dentro sentí hablar enenantito no más a la niña.

Alentado con la indicación del viejo, Juan se dirigió al interior de la casa. En el dintel de la cocina estaba la "Maiga" pelando tranquilamente las papas para el almuerzo.

—¿Dónde está la Cheñorita, Maiga?

—Acaba de cortar como pa las pataguas, y con

el permiso de su mercé le voy a decir que la cara que llevaba era pior que pa semana santa; en la vía hey visto naa más triste yo.

—Pero, ¿qué ha pasado aquí desde anoche?

—Yo se lo voy a decir, aunque su mercé ha de ser tan descreído como la señora Antuca. A la Cheñorita la han “ojeado”, eso es lo que tiene, y la que le impuso el mal es ña Sabina, esa “finónimo” asqueroso, más fiero que un espantajo de chacra... Continás que nunquita me hey de perdonar el haberle mentao onde estaba la niña. La vieja agarró como pal sauzal cuasi corriendo y ey, no sé qué le haría al pobre angelito. Yo la vide no más que cuando golvía del parrón. La Cheñorita se queaba un poco atrás y se retorcia las manos de la angustia que treida, y la bruja le plantaba unas ojeadas pa ver qué carita ponía. El cierto del caso es que la niña al sentarse a la mesa se queó tiesa y boquiabierta, al mesmo tiempo que ña Sabina salía por la puerta con una cara de gusto como la quian de poner los demonios cuando llega un condenaio a los infiernos... Ya le igo, patrón, lo que tiene la Cheñorita es “mal impuesto”, y no veo pa qué traen méico; continás que pa ese mal no hay remedio de botica...—y la “Maiga” seguía pelando sus papas en tanto que con toda buena fe refería las brujerías de la aborrecida vieja.

Juan no oyó más, y saltando pircas y acequias, tomó la ladera del estero corriendo hacia las pataguas, situadas más allá de la viñita.

Aquel paraje era en extremo pintoresco. Una pequeña vertiente nacida entre las peñas, había fertilizado un pedazo de la antigua caja del río en el que ahora crecían los floridos arrayanes, los boldos de reluciente follaje y las pataguas que todo lo embalsaban con su penetrante fragancia. Ese hermoso grupo de árboles, era tan tupido que una multitud de parásitos y plantas trepadoras, enredándose en sus ganchos, se enlazaban de un árbol a otro y formaban en la primavera una bóveda de vistosas flores, albergue de numerosas avicillas que allí prendían sus nidos.

Bajo ese espeso techo de verdura, reinaba la paz, una paz profunda, magestuosa; el poético sitio era un verdadero oasis en medio de los pedregales del antiguo cauce. En la tierra cubierta de hojas secas podían verse piedras amontonadas y restos de fogatas que a las claras decían cuán preferido era este paraje para los paseos campestres a comer un corderito asado al són de arpa y guitarra.

Mas, esas mismas pataguas que escucharon las alegres voces de campesinos enfiestados, hoy escuchaban, al discreto murmullo de la vertiente, los suspiros de un alma herida. Ahí oculta entre los arrayanes, cuyas ramas a impulso de fuerte brisa, parecían inclinarse ante su dolor, estaba Rosa, el rostro entre las manos y el cuerpo sacudido por sollozos que le desgarraban el pecho.

Toda la noche había reprimido el llanto, temiendo que su hermana se impusiese de su aflicción.

Por eso había escogido aquel lugar lejano y solitario a fin de dar libre curso a sus lágrimas.

Las palabras de la infame vieja habían producido, en su naturaleza impresionable y delicada un funesto efecto, transportándola violentamente del paraíso de sus ensueños a las torturas del desengaño. La fiebre hacía latir sus sienes; y en vez de procurar serenarse, complacíase ella en ahondar su desventura, encontrando cierta áspera delicia en la meditación de su dolor.

En el convento trataron, en vano, las monjas de reformar su carácter emotivo y de enfermiza impresionabilidad. La sensación del primer momento era la que siempre inspiraba sus opiniones; su espontaneidad la hacía cometer actos que un sereno examen le habría impedido realizar. A las veces se apoderaba de ella un fervor místico exagerado. Sentíase transportada al cielo, llena el alma de inefables consuelos. Un año, en el retiro con que celebraban la fiesta de la Ascensión, su recogimiento, sus penitencias ejemplares, edificaron en gran manera a sus maestras y discípulas. Su arrobo llegó al extremo de pedir a Jesús la muerte, y que le llevase consigo en el día de su gloriosa Ascensión.

Las impresiones demasiado fuertes de aquellos días de retiro, la tensión nerviosa, quizás las austeridades que en su fervor se impusiera, debilitaron su frágil naturaleza en forma que al regresar del comulgatorio, sintió que todo giraba en torno suyo y cayó desvanecida. Las religiosas, retirándola

en el acto de la iglesia, trataron de hacerla volver en sí, mientras ella, saliendo de su desmayo, preguntaba:—¿Es éste el cielo?—Las sencillas hermanas creyeronla un alma predestinada, una santa en perspectiva; pero, muy luego se desilusionaron viendo reaparecer en ella a la turbulenta locuela que revolucionaba el colegio con sus ingeniosas travesuras.

Y así como era de exagerada en sus prácticas religiosas, éralo también en sus afectos. Una de sus maestras, Sor Ana Mendivil, virtuosa monja, inteligente, bondadosa y dotada de excelentes cualidades para formar el corazón de sus educandas, era su predilecta; “su devota”.—Le profesaba un amor entrañable, al cual correspondía la religiosa atraída por la sencillez y dulzura de la simpática chiquilla. Mas luego el vehemente cariño que ésta le manifestaba en apasionadas frases, le despertó escrúpulos de conciencia, y en su interior se acusaba de fomentar esa pasión. Después de grandes perplejidades, Sor Ana resolvió alejarla un tanto de sí. La pobre niña se sintió herida en el alma con tal rechazo.

—Puesto que no me quiere Sor Ana, voy a dejarme morir,—se dijo, y decidió no comer. Pero esto no era fácil en el convento, pues según la regla del refectorio las alumnas debían dejar vacíos los platos. Rosa cedía sus manjares a una de sus voraces compañeras, y la falta pasaba inapercibida.

Día por día veíanla decaer; grandes ojeras daban aún mayor profundidad a sus ojos; su semblante tomaba un tinte plomizo y los labios perdían su color. Su voluntad, sin embargo, se mantenía firme; ella experimentaba una sensación exquisita en sufrir esos tormentos y veía sin la menor aprensión acercarse la muerte.

No se sabe dónde habría llegado en su delirio, si una hija de María, sorprendiendo la estratagema del refectorio, no hubiera denunciado el hecho a Sor Ana quien consultó el caso con su superiora.

La buena anciana que en su larga carrera de directora de almas conocía los arcanos del corazón, no sólo dispuso sus escrúpulos sino que le ordenó abrir los brazos a esa huérfana ávida de cariño.

Desde aquel día Rosa fué feliz. En Sor Ana halló todas las ternuras deseadas; poco a poco su carácter se dulcificó y una época de paz sucedió a las borrascas de otro tiempo. La maestra seguía con vivo interés el despertar de esa alma candorosa. Comprendía la lucha de las pasiones que empezaban a germinar en su tierno corazón y hubiera querido verla menos intelectual, menos apasionada sobre todo... La suerte de su ovejita predilecta la inspiraba serios temores.

Destinada Rosa a vivir en un medio inferior al que por su educación le correspondía, por fuerza tendría que sufrir, y bien claro estaba que la joven no había nacido para luchar contra las asperezas de la vida: si su existencia no se deslizaba entre

ternuras y caricias, iría a destrozarse contra el primer escollo.

Por tal motivo Sor Ana trataba de atraerla suavemente a la vida religiosa, y con tino le hacía ver las miserias del mundo, pintándole con negros colores la ruindad de los hombres. Rosa escuchaba cual si esos consejos la impresionaran; pero luego aquellas ideas se fundían al calor de su imaginación.

Ahora que una ola de amargura la envolvía, recordaba Rosa las sabias advertencias de Sor Ana y se dolía de no haberlas escuchado. Ni por un minuto dudó de la veracidad de las palabras de Sabina; sentíase envilecida, cubierta de lodo, impura a los ojos de Dios, indigna de invocar a la Virgen y a los santos. Cayendo en el extremo opuesto de su carácter exagerado, sentía un amargo placer en saborear su aflicción.

Tan absorta estaba en sus dolorosos pensamientos, que sólo notó la presencia de Juan cuando éste colocándole una mano sobre el hombro, con voz entrecortada le preguntó:

—Rosa, ¿qué sucede? ¿Por qué lloras así?

Cual picada por un insecto venenoso, ella se irguió en el acto y con desesperado acento dijo:

—¿Y Ud. me lo pregunta? Retírese, señor, y no se vuelva a ponerse ante mi vista. Dios ha permitido que yo abra los ojos a tiempo, y Ud. no conseguirá su propósito.

Juan, mudo de estupor, la miraba, sorprendido de la expresión de sufrimiento impresa en sus faccio-

nes. ¿Era esta la niña gentil a quien ayer no más oprimía entre sus brazos? Ahí estaba, con el cabello desgreñado, una trenza mal hecha caída sobre sus hombros, y un estrecho traje de corte monacal cubriéndole el cuerpo. Los rasgos de su fisonomía, desfigurados por la noche de insomnio, y sus ojos, sus lindos ojos, enrojecidos por el llanto, tenían un gesto de extravío...

Emocionado hasta lo más íntimo, viendo ese verdadero destrozo de aquella alma angelical, Juan quiso replicar:

—Pero Rosa, ¿en qué te he ofendido yo? Ayer juraste ser mi esposa y hoy me rechazas de esta manera?

—¡Su esposa!...—le interrumpió con una carcajada histérica.—Lo mismo dicen todos, y es para engañar mejor... Ud. lo que quiere es...

No pudo concluir. Juan, cogiéndola de un brazo, colocaba una mano sobre su boca y con voz en que vibraba una pasión contenida, exclamó:

—No prosigas, Rosa, por Dios! Tú no sabes lo que dices. ¿Qué demonio, qué infame creatura, ha podido inculcarte tales ideas?

Volvió ella a estremecerse a su contacto; pero, desprendiéndose de nuevo, repuso exasperada:

—Le he dicho que no me toque, don Juan. ¿Ve Ud. este vestido, este peinado de colegiala? Hoy mismo me voy a las monjas, si es que ahí quieren recibirme todavía cuando sepan que ya no soy la niña inocente que ellas educaron, que mis oídos

están manchados. . . ¡Dios mío! ¿Por qué no escuché los sabios consejos de Sor Ana, y me quedé en el convento? Ahora me causo horror a mí misma, y todo por culpa suya; Ud. ha sido mi ángel malo. Si me parece que lo aborrezco. . .—añadió con ira, golpeando el suelo con el pie y retorciendo nerviosamente sus manos.—Por causa suya no me hice monja; tenía tales deseos de volverle a ver! y Ud. me paga así; Ud., que conoce lo que es el mundo, ha permitido que todo el pueblo murmure y haga risa de mí. Y mi pobre madrina, ¿qué dirá cuando lo llegue a saber?

Y entre sollozos entrecortados, continuaba lamentándose y llenándole de reproches con un arrebato que partía el alma.

Juan no volvía de su asombro. Comprendía poco a poco el terrible efecto que las nefastas palabras de la vieja habían producido en la niña, y de nuevo intentó defenderse.

—Pero, Cheñorita. . . — comenzaba a decir con tono de amarga queja, cuando ella prorrumpió con vehemencia:

—No hay Cheñorita, ni nada. . . Yo no soy la Florentina para que se burlen de mí.

Al oír estas palabras, la excitación de Juan llegó al colmo. La memoria de la cobardía de su hermano había sido siempre para él punzante recuerdo que en varias ocasiones le hizo enrojecer de vergüenza. Ahora, en labios de Rosa, le pareció un insulto, una suprema humillación; y no pudiendo reprimirse por

más tiempo, se arrojó sobre un tronco tumbado en el suelo, y estalló en sollozos como un niño.

La viva aflicción de Juan, sus lágrimas, llenaron de angustia a la tímida creatura que luchaba entre su fe en el sér amado y el temor del engaño con que la habían atemorizado. Su alma se despedazaba, dividida por esos contradictorios sentimientos, sin poder discernir donde estaría la verdad.

—Dios mío! ¿Qué creer?—murmuraba clavando en el cielo sus húmedas pupilas, en tanto que llevaba una mano al corazón a fin de acallar sus latidos. De pronto un inmenso malestar se apoderó de ella.

—¡Juan! ¡Juan!—gritó; y olvidada de temores y aprensiones cayó exánime en sus brazos.

Cogióla él con suma delicadeza, y dándole los nombres más tiernos, trataba de consolarla y persuadirla de su error.

—Rosa, mi florecita querida,—le decía muy quedo,—te juro que jamás ni aún el pensamiento de ofenderte ha cruzado por mi imaginación. La noche entera pasé preocupado de tí y pensando en lo felices que íbamos a ser. Y tú por los infames cuentos de una vieja perversa olvidas ya tus juramentos y mi cariño? Dime, ¿cuándo? ¿cómo puedo yo ser el vil seductor que tú me crees?

Los sollozos de la joven iban disminuyendo; sin embargo, aún la sacudían esos estremecimientos nerviosos que subsisten después de una crisis de lágrimas. Sus destrenzados cabellos se esparcían sobre su espalda, y él los acariciaba suavemente.

No obstante su honda turbación al sentir junto a sí aquel cuerpo palpitante, Juan reprimió su loco deseo de estrechar aquella adorada cabeza y cubrirla de besos, comprendiendo que cualquier demostración apasionada reavivaría las angustias de la joven

Nada más grande y puro que el amor de esos sencillos corazones.

Allí no había pasión desordenada, ni arrebatos de los sentidos: eran simplemente dos seres que sufrían amándose con ternura infinita, con intenso ardor, como una sola vez en la vida se ama.

Cuando Juan notó que cedía un tanto la angustia de Rosa, colocó una mano dulcemente imperativa sobre su cabeza inclinada, y apartando los rizos cortos que caían sobre sus sienes, dijo con voz cariñosa y conmovida:

—Ahora que el ataque de locura va pasando, mírame, mírame bien en los ojos, y repítame que soy un infame, que te engañó, y que me aborrece...

Por toda respuesta, ocultó ella otra vez su rostro en el hombro del joven, y estrechó más la cadena que sus brazos le formaban alrededor del cuello.

—Vamos a hablar seriamente, Cheñorita,—prosiguió con gravedad y dulzura,—necesito saber, en absoluto, si confías en mí o no...

—Sí, sí, ¡oh Juan! Perdóname! He sufrido tanto,—respondió ella a la vez que gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

—Bueno, bueno, Cheñorita, basta de llanto si no quieres que yo me enoje al fin de veras.

Hizo ella un enérgico esfuerzo para serenarse, trató de trenzar la abundante cabellera, y sentándose en el tronco de un maitén, se dispuso a escucharle.

En los momentos en que sostenía a Rosa casi desfallecida en sus brazos, había tomado Juan una resolución desesperada, que echaba por tierra todas las cavilaciones y proyectos de la noche anterior.

Y como en ciertas ocasiones, la incertidumbre tortura más que la desgracia misma, decidido ya a obrar, se sentía más tranquilo, libre de la atormentadora indecisión de la víspera.

Sentado junto a ella, Juan le explicaba sus proyectos. Escribiría al señor San Cristóbal aceptando el puesto fiscal que le ofrecían en Vicuña. Primero había pensado emprender solo el viaje, a fin de prepararlo todo para recibirla: eran jóvenes y podían esperar. Pero viendo que los sucesos se precipitaban y peligraba el buen nombre de ella, él no podía, ni quería dejarla atrás... Pedir la autorización de sus padres era empeño inútil, puesto que le sería negada. Tampoco Antonia consentiría. Se marcharían, pues, si ella se decidía a seguirlo, sin el permiso de los suyos, ya que a ello los obligaba la fuerza de las cosas.

Como era natural, se sobresaltó Rosa y renacieron sus dudas. Quiso objetar algo, pero Juan, con toda calma, le rogó que lo dejase concluir; ella dis-

curriría a su vez. Como toda persona de carácter irresoluto cuando se decide a obrar precipita los sucesos, Juan seguía exponiendo atropelladamente sus planes: en esa semana haría él un viaje a Santiago y al pasar por Reinosa buscaría un sacerdote que los casara, dejándolo todo listo para el miércoles 8 de marzo, término del plazo fijado por el señor San Cristóbal.

—Y después a Vicuña, en viaje de novios, Rosa mía. ¿Consientes? Responde,—agregó con tono a la vez solemne y suplicante.

Pálida como una muerta, mustia la frente, fijos en el suelo los ojos llenos de lágrimas reprimidas, ella guardaba silencio escuchando la voz de su alma en la angustiada y larga pausa que se siguió... ¿Qué pasaría en aquel corazón?

De pronto Rosa volvió hacia él sus miradas; y, tan intenso y verdadero amor leyó en esas ardientes pupilas, que sus dudas se desvanecieron; de sus profundos ojos irradió una claridad que disipó las sombras de tristeza, tiñendo de carmín su delicada fisonomía, y, muy bajo, con sonrisa inefable, sus temblorosos labios dijeron casi en un murmullo:

—Si, Juan, si quiero...

Estrechóla él con delirio entre sus brazos y cubriéndola de caricias y besando esos ojos enrojecidos por el llanto, le juraba que jamás verterían una lágrima por su culpa, que sus vidas serían un poema de dicha y de amor, que nunca se arrepentiría de haberle confiado su vida. Y, decía esto con una

sinceridad de acento que hacía aún más persuasivas sus palabras.

—Y ahora, mi novia querida, nada de lloriqueos. Esos ojos me pertenecen, son míos, y no quiero que los afeen las lágrimas. . . .

—Tu madrina debe estar inquieta con tu ausencia; volvamos a la casa,—dijo Juan después que por largo rato se habían repetido una y mil veces las sacramentales frases y protestas de amor.

Más tranquila ya, sentía Rosa en su corazón la paz de la lucha concluída, y feliz comentaba el viaje que en algunos días más emprenderían.

—Yo podría pasar a ver a Sor Ana el día que estemos en Reinoso,—dijo de improviso.

—Eso sí que no. Para que si la monja te lo aconseja, te quedes allí para siempre? No, Cheñorita; ya conozco tu carácter voluble, y no te soltaré tan luego. Más aún: en esta quincena que falta, mejor sería que no te confesaras porque al señor cura, como padrino tuyo, también se le puede ocurrir aconsejarte en mi contra. . . .

—No voy a tener con quien conversar entonces,—murmuró ella con coqueto mohín.

—Connmigo mucho, muchísimo. . . . Y con los tuyos, con Alicia, con Tito, menos con la vieja Sabina que muy luego saldrá del fundo si está en mi mano arrojarla de aquí, añadió Juan que, al recuerdo de lo que aquélla había hecho sufrir a su amada sentía bullir la sangre en sus venas.

Pronto llegaron al corral. Antonia, Pedro Luis

y "la Maiga", llenos de inquietud salieron a recibirles. Desde lejos les gritó Juan con mucho énfasis:

—Aquí traigo a esta prófuga que se nos quería ir a las monjas.

—¿Ve Ud., Antuquita, este vestido, este peinado de colegiala? Pensaba marcharse hoy mismo al convento, se sentía con vocación...—agregó mirando con maliciosa sonrisa a la joven,—y, buen trabajo me ha costado disuadirla. Me parece que merezco un matecito, ¿verdad?

En el primer momento Antonia se alarmó con las palabras de Juan; pero al ver sus alegres semblantes, disipóse su inquietud, imaginando que había sido un pasajero capricho de la joven.

Entretanto, Rosa se dirigía a su alcoba; luego salió vestida con su traje de brin claro, los cabellos negros ondulados y recogidos en gracioso moño, dejando ver su albo cuello y el niveo comienzo del escote.

De las pasadas angustias sólo quedaba una fugitiva sombra bajo sus pestañas y una expresión a la vez intensa y melancólica en su interesante fisonomía.

Aquella mañana fué deliciosa para todos. No Pedro Luis estuvo a punto de persuadirse de que sus temores eran infundados. Antonia no deseaba otra cosa que recobrar su serenidad; y Juan, como siempre junto a Rosa, olvidaba sus preocupaciones.

Sólo "la Maiga" no estaba tranquila; y suspi-

XIV

Fueron aquéllos días muy felices para los amantes. El doctor de "las Chilcas" al visitar a Rosa la había encontrado sumamente débil y recomendó mucha condescendencia con la niña, cuyo organismo parecía haber sufrido alguna fuerte conmoción.

Su receta fué: mucho ejercicio, vida al aire libre, asoleándose en el jardín o paseando por los alrededores, nada de costuras ni bordados por algún tiempo.

Ante estas prescripciones de persona tan prestigiosa, ño Pedro Luis no se atrevió a protestar de las frecuentes visitas de Juan; consolábase con la idea de ver partir en pocos días más al patroncito; además, el temor de contemplar de nuevo el rostro marchito de la niña descomponía al pobre viejo.

Las circunstancias conspiraban pues, para favorecer las entrevistas de los amantes que libres de toda vigilancia, podían entregarse a la delicia de

estar juntos. Vagaban sin rumbo, recorriendo los sitios llenos de dulces recuerdos, que escuchaban la eterna canción de amor, la historia de todos los enamorados repetida en mil tonos distintos y en diversas lenguas, aquella:

misma vieja historia,
que incesante se repite
con la misma conclusión..."

Juan descubría cada vez nuevos encantos en Rosa; y ella por su parte, no era ya amor, era adoración la que tributaba al compañero de su infancia. De una cadena colgada al pecho, pendía, junto con la medalla de la Virgen, la argolla que Juan en su reciente viaje a Santiago le había traído. El anillo tenía la fecha del compromiso, aquélla en que Sabina Peralta puso una nota trágica en este plácido romance.

En sus excursiones por las solitarias márgenes del estero, los jóvenes entre turbados y risueños colocábanse las sortijas, como haciendo una travesura de chiquillos.

Jamás aquellos parajes en que la solemne serenidad de la naturaleza amparaba sus amores, fueron testigo de más poético idilio.

Esa tarde habían escogido un rinconcito del huerto a orillas del estero. Con la proximidad del agua, la vegetación se alzaba allí exuberante. Era ése un asilo delicioso; sentíanse como en una región de ensueños... Leve brisa insinuándose por entre los

árboles, turbaba apenas la magestuosa paz del paisaje; las mariposas blancas, semejando flores aladas, rozaban los verdes arbustos en su giro caprichoso. . . En ese cálido día estival, parecía que todas las flores hubiesen abierto a la vez sus corolas; y, esparcidos en el ambiente, todos esos hálitos perfumados producían una embriagadora sensación de suavidad infinita.

Rosa reclinada en el tronco carcomido de un árbol, comunicaba sus impresiones a Juan que tendido en el pasto, contemplaba el puro azul del cielo por entre el denso follaje, o más a menudo, fijaba inquieto sus ojos en el semblante pálido y enflaquecido de la joven. Con frecuencia la había encontrado así en horas de desaliento, de indecisión, y con dificultad conseguían entonces sus palabras alentadoras desvanecer los prejuicios de Rosa que mientras más avanzaba el tiempo más acongojada se sentía con la idea del dolor que iba a causar a esos seres queridos de quienes era ella la felicidad. Lágrimas amargas había derramado al contemplar a su hermana y al buen viejo que en estos días, viéndola delicada, redoblaban su ternura y atenciones.

—Pero, yo también sufro,—decíale Juan acariciándola,—¿por qué no piensas en mi, en mi eterna desesperación si no pudiera tenerte a mi lado?

—Repítelo, Juan. Este pensamiento es el único que endulza mis pesares, el que ahuyenta mis vacilaciones. Si yo tuviese la íntima y profunda certeza, la seguridad de que te soy absolutamente nece-

saria, que mi ausencia labraría tu desdicha, me parece que más tranquila y sin vacilar, arrostraría las consecuencias, sabiendo que en cierto modo sacrifico a los míos, porque no puedo ser causa de tu desventura....

—Pues convéncete, Rosa mía, convéncete y cree que si yo te perdiera, si tú no fueses mía, la vida para mí sería tan triste, tan sin objeto, que maldeciría la hora que me vió nacer y, ¡sabe Dios! ¡sabe Dios, qué locas ideas surgirían en mi mente!—y luego sumergiendo sus miradas en las ansiosas pupilas de su novia preguntó con dulzura.—Y tú, Rosa, ¿crees que podrías vivir sin tu Juan?

—¿Yo?—respondió ella estremeciéndose, en tanto que su rostro se cubría de mortal palidez.—Si para mí tú eres la vida. Mira, cuando estás lejos siento como si tu espíritu me acompañase a todas partes, te sigo con el pensamiento, vivo con tu recuerdo, repaso tus palabras y a solas sonrío... ¡Ah! Juan, yo sí que puedo decir con verdad que si me separasen de ti moriría.

Y diciendo esto oprimía sus ojos con sus heladas manos como queriendo disipar una fúnebre visión.

—¿Qué tienes hoy, Cheñorita? Tú me ocultas algo, estás preocupada. ¿Habrás tenido alguna contrariedad? Dime, querida, ¿por qué te veo temblar? ¿Estás enferma, tendrás frío?... Tus manos están yertas. ¿Quiéres que regresemos a la casa?

Y ella cada día más frágil, y atormentada por las continuas luchas que agitaban su alma, entre risue-

ña y melancólica, se dejaba acariciar, feliz de sentirse amada.

—Anoche tuve un sueño, Juan, un sueño tan vivo que más que otra cosa me ha parecido advertencia del cielo, visión sobrenatural. Iba yo por un sendero luminoso, entre cercas de flores; mis pies apenas rozaban el suelo y cánticos dulcísimos halagaban mis oídos. Al fin de la avenida la luz se brillantaba, y al avanzar, vi dos sombras que me llamaron. Imágnate mi estupor al reconocer en ellas a mis padres que me hacían señas para que me les reuniera. Feliz me acerqué, pero no pude adelantar; un abismo infranqueable se abría entre nosotros. Grité, pero no me escucharon; entonces oí que me decían: *Despójate de los amores terrenales*; esta voz era semejante a la de Sor Ana. Instintivamente llevé las manos al cuello donde guardo tu anillo, y en ese momento mis padres renovaron sus llamados como indicándome que esta cadena me impedía salvar el obstáculo. Tres veces tendí las manos hacia la argolla, pero mi voluntad se resistió a obedecer. Por fin desesperada resolví franquear el abismo, y caí en él, hundiéndome en la obscuridad más pavorosa. Al grito que di, desperté temblando de impresión, y bañado el cuerpo en frío sudor. La lamparilla de noche difundía su tenue luz sobre los retratos de mis padres, y aún despierta parecíame verlos llamándome.

A medida que Rosa refería el sueño, en sus facciones se pintaban sucesivamente el terror, el des-

consuelo, la duda y sobre todo ello una excitación nerviosa que contagiaba a Juan no obstante su deliberada calma.

La hora crepuscular, la enervante atmósfera de aire campestre sano y fuerte, la soledad, acaso el sobresalto de sus conciencias, los penetró de honda melancolía. Una racha helada, precursora del otoño, les azotó el rostro, y de súbito, acaso por intuición de futuros pesares, ambos se sintieron tristes, abrumados, y en silencio se absorbieron en sus pensamientos. Juan enlazaba el talle de Rosa, y ella reclinando la cabeza sobre su hombro, con apagada voz continuó:

—En seguida, y como para confirmar mis temores, y que mi sueño parezca una realidad, esta mañana el correo me trajo una carta de Sor Ana. Léela tú,—agregó entregándosela. Juan leyó con burlona sonrisa:

“Querida hijita:

Sin esperar respuesta a mi última carta, he pedido a la Reverenda Madre que me permita escribirte. En estos días tu recuerdo me ha perseguido con tenacidad. ¿Será que ya las clases han comenzado y me hace falta mi ovejita predilecta? O ¿será que el largo silencio en que me dejas tiene que preocupar a tu buena madre? Hoy fué tan vivo el recuerdo que hice de tí, que me distraje por completo durante la misa. Quiera Nuestro Señor perdonarme en razón del cariño que te profeso. En el Evangelio del día leí este versículo: “Guardaos de aquellos

que vienen a vosotros con pieles de ovejas y que en verdad son lobos voraces", que me hizo pensar en mi querida ausente. Me vino un como presentimiento; el corazón se me oprimió con tan viva angustia que, al acercarme a recibir a mi Jesús derramé copiosas lágrimas mientras suplicaba al Señor se apiadase de mi Rosa.

El tiempo de cuaresma se acerca, tiempo de penitencia y de recogimiento que nos trae a la memoria los dolores de un Dios; medita sobre ellos, hija mía.

Que Jesús en el tabernáculo sea tu confidente, tu amigo, tu consuelo; cuando sufras cuéntale tus penas, cuando goces y estés alegre, particípale tu contento. Sé piadosa, ámale con ternura y serás feliz. En esas horas dichas no olvides a tu madre,

Sor ANA MENDIVIL.

R. M. A.

Juan, apenas terminada la lectura, miró a Rosa, y cogiéndole ambas manos preguntó con su más fascinadora sonrisa:

—Dime, Rosa, ¿por ventura me encuentras cara de lobo voraz?

Los ojos de Juan, que buscaban sus miradas, leyeron en ellas tan elocuente y expresiva respuesta que en el acto sus pupilas azules se iluminaron a su vez con el fuego que irradiaban las de Rosa.

Juan fué el primero en sobreponerse a su emoción. —¿Quién hace caso de sueños?—dijo con aire despreocupado.—Niñita nerviosa a quien las monjas inculcaron cuanta tontería cabe en sus cerebros misticados. Mira, yo dejo atrás mucho más que tú, yo abandono a mi padre, a mi madre, a mis hermanos, porque sé, estoy cierto, de que en tu amor encontraré refundidos todos esos afectos y además el mayor de ellos, el de esposa. Yo, a mi vez, trataré, mi querida, de reemplazar tan bien a los tuyos que puedas tú decir que, fuera de mi, nadie te hace falta, nadie.

Con estas protestas, suficientes de más para acallar las inquietudes de una enamorada, se esfumaban, cual globos de jabón, los temores de Rosa.

Por fortuna estas crisis emotivas no eran frecuentes y había horas en que sus risas bulliciosas despertaban los ecos de la montaña. Entonces todo lo veían de color de rosa y el porvenir se les presentaba en halagüeña perspectiva.

Sobrada razón tenía Juan para afirmar que él dejaba atrás mucho más que Rosa. Sin embargo, al decirlo, no conocía bien todo lo que abandonaba. Su ceguera de enamorado, no le permitía aquilatar la determinación que iba a seguir.

La nueva de su viaje a Vicuña había caído como un rayo en casa de sus padres. Empero, don Guillermo, a pesar de su pena, dominó sus sentimientos, imaginando que esta resolución obedecía al deseo, tan natural en la juventud, de independizarse, de

probar sus fuerzas, como el pajarillo que se lanza del nido aun cuando sepa que en el primer vuelo ha de sentir sus alas fatigadas.

En silencio se impuso de los proyectos de su hijo querido, y procuró consolarse con la expectativa de tenerlo otra vez en su compañía durante los rigores del invierno.

Doña Rafaela, también muy afectada, acudía solícita a ofrecerle su ayuda para los preparativos de viaje. Graciela, descuidando sus arreglos para el Carnaval, venía a charlar con él. Pero todos recibían la misma respuesta: que nada necesitaba, que lo dejasen trabajar.

Más que nadie sufría la pobre Alicia con la partida de Juan, que la dejaba tan abandonada. El era su compañero en Santiago y varias veces en momentos de cruel desolación él alivió sus penas.

Ahora llegaba silenciosa hasta la puerta de su habitación pero, ella no ofrecía sus servicios; sino que de pie en el umbral, lo miraba con los ojos turbios por las lágrimas contenidas, hasta que Juan, con fingida aspereza a fin de disimular su propio pesar, le pedía que lo dejase solo.

Para él la situación era dos veces cruel: primero porque no tenía quien le alentase. Todas sus luchas y ansiedades se agitaban en su seno, sin testigos, teniendo que dar ánimos a Rosa justamente cuando él iba con el alma henchida de angustia a buscar consuelo en su amor. Por otra parte, si Juan hubiera sido un egoísta libertino, o si sus padres

no hubiesen sido siempre tan afectuosos y amantes, acaso la separación habría sido menos triste.

Veniale a las veces un ímpetu loco de rebelarse, de gritar su miseria y su secreto, un desesperado anhelo de pisotear todo aquel lujo que odiaba y, como animal enfurecido, romper, destruir esos blasones, esos cuadros valiosos, esos antiguos tapices, en fin, todos aquellos signos de fasto y de riqueza.

Además, no sólo dejaba Juan su familia, sus relaciones, su existencia de lujo, sino también su posición social, comprometida por ese matrimonio desigual. En suma: si el sacrificio que hacía era muy superior al de Rosa, ésta, en cambio, daba cuanto tenía, pues en el amor de la candorosa niña no entraban mezquinos cálculos ni locas pretensiones, y de seguro que a poder escoger no habría deseado tan alta alcurnia para el que había de ser su esposo.

Pero, como hemos dicho, el amor no raciocina ni busca conveniencias, y sus cálculos suelen estar reñidos con los convencionalismos sociales.

XV

Aquel domingo empezaba el Carnaval.

El caserío de las "Chilcas" había sido profusamente engalanado; las calles y plazas llenas de banderolas y estandartes de papel, que se cruzaban por entre los árboles, formaban arcos de madera adornados con vistosos faroles chinescos.

La plaza, como en casi todos los pueblos chilenos, encierra en sus cuatro manzanas todas las oficinas fiscales, Municipalidad, escuela, correo y parroquia. En este humilde y escondido rincón del valle del río Verde, es el principal ornato la iglesia construída desde siglos atrás por monjes dominicos, dueños entonces de la hacienda del "Rosario". La honda piedad de los feligreses la mantenía limpia y bien cuidada; y, como por fortuna jamás llegó a esas regiones ningún rico advenedizo de éstos que gustan de reformar y pintarlo todo, aquélla conservó su hermoso estilo medioeval y su patina de vejez. Por los intersticios de sus muros de piedra asomaba el

musgo y en los pilares del viejo pórtico se enredaba la hiedra trepadora. Todo era antiguo ahí: antiguo el campanario, donde hacían su nido las lechuzas, el sacristán que repicaba las campanas y el virtuoso sacerdote que desde treinta años dirigía las conciencias y consolaba las penas de sus fieles hijos; vieja por último, el ama de llaves que, regañona y malhumorada, era capaz de vaciarle los ojos al temerario que cometiese alguna irreverencia en la santa casa.

Aquel día el templo hacía estrecho para contener la enorme cantidad de gente que con motivo de las fiestas de Carnaval había "bajado al pueblo" y acudía, antes de entregarse a sus diversiones, a cumplir el precepto divino. Multitud de cirios ardían en el altar mayor, pero sus luces quedaban eclipsadas por el vivo resplandor que al través de las ventanas ojivales proyectaba el sol. Sus destellos de fuego o sus etéreas claridades al caer sobre las estatuas de los santos, vestidos de colores chillones, oro y pedrerías, parecían infundirles vida y movimiento.

El párroco subía al altar. En su bondadosa e ingenua fisonomía se reflejaba la satisfacción de ver a sus parroquianos postrados humildemente ante su Dios, y al volverse hacia el pueblo en el "Dominus vobiscum", hubiera querido estrecharlos a todos en inmenso abrazo y presentar al Buen Pastor su querido rebaño unido al sacrosanto sacrificio.

Pasado el Évangelio y en medio del más solemne silencio, sintiéronse notas de arpa, los preludios del Ave María de Gounod.

Elena Santibáñez empezaba con dulcísimo acento la sublime plegaria: "Ave María piena di grazie". Esa música se adaptaba a su voz que subía sin esfuerzo, dirigida por un instinto del arte, íntimo y profundo, como la voz del pájaro que entona la canción que Dios le ha puesto en la garganta. Una cascada de notas vibrantes ascendía, fresca, se ensanchaba para implorar la celestial misericordia; más que una plegaria era un lamento... No se sabía si hablaba de amor, de desesperación o de muerte, pero, los feligreses, aún los rústicos ignaros, la escuchaban extasiados.

Ese canto era bello y patético: vibraba en él una angustia suprema. "Prega per noi" clamaba; sí, ruega por nosotros, por él, por mí que ahogo mi secreto en tu virgineo seno.

Y, al concluir: "Nel hora della nostra morte", las notas semejaban una queja dolorida, cual si con ellas evocase la hora de redención del dolor.

Elena traicionaba y exponía su secreto en ese canto sagrado en que palpitaba su alma atormentada.

Cerca de ella, Rosa oraba con el rostro entre las manos. En ese místico asilo en que al perfume sagrado del incienso se une el penetrante aroma de las flores, su alma idealista y soñadora se conmovía fácilmente. Su intuición femenina le hizo adivinar en la voz de Elena un grito de dolor. Una piedad

inmensa la invadió; y de súbito, sea de compasión, de pesar o tal vez de enervamiento, brotó de sus ojos un raudal de lágrimas y sólo por un enérgico esfuerzo de voluntad, pudo vencer su emoción y entonar el "Salutaris" con su coro de niñas.

Concluída la misa, se sintió el ruido de puertas que se abrían, el rodar de sillas, los pesados trancos de los huasos que hacían sonar las rodajas de sus espuelas, el crujir de las almidonadas enaguas de las mujeres y el chirriar de los gruesos zapatos de los niños que se atropellaban al salir.

Afuera el día estaba radiante: el cielo azul obscuro era un espejo immaculado. Bajo aquella bóveda diáfana y límpida, la naturaleza lucía magnífica todas sus galas; la vegetación parecía exaltada a su máxima belleza y esplendor; la tierra entregaba con pródiga mano todos sus tesoros y su seno fecundo no tenía más riquezas que ofrecer.

Aquella exuberancia de vida y de verdor, de fertilidad increíble, daba una idea de saciedad, de cosa concluída, de deseo satisfecho.

La atmósfera saturada de perfumes esparcía por doquiera un olor a vendimia, a mies cosechada, a fruta en sazón.

Sin embargo, en ese conjunto armonioso, en esa

plenitud de vida soberana percibíanse ya los signos de una próxima decadencia. Las hojas de los álamos empezaban a dorarse, los castaños lucían su follaje cobrizo, las encinas tomaban un tinte mohoso. Ese color amarillento las tornaba más frágiles y transparentes; se desprendían, casi, de sus ganchos, y al primer soplo de las auras otoñales caerían al suelo para ser holladas por los caminantes.

Triste, más triste aún en el campo, es contemplar la agonía de la vegetación, la periódica decrepitud de la naturaleza.

Por eso en aquellos días de Carnaval, en que todo brillaba aún a la luz sana y vigorizadora del sol, los semblantes manifestaban la alegría de vivir en aquella atmósfera perfumada por el fragante aroma de la fruta madura, de las flores semillantes, de sentirse acariciados por suaves y frescas brisas, escuchando el trinar de las avecillas que aún no sentían la necesidad de emigrar a más cálidos climas.

¡Tres días de jolgorio!... Tres días de loco entusiasmo, de frenética alegría después de los rudos trabajos del verano.

Ya en marzo las cosechas de granos están guardadas y las hacendosas campesinas, como la prudente hormiga de la fábula, recolectan las provisiones para el invierno, que allí suele ser crudísimo.

Sobre los techos de zinc, teja o totora de todas las viviendas, o encima de los sobrados que cubren los hornos de barro para el pan, se veían los choclos listos para ser convertidos en "chuchoca", junto a

los huesillos, los higos, ajíes y tomates puestos a secarse al sol. Por entre las rejas de las modestas casitas, asomaban los suspiros, los geranios rojos, las varas de San José, y en torno de los pilares del corredor, multitud de tarros, de cajones desvencijados guardaban las plantitas regalonas; la malva de olor, el reseda, los claveles y el albahaca para el aroma.

El juego de la chaya estaba en su apogeo. A lo largo de la carretera, en la puerta de los despachos, en las veredas, desde el polvoriento camino hasta las enmarañadas cabezas de los muchachos que probablemente guardarían aquel recuerdo hasta muy entrada la Cuaresma, todo estaba cubierto de tricolores serpentinas y papeles picados.

Era un torbellino de gente la plaza; por doquiera se arremolinaba pintoresca y bulliciosa muchedumbre.

Al grito de: "en tiempo de chaya nadie se enoja", al salir de la iglesia todos recibieron un diluvio de papeles picados. Nunca se había visto tanta gente en el valle: además de los automóviles y carruajes de la aristocracia, veíanse carretelas embanderadas, campesinos cabalgando con su mujer a la grupa y el niño por delante, tocadores de organillo y de acordeón, muchachos que disparaban cohetes por entre los pies de los paseantes. En las varas para topear, que protegían las veredas de casi todas las casas, maniatados relinchaban de impaciencia los caballos, con sus enjalmas enchapadas de plata, sus

estribones de quillay y sus riendas de correas trenzadas que terminaban en la temible penca.

Mientras tanto, los jinetes circulaban por el paseo, la vistosa manta al hombro, el flamante jipi-japa envuelto en la cinta tricolor, chaqueta blanca, botas "corrionudas" y grandes espuelas que ritmaban su acompasado andar.

Las muchachas de moreno rostro y sana dentadura, sostenían sus cabellos con lazos de chillonas cintas, y lucían faldas de colores vistosos, muy almidonadas y con varias enaguas, en contraste con el leve ropaje de las "señoritas de los fundos" que en aquel momento parecían ser quienes hacían economía en el vestir.

Los vendedores ambulantes atronaban el aire con sus gritos, pregonando sus mercaderías con cierta cantinela propia de cada uno.

Un chico, de carita simpática, ofrecía microscópicos paquetes de chaya cantando sin cesar:

"Papelito picao, verde y rosao
pa las niñas buenas mozas
y los enamorao.
Amarillo no se picao
porque es muy despreciao..."

Una muchacha escuálida, de larga cara amarillenta, cabello desgredado y sucio traje de mezclilla, con voz lastimera y curtidas manos ofrecía: "Papelito pa chayar, huevos de cera con agua florida, y con tintas de color". Otra chica, viva, y de chispeantes ojos

negros gritaba a voz en cuello: "La serpentina tricolor a diez y a veinte".

Un tenor de doce años, que en Italia habría sido recogido por algún empresario de teatros, pregonaba con garganta de acero: "Las tortillas de chicharrón y de grasa, las tortillas".

Más allá una vieja harapienta, oculto el rostro cobrizo bajo grasosa chupalla, arrastraba su inundo vestido por el polvo de la calle, mientras arriaba un burro con árguenas forradas en cuero de vaca, por donde asomaban los coliflores y repollos, curiosos de ver la causa de tanta algazara.

Un boliviano ofrecía "guairuros", tréboles, y chanchitos para la suerte, anillos para el "corrimiento", "machis" y otros amuletos contra el "mal de ojos".

Algunos faltos tentaban a las muchachas con cintas de seda, dormilonas de brillantes y sortijas con perlas que a ser legítimas, hubieran sido dignas del collar de una reina. La bulliciosa retórica y poca conciencia de esos mercaderes hacía abrir boca y bolsillo a las incautas hijas de Eva, fascinadas por cualquier abalorio, por cualquier dije llamativo.

Además de los vendedores ambulantes, había en las esquinas de la plaza ventas fijas a estilo de las que se instalan en la Alameda de Santiago en las noches de Pascua y Año Nuevo. Ahí, junto a los duraznitos pelados, a la breva curada, se freían los pejerreyes y las sopaipillas, se recalentaban los

“pequenes” y el causeo, y se servían la horchata con malicia y los heladitos de canela, colados en calcetines, según el decir de las malas lenguas.

También instalábanse ventas de objetos religiosos: rosarios tocados con vestidos de Nuestra Señora del Carmen, grasita de la Virgen milagrosa, zapatitos gastados por el Niño-Dios de Sotaquí, agua de diversos santos, etc., etc.

En ese vaivén de gentes, en esa batahola humana, que se cruzaba pasando y repasando, todo era risa y algarabía. Las muchachas celebraban con carcajadas los galanteos de los mozos, de mantas rayadas y curtidos rostros, y éstos les lanzaban serpentinas con la destreza y agilidad propias de sus manos habituadas al lazo.

Se veían escenas curiosísimas provocadas por el juego de la chaya.

Las elegantes santiaguinas gozaban al contemplar esas costumbres casi desconocidas para ellas. Mr. y Mrs. Leighton, huéspedes de los Sarmientos, atraídos por la novedad quisieron dar unas vueltas por la plaza, encantados con ese deporte chileno. A cada instante la simpática inglesita exclamaba: *¡How funny! ¡How funny!* ¡Qué divertido! Un huaso, más atrevido que los demás, a tiempo que ella repetía su alegre comentario, le disparó a la cara un puñado de papel picado. Al sentirse medio sofocada con los papelitos, la digna Mrs. Leighton no encontró ya tan gracioso el juego. Su británica

circunspección se sublevó contra esta familiaridad imprevista y *shoking*.

La pila de la plaza era el surtidero de las bombas y chisguetes; agotada el agua florida, había que sustituirla con agua natural.

Contagiados por el entusiasmo popular, algunos de los jóvenes aristócratas, empezaron a perseguir a las muchachas con serpentinas y huevos de cera, con vivo disgusto de los huasos molestos al ver a los "futres" mezclarse en sus pasatiempos.

Suscitáronse algunas disputas, y como el asunto se encrespara, los hacendados decidieron retirarse, tanto más cuanto que ellos tenían también su programa de fiestas: era el día del gran "paperchase" en la quebrada del Mirador.

XVI

Graciela podía estar satisfecha del resultado de su programa.

El paperchase había tenido un éxito magnífico; los invitados confesaban no haber pasado nunca un día más alegre.

Esa bulliciosa caravana componíanla en su mayoría jóvenes y niñas felices de tomar parte en una fiesta sportiva. Las elegantes amazonas, irreprochables en sus trajes oscuros ceñidos a los esbeltos cuerpos, dirigían con experta mano sus animales de raza, en tanto que los jinetes, con casacas rojas, pantalón blanco y polainas de cuero, saltaban vallas y fosos con extraordinaria destreza. Ante cada obstáculo era una de gritos y risas sin fin; el cuerno de caza resonaba por todas partes indicándoles la dirección que debían seguir.

Mientras tanto, la gente más madura, celebrando la alegría juvenil, seguía en cómodos carruajes por la carretera.

La quebrada del Mirador, con sus árboles umbrosos y sus cristalinos manantiales, había sido un paraje felizmente escogido. Ahí no se descuidó detalle alguno para que la fiesta resultara espléndida.

Una orquesta original, disimulada entre el follaje, amenizó el almuerzo servido a la sombra de gigantesca higuera. Componían la curiosa murga un arpa, una flauta, acordeones, dos "cantoras", una para el tamboreo y otra para el segundo, y su director, ño Pedrito, modesto sastre a la vez que egregio arpista y cantor famoso, el cual, con aguda y casi femenina voz, llevaba el alto y deleitaba a la concurrencia con su inagotable repertorio de tonadas. Su especialidad eran los oportunos cogollos y los esquinzos.

Algunos jóvenes bailaron la tradicional cueca en medio del palmoreo de todas esas elegantes que mañana volverían muy finchadas a la vida de etiqueta de la capital.

Los torneos de tennis también habían entretenido a los mirones y apasionado a los jugadores, que lucharon con empeño por obtener los premios obsequiados generosamente por don Fernando Olivares. Consistían éstos en una pulsera de oro que le cupo en suerte a Mrs. Leighton, y un bastón finísimo adjudicado a Renato Pérez.

Los aficionados al bridge, tuvieron también su desafío, disputándose entre muchos el codiciado premio: una planta de orquídeas muy fina y escasa.

prometida por don Guillermo en un arranque de liberalidad.

Faltaba sólo el famoso baile de fantasía que debía efectuarse aquella noche.

Desde un mes atrás no se pensaba más que en los preparativos: ensayos de danzas, de figuras de minuet, de cotillón, repeticiones de canto, estudios de trajes, habían sido y eran el principal pensamiento de todos.

La inmensa casa de los Sarmientos así como las de los hacendados vecinos, se hacían estrechas para contener al sinnúmero de huéspedes.

Carlos Rosales y Renato Pérez, que nunca rehusaban su concurso cuando se trataba de partidas de placer, eran con Graciela los organizadores de la fiesta. Todos los días tenían largos conciliábulos y discusiones sobre la colocación de los buffets, el orden del programa, el número de los concurrentes, etc.

Raimundo Garcés se había negado a tomar parte activa en sainetes o danzas; parecía triste y atormentado. Al término ya de sus vacaciones, veía con desaliento que su candidatura amorosa no prosperaba como él lo hubiera querido. El, que siempre había confiado orgulloso en la realización de todos sus deseos, sentíase presa de amargo desengaño. Una humildad que hasta entonces no conociera, le forzaba a descender del pedestal de su propia estimación, haciéndole contemporizar con las debilidades ajenas, que antes, su intransigencia de joven modelo

no perdonaba. Este cambio, colocándole al nivel de todos, le era en extremo favorable y su trato ganaba con tan inesperada condescendencia.

Por su parte, Graciela cambiaba poco a poco su actitud con respecto a él, y cuando le veía muy abatido alentaba ligeramente sus esperanzas. En su persona se notaba algo de más reposado, era más discreta en el hablar, y las galanterías un tanto libres de Renato la hacían enrojecer y lejos de celebrarlas, como antes, la fastidiaban. Su rostro siempre bello adquiría una simpática suavidad y sus pupilas azules brillaban como iluminadas por viva luz interior; su carácter se modificaba día por día. En esa feliz evolución, sus buenas cualidades, depuradas en el crisol del amor, iban desprendiéndose de la escoria que las opacaba. Hasta su belleza física, falta un tiempo de esa suavidad, de esa penetrante dulzura, que es reflejo del alma, se acrecentaba por la magia de la pasión.

Lo había dicho Graciela, ella no se entregaría por sorpresa; paso a paso iba cediendo, y sorprendida ella misma de los sentimientos que la agitaban, preguntábase perpleja:—¿Pero, soy yo, la que siempre ridiculizó el amor, la que paulatinamente voy aprisionándome en sus lazos?—Quería resistir aún, pero su voluntad rehuía la lucha. Comprendiendo la superioridad de Raimundo sobre los demás jóvenes, apreciaba sus méritos, aún cuando su medida y circunspección a un tiempo la desconcertaban e imponían, y con delicioso temor veía aproxi-

marse la hora en que ya no sería dueña de sí misma.

De triunfo en triunfo iba Raimundo apoderándose de aquella alma. Y, ¡qué espléndida conquista! Los años de paciente espera le estaban bien empleados; tenía su recompensa; la posesión de la compañera soñada, de esa adorable amiga. Ella sería una esposa ideal; evaporados sus caprichos y prejuicios al soplo del amor, veía ahora la vida al través de mágico prisma, sentía ella también la pasión en su grande y poderosa sinceridad.

Sin embargo, Raimundo no creía aún en su fortuna; temía que aquel cambio fuese mera táctica, un nuevo capricho de Graciela; no quería incubar otra vez esperanzas que pudieran desvanecerse; y, cual sucede con frecuencia, la hora en que se acercaba a la mayor ventura era también la de su más profunda postración.

Por cierto que Graciela no había contado con los elementos al confeccionar su programa. El mes de marzo está expuesto a bruscos cambios atmosféricos, y aquella vez, el concierto al aire libre amenazaba "aguarse". Ya en la mañana habían caído gruesos goterones; y, lejos de despejarse el cielo, seguían amontonándose espesas nubes sobre las altas copas de los árboles.

Este grave contratiempo que a cualquiera otra habría confundido, lo subsanó muy luego Graciela, mandando deshacer en el acto los preparativos que se efectuaban en el parque y resolviendo dar el

concierto en el gran "hall". El trabajo sería enorme, pero nada arredraba a la joven, cuyo carácter enérgico y resuelto removía todo obstáculo y por éste o aquél medio llegaba al logro de sus deseos. Ya que no podía efectuarse la fiesta soñada, quería que el baile se asemejase lo más posible a su ideal primero.

Al efecto, trastornó la casa, hizo sacar los muebles del "hall" y transportar a él multitud de plantas. Las fantasías de Graciela eran esta vez secundadas por todos. Juan asombró a su hermana con su increíble condescendencia. Ella lamentaba que en el improvisado jardín faltase el "murmullo del arroyuelo"; y Juan aprovechando las cañerías del agua, se inició en sus trabajos de hidráulica, haciendo surgir entre los árboles una hermosa caída de agua. Los pilares cubiertos de ramas y ganchos, querían parecer arbustos frondosos, y dos hamacas tendidas entre ellos invitaban a reposar. Y, para que la ilusión fuese completa, escondidas entre las plantas colocáronse jaulas con jilgueros, diúcas y chincoles. Graciela esperaba que estos huéspedes alados, consentirían en trasnochar, desvelados por la luz y el bullicio.

Juan trabajaba con ardor en la fuente consabida. Más que por agradar a Graciela, hacía lo por distraerse, por eludir las conversaciones en ese día, el último de su residencia en casa de sus padres. El trabajo mecánico y difícil, disipaba un tanto la honda tristeza que a ratos le invadía y que aumen-

taba al acercarse la hora de partir. Ya todo estaba listo; saldrían en el automóvil a las diez de la noche para estar en Reinoso al paso del tren. Rosa había venido a "las casas", bajo pretexto de ayudar en los preparativos del baile, y Juan decidió que no regresase a su morada. Como el tiempo estaba amenazador, inventó un afectuoso mensaje de doña Rafaela para Antonia anunciándole que dejaba a la Cheñorita en el "Rosario" a fin de que pudiese gozar del concierto, ella tan aficionada a la música. En cambio a su madre no le dijo una palabra. Mediante esta estratagema nadie se preocuparía de Rosa, y sólo notarían su ausencia cuando ellos estuvieran en viaje a Santiago, ya casados.

El plan estaba bien concebido: Juan dejaría al pie de un castaño un capote, gorra y anteojos de automovilista para que Rosa se disfrazara con ellos; en la obscuridad, el chauffeur la tomaría por un amigo de Juan.

Todo así previsto, nada había que temer; sus fuerzas parecían aumentarse en ese instante supremo. La hora del combate le daba el valor que infunde la presencia del enemigo; y sobre todo, en la dura alternativa de separarse de Rosa para siempre o de huir juntos, no le era difícil a Juan decidirse.

Su inmenso amor estaba por encima de todas las objeciones, afectos y hasta sagrados deberes...

—¡Caramba, hombre! Aquí no hay dónde descansar,—exclamaba don Guillermo paseándose nervioso y molesto por entre un mundo de trabajadores, doncellas y jardineros, que daban los últimos retoques al “hall”.—Vengo de la galería. Ahí, mientras unos declaman en alta voz, otros ensayan minuetos, tangos o qué sé yo! En el salón Elena y Carlos Rosales repasan el famoso dúo. Graciela en el comedor grita y perora porque no comprenden sus órdenes. Roberto rabia porque no llega su equipaje. No hay medio de encontrar sosiego en parte alguna, Fernando,—añadió el caballero apoyándose en el brazo de su inseparable amigo.

Alicia, que en ese momento empezaba su tocado, asomó la cabeza por una de las puertas laterales.

—Venga para acá, papacito; en mi gabinete podrán ustedes estar tranquilos; los niños duermen, todo está en silencio.

—Bueno, hijita. ¿Vamos a refugiarnos allá, Fernando?

Y ambos entraron al elegante salón de Alicia, para reposar la comida sentados en cómodas butacas.

—¡Qué trastorno, hombre! ¡Qué vida!—dijo don Guillermo encendiendo su cigarro;—gracias a Dios que esta noche termina el Carnaval! Puede ser que aquí concluyan las fantasías de esta muchacha loca.

—Es de esperar, Guillermo; pero déjala que se divierta; es tan natural a su edad. . . ,

—Sí, que se divierta. . . ¡Como si el único objeto

de la existencia fuera divertirse! Y justamente, lo que a ellos entretiene es lo que a mí me molesta.

—No digas eso, hombre, ¿quién te lo va a creer? Cuando tú te desvives por agradar a los tuyos...

—Pero no hoy. Esta fiesta el día en que Juan se va es un contrasentido.

—La culpa no es de mi ahijada, tú lo sabes de más: hay que ser justo... Ella tenía fijada esta fecha cuando Juan, a sabiendas, resolvió su viaje tan intempestivo.

—Así es, Fernando... Y enhorabuena, que se vaya, que se vaya, repitió arrojando el cigarro que fumaba,—ya no reconozco a mi hijo en ese sér raro y maniático, un día alegre y jovial, y al siguiente intratable... ¡Ah! amigo mío, muchos goces proporcionan los hijos, pero, créeme que a las veces son más las penas que nos ocasionan... Da una mirada a mi alrededor: Roberto un tarambana que a nada serio se contrae; Alicia, la pobrecita, con su vida tronchada a los veintiséis años; Graciela, que no sé dónde irá a parar si no le madura el juicio, y Juan, Juan, en quien yo cifraba mis esperanzas, indudablemente me oculta algún dolor, alguna vergüenza, o qué sé yo...

—Estás hoy como el tiempo, hombre; todo lo ves obscuro y tempestuoso. Vamos, ¿que no eras tú mismo de opinión de que Juan debía independizarse?

—Sí, Fernando; pero no sé cómo explicártelo: no es propiamente la partida de Juan lo que me

tiene nervioso, es su extraño proceder. El niño me encubre algo, lo siento, lo adivino, y no comprendo qué puede ser. Con frecuencia lo veo suspirar, sumido en el más hondo abatimiento; me acerco, le hablo, lo interrogo: en el acto cambia su fisonomía, y risueño, alegre, me contesta cualquier chiste. Otras veces parece que deseara confesarme algo; de pronto se detiene, sus ojos evitan mis miradas y en sus facciones descompuestas veo la lucha que agita su alma. Sin ir más lejos, ayer, paseándome por el parque, sentí ruido en una de las avenidas laterales; me asomé por entre las ramas y vi a Tito que trataba de desprender las manos con que Juan se ocultaba el rostro. El chico al principio creyó que era juego; pero luego notó que lágrimas verdaderas corrían por entre sus dedos. Entonces el simpático chiquillo acariciándolo le decía: ¡Qué feo, tío Juanito; los hombres no lloran; ¿quién te pegó? ¿El Tata? ¿Por qué? Te doy mi poncito si no lloras más...—Y en su media lengua continuaba consolando a su tío y besándole las manos. Juan le cogió por fin en sus brazos, y escondiendo su cabeza en los cabellos del niño, vi que sus espaldas se estremecían. Me alejé tembloroso. Dime, Fernando, ¿es natural esto? ¿Por qué esa desesperación?

—Pero, compadre; eso es muy comprensible: el dejáros...

—No, nada de eso; Juan es valiente, emprendedor, no es la primera vez que se aleja de nos-

otros. ¿Por qué ahora se desconsuela así? ¿Quién lo obliga a partir? Si cabe creer en los sentimientos, diría yo que alguna desgracia nos amaga; y, como para aumentar mi ansiedad, Rafaela también se siente inquieta, angustiada. Ella ha notado la extraña conducta de Juan; dice que evita sus cariños, que apenas le dirige la palabra. Así me lo contaba esta mañana, llenos los ojos de lágrimas.

—Hombre, hombre, no seas tan pesimista, acuérdate de tu juventud. En esa edad las impresiones son siempre exageradas; con los años, recobramos la calma y se produce el equilibrio en nuestras facultades. Dejemos a los jóvenes vivir su vida de ensueños y quimeras; todos hemos pasado por esa época en que las pasiones bullen, en que se siente arder la sangre en las venas y en que hoy se desea con vehemencia aquello que mañana se despreciará. En vano queríamos ahora experimentar esas sensaciones deliciosas.

Deja tus inquietudes, amigo mío, ellas no tienen razón de ser; pasarán esos arrebatos y vendrá la indiferencia con la madurez de los años,—agregó don Fernando con tono sentencioso.

Don Guillermo, absorto en sus pensamientos, parecía no escucharle; de pronto continuó:

—Otro motivo de inquietud que me da Juan, es su rechazo de la mesada que les he asignado siempre a todos. Me dijo que su sueldo le bastaba; se ve que no conoce la necesidad; como desde que abrió los ojos ha encontrado el nido bien provisto,

y ha vivido lleno de comodidades!... El que tiene hábitos de lujo, ¿qué hará con setecientos pesos, necesitando pagar hotel, lavado, cigarros, etc., etc.? Esto le decía yo ayer; pero él, con tono cortante, me respondió que iba a la lucha, que no quería más armas que su trabajo y energía; y, al manifestármelo, Fernando, con voz vibrante, sus ojos fulguraban y sus labios estaban trémulos: hubiérase dicho que deseaba lanzarme a la cabeza el dinero que le ofrecía. ¿Comprendes tú ahora mi zozobra, mi angustia? O está enfermo o enamorado. ¿De quién? Evidentemente no es de Elena. En mis desvelos he llegado a pensar. ¡Dios me perdone el mal juicio! que ama a Rosa Solís!...

—Y, ¿por qué no, Guillermo? La chica es encantadora.

—Pero, ¿estás loco, Fernando?—interrumpió don Guillermo, saltando violentamente de su sillón y dando algunos pasos por la sala;—Juan es incapaz de una villanía.

—Y, ¿quién lo dice?

—Entonces, ¿qué quieres insinuar, hombre?

—Que puede desear casarse con ella simplemente,—respondió don Fernando, cuya astucia acostumbrada a desmadejar intriguillas amorosas le había hecho sospechar, si no la fuga, al menos el idilio que se desarrollaba a escondidas de todos. Instigado por secreto deseo de protegerlo, quería sondear intenciones.

—¡Casarse... un Sarmiento y Albornoz! ¿Sa-

bes, amigo, que gastas bromas de pésimo gusto? ¿Quién es Rosa? Poco más que una inquilina; nos debe hasta la situación que tiene...

—Alto ahí, mi amigo; exageras demasiado. Ella no es de tan baja esfera ni tan pobre. Su padre le dejó una modesta fortuna; ha recibido esmerada educación y he oído que su madre fué...

—Bueno, no discutamos; ¿con qué objeto? Eso es un imposible, una locura; sin embargo el sólo pensarlo, el sólo suponerlo me pone furioso, excitado, violento. Ya saben mis hijos lo que pienso a este respecto. Ninguno de ellos empañará el ilustre nombre que recibieron de sus antepasados...

—¿De modo que si alguno te desobedeciera?...

—Sería inflexible, le desheredaría, no le vería más como si hubiera muerto. Mas, ¿a qué insistir en esta aborrecible suposición? A Dios gracias, por este lado puedo estar tranquilo...

En aquel instante, en la pieza vecina se escuchó un como sollozo reprimido.

—¿Oíste, Fernando? Alguien ha suspirado... He sentido sollozar.

—No, hombre; tú estás hecho un atado de nervios. Es el viento que azota las persianas y las hace crujir.

—La tempestad se acerca,—añadió don Fernando entreabriendo la ventana;—compadezco a los que tienen que viajar en semejante noche.—Y luego volviéndose a su amigo, que permanecía pensativo, le dijo con alegre acento:—Compadre, son las

nueve y media; vamos a vestir nuestros disfraces, y a ver si han llegado algunos títeres. Las niñas ya habrán concluido sus toilettes. ¡Qué linda se verá mi ahijada de Madame Lamballe! ¿No te parece, Guillermo?...

Y conversando se dirigieron al "hall".

No era crujir de ventana, ni susurro del viento aquel rumor confuso que habían percibido ambos amigos. Era un gemido de dolor que Rosa, a pesar de sus esfuerzos, no había podido reprimir.

La joven, no queriendo atraer la atención sobre sí, se había quedado velando a los niños, en tanto que el aya inglesa comía; y, sin quererlo, escuchó toda la conversación, primero con indiferencia y luego con estupor, con espanto, sintiendo helársele la sangre en las venas. Lo que para don Guillermo era un enigma, era para ella tan claro como la luz del día. Ciegamente enamorada, nunca pensó que Juan todo se lo sacrificaba, porque él siempre se manifestó alegre y feliz en su compañía, sin jamás darle a entender que sufría, ni expresar el menor pesar por su partida.

Al ver el desprecio con que la trataban, sintió una sublevación de todo su sér... ¡Qué injusticia! ¿Acaso no eran todos iguales? Juan le había repetido innumerables veces que todos tenían el mismo derecho a la felicidad; que el amor estaba por sobre todo...

Mas, a medida que avanzaba el diálogo de los amigos, una luz se hacía en su mente. Tenía razón

don Guillermo; no era ella para Juan. Por su amor perdería él su fortuna, su situación; ella iba a ser causa de su ruina, llegaría tal vez a odiarla más tarde.

Este pensamiento la anonadó; como herida por un rayo, permaneció ahí, abatida, con los labios apretados para no traicionar su dolor.

Esforzándose sacudió su postración; con mano trémula escribió cuatro líneas en una tarjeta, y saliendo sigilosamente de la habitación, atravesó el "hall" y ya en la obscuridad del parque, corrió hacia el castaño. En vez de colocarse el capote, dejó el papel escrito y en seguida internándose por una avenida se perdió en las sombras.

Volvería a su casa. ¿Qué importaba la hora, la soledad, la lluvia, ni nada? Perdido Juan para ella, ¿qué mayor desgracia podía ocurrirle? Fuera de sí, corría al azar por los caminos del parque viendo en cada árbol un fantasma.

A todo esto, la tempestad se desencadenaba; el fragor de los truenos unido en formidable sinfonía al rugir siniestro del huracán entre los árboles, infundía pavor... En algunos momentos más aquello sería un diluvio.

Rosa, poseída de espanto, buscaba en vano el sendero que debía seguir. Por fin, a la deslumbradora llama de un relámpago, divisó luz en la vivienda de ña Sabina; hacia allá enderezó sus pasos, pensando que esa luz la guiaría a su morada. Empero, ¿lograría llegar? Sus piernas temblaban, vio-

lentas convulsiones la sacudían, sentía una especie de vértigo, un deseo de dejarse morir ahí...

No obstante, el instinto de la vida luchaba por ella; y a tientas seguía su camino cuando los perros de ña Sabina empezaron a ladrar. La joven se detuvo incierta y trémula, pues en medio de su mortal congoja, comprendía que si la vieja la veía en ese estado, su lengua viperina armaría bravo escándalo.

Como aumentasen los aullidos, ella se escondió en el pasto. La lluvia caía a torrentes sobre su delicado cuerpo, un frío glacial entumecía sus miembros y la penetraba hasta los huesos.

Acallado el ladrido de los guardianes dejó su escondite, y con el vestido chorreando agua pudo avanzar penosamente.

Apenas tuvo fuerzas para golpear en la puerta de su casa. Antonia, extrañada de esa visita, salió a abrir; y ¡cuál no sería su asombro al ver entrar a Rosa!

La niña se arrojó en sus brazos, sollozando.

—Madrina, madrina, sólo tú me quedas,—decía, inundándola de lágrimas.

—Hijita, por Dios, ¿por qué te viniste con esta lluvia? ¡María Santísima, ánimas benditas! Si estás empapada... anda a desnudarte. Pero, ¡qué disparate tan grande! Te vas a enfermar.—Y sosteniéndola como pudo, la condujo a su habitación.—Desnúdate ligerito, niña, mientras yo enciendo fuego y te preparo un gloriado para que entres en ca-

lor... Date prisa, niña, en sacarte esa ropa; después hablaremos,—agregó la solícita mujer viendo que Rosa trataba de hablar, sin permitirle sus dientes que castañeteaban.

Medio inconsciente y estremeciéndose de fiebre, acercóse al lecho e iba ya a desnudarse cuando un discreto golpe en la ventana la sobresaltó. Sus pupilas se dilataron y el corazón le latió hasta sofocarla. ¿Sería Juan? ¿Podría resistirle? ¿Abriría?

Los golpes redoblaban, bruscos, imperiosos. Temiendo que Antonia los sintiera desde la cocina, se decidió a abrir.

Juan, en traje de viaje y con gorra de automóvil, asomó medio cuerpo por el marco de la ventana.

—Ven, Rosa, apresúrate, aún es tiempo,—decía con desesperado acento.

—Es inútil, Juan ¿Por qué has venido? Mi resolución es inquebrantable; todo ha sido un sueño, un delicioso sueño, y, éste es nuestro despertar,—gimió la niña lívida y temblorosa, afirmándose en la ventana para no caer.

—Ven, Cheñorita, ven,—repetía cogiéndole la mano.

—Imposible, Juan, no puedo,—murmuraba ella, presa de indecible congoja; y, procurando desasirse de él, le refería con palabras entrecortadas el diálogo que oyó en el "Rosario".

El atribulado amante lo escuchó como un toque de agonía.

—¿Qué va a ser de nosotros?—dijo con desesperación.

Se siguió un doloroso silencio.

El fuerte vendaval traía desde lejos, mezclado con el grito estridente de los grillos y el triste crujir de las ramas, el eco musical de la gran orquesta, el ruido de los cascabeles de los coches y el sonido metálico de la bocina de los automóviles. En la obscuridad de aquella tenebrosa noche, las "casas del Rosario" se destacaban como un gran disco de fuego, pareciendo desafiar con sus resplandores la furia de los elementos. ¡Qué contraste entre ese maravilloso espectáculo y la humilde y obscura morada de Rosa donde, en ese momento, se despedazaban dos vidas en aras de las conveniencias sociales!

Con rápida mirada, Juan abarcó la pobre alcoba de Rosa, su lecho blanco, la lamparilla encendida, los vasos con flores, las fotografías, el crucifijo... y luego, el semblante de su amada.

Con la violencia de una resolución suprema, volvió a cogerle las manos y con voz vibrante y decidida dijo:

—¡No, no será así! ¿Es posible que dos seres que se aman como nosotros se vean separados por mezquinas consideraciones mundanas? No, Rosa, mi novia querida, mi amor, mi único y solo amor, tú serás mi mujer, lo quiero! Nadie podrá impedírmelo, aunque todos renieguen de mí...

—Dios mío! ¿Qué dices? Pero si eso es imposible,—balbuceó Rosa exánime.

Una tentación, casi irresistible, la asaltaba; pero comprendía que era inútil luchar, no quería ser la ruina de Juan.

Con fiebre volvía él a sus apremios y ella a sus negativas.

—Tú no me quieres, Rosa; nunca me has querido,—dijo con furor Juan.

Tuvo ella entonces un momento de flaqueza y de perplejidad, viéndole tan rendido. Pero su conciencia le aconsejaba no ceder. No cedería.

Juan hubo de convencerse de que por el momento, la resolución de Rosa era inquebrantable; y dejando caer su cabeza sobre el hombro de la joven sollozó desesperadamente.

Ahora ella era quien le consolaba. Sus manos oprimían aquella cabeza adorada y sus dedos se deslizaban suaves y acariciadores por entre los rubios cabellos.

—Juan, créeme, yo te quiero, te amo con delirio; por eso mismo, no puedo aceptar tu sacrificio,—decía;—mi dicha estaría envenenada por el remordimiento. No, mil veces no, prefiero morir. Vamos, Juan, sé valiente, no llores así...

—¡Oh! si tú quisieras, Cheñorita mía, estas lágrimas de dolor se convertirían en lágrimas de alegría.

—Yo le pediré a Dios que las cambie...

—La felicidad se acabó para mí.

—Todo pasa en la vida... Pero véte, Juan, no seas cruel. Esta despedida me mata, ya no puedo más,—murmuró la joven, y su semblante pálido como el marfil confirmaba sus palabras.

—Partiré, puesto que tú lo exiges; pero volveré... sí, volveré. ¡Oh! Rosa, mi florecita adorada, —gimió el joven cogiéndola con frenesí entre sus brazos.

Por primera vez sus labios se juntaron en largo, interminable beso; mas no era el beso divino que estremece a dos amantes; no, en él había amargo sabor de lágrimas, en él Juan aspiraba el alma misma angelical y pura de su amada.

El ruido de una puerta que se cerraba, los hizo separarse.

Juan, aplastado por el derrumbe del más grande de sus ensueños, se alejó con incierto paso, el cuerpo sacudido por los sollozos, en tanto que Rosa afirmada en la ventana le veía hundirse en la obscuridad. Y cual si entonces solamente comprendiera su desventura, extendió los brazos, como queriendo coger una forma invisible, lanzó un gemido y se desplomó al suelo a tiempo que entraba Antonia con el humeante gloriado.

XVII

El vehemente deseo de Graciela estaba realizado, y su vanidad satisfecha. Por largo tiempo se hablaría de aquella fiesta destinada a formar época en los anales de la alta sociedad.

La prensa de la capital celebró con pomposos elogios esta espléndida reunión, y los mejores fotógrafos se disputaron el honor de reproducir las bellezas que allí lucieron.

En una de las revistas más importantes leíase esta reseña:

“Las suntuosas mascaradas y pasatiempos organizados en los balnearios que frecuenta nuestro gran mundo, resultan pálidos ante el baile de regias proporciones ofrecido por la familia Sarmiento y Albornoz en su casa solariega del “Rosario”.

A despecho de las dificultades del viaje, y del tiempo que se mostraba amenazante, la flor de nuestra sociedad, se reunió ahí para dar término a las fiestas del Carnaval.

La magnífica residencia formaba admirable mar-

co a la soberbia recepción de antenoche. Una lluvia inoportuna, que pudo comprometer el éxito de ella, no fué óbice para el esplendor de la fiesta; el contratiempo fué subsanado con presteza y buen gusto. Las amplias galerías y el grandioso "hall" se vieron transformados como por arte de magia en jardines y parques; en medio de una profusión de fantásticas luces, destacábanse los árboles y plantas con su tropical vegetación.

Ya al pie de la gran escalinata de piedra, se sentía uno súbitamente transportado a Versalles. La servidumbre en correcta tenida de frac y pantalón corto, formaba calle en los corredores que daban acceso al gran salón rojo; ahí los señores de Sarmiento recibían galantemente a sus invitados.

No se sabía qué admirar más, si la belleza de muebles y tapices o el gusto exquisito que presidía a todo.

La señora Rafaela Albornoz de Sarmiento, lucía un hermoso vestido de encaje Chantilly sobre fondo azul Nattier; en su cabeza ligeramente empolvada y peinada al estilo María Antonieta, resplandecía una magnífica diadema de perlas y brillantes que realzaba su espléndida hermosura.

El señor de Sarmiento vestía con noble distinción su antiguo traje de diplomático, bordada casa y pantalón con franja de oro.

Ambos esposos, con su gracia y gentileza características, tenían una frase de sincera amistad, una sonrisa halagüeña para todos.

Bastaría nombrar a los señores de Sarmiento para dar a nuestros lectores aproximada idea de la magnificencia de este baile, sin duda, uno de los más brillantes que se hayan dado en Chile.

Los diversos números de concierto fueron entusiastamente aplaudidos.

El minuet, bailado por quince parejas, parecía una resurrección de épocas lejanas. Las figuras cadenciosas de las jóvenes no tenían esa rigidez, ese algo seco de las antiguas damas; eran sus reverencias más profundas, el paso más elástico, los movimientos más desenvueltos; hubiérase dicho que un soplo moderno había electrizado a estas princesas de antaño, aumentando los encantos de la graciosa danza.

La festiva comedia en un acto: "Aires salinos", mantuvo en continua hilaridad a los espectadores. Las señoritas Sarmiento y Ureta y los señores de la Fuente, Rosales y Pérez, se manifestaron artistas de sobresalientes dotes escénicas.

La señorita Elena Santibáñez y el señor Carlos Rosales lucieron una vez más sus argentinas voces deliciosamente armonizadas.

Mr. y Mrs. W. R. Leighton fueron ovacionados al terminar una original danza escocesa.

Una espléndida orquesta amenizaba el sarao.

Entre los asistentes divisamos al marqués de Lafayette (Raimundo Garcés), muy correcto en su uniforme de general: casaca recortada como frac; ancha faja de seda blanca sujetaba al cinto la es-

pada pendiente de un tahalí; calzaba altas botas enceradas encima de los pantalones de gamuza y ceñía su cuello una corbata con abundantes blondas de Bruselas; en la enguantada mano llevaba un gran tricornio con la escarapela tricolor. En aquel momento ofrecía el brazo a la bellísima princesa de Lamballe (Graciela Sarmiento), cuyo traje de rico brocato azul con dibujos estampados era precioso. Su esbelto talle adelgazábase con el corpiño en punta que caía sobre los abundantes pliegues de la falda; su perfil se destacaba más fino bajo el peinado de bucles, y el polvo dorado que los cubría hacíalos brillar con áureos reflejos. En su pecho, un regio aderezo de zafiros se armonizaba con el azul de sus pupilas extremando su hermosura. Era, en verdad, una princesa real, digna de atraer las miradas.

Cardenales, abates, diplomáticos, marquesas, duquesas, formaban armonioso grupo. Entre las pelucas empolvadas de simétricos bucles atados con cintas de terciopelo, y los rigurosos trajes de corte, divisábanse algunas melenas cortas y casacas de girondinos.

Camilo Desmoulins, (César de la Fuente) que había sido invitado para declamar una oda al Carnaval, conversaba familiarmente con el conde de Artois, (Carlos Rosales) irreprochable en su elegante traje de terciopelo violeta.

El hermoso y espiritual duque de Lauzun, (Renato Pérez) estrenaba un rico traje de raso pom-

padour; el enamorado duque estaba en su elemento, galanteando a las ingenuas condesitas que lo hallaban irresistible.

La dulce y melancólica Madame Elizabeth, (Elena Santibáñez) rodeada de su pequeña corte, vestía regio traje de terciopelo granate y en sus ondulados cabellos lucía una maravillosa flor de Lys, no más brillante que el fulgor de sus admirables ojos negros.

Por todas partes el lujo y las joyas relumbrantes, rivalizaban con la belleza de las damas. Los caballeros con profundas reverencias ofrecían el brazo a sus aristocráticas compañeras para conducir las al espléndido buffet, servido en mesitas diseminadas entre las plantas del "hall".

Las impresiones del baile de antenoche, no son para descriptas; bástenos decir que por muchos años perdurará el recuerdo de esta fiesta en la memoria de los que asistimos a ella, y con vivo placer recordaremos el día feliz en que súbitamente nos vimos transportados a Versalles. . ."

En otro párrafo de la "Vida Social" leíase este anuncio:

"Se ha concertado el matrimonio del diputado por Reinosa, señor Raimundo Garcés Prado con la señorita Graciela Sarmiento y Albornoz."

XVIII

Aquella noche de boato, de luz y alegría en las "casas del Rosario", fué para los infelices habitantes de la finca, noche de inmensa angustia.

Rosa había sido transportada exánime a su lecho en medio de las desesperadas lamentaciones de Antonia. Esta, viendo que a pesar de los cordiales, compresas de alcohol y otros remedios, la joven no volvía de su desmayo, envió en el acto a ño Pedro Luis en busca del doctor de las "Chilcas", que a esas horas debía encontrarse en el "Rosario".

Olvidando su edad, el frío, la lluvia, el buen viejo corría por la carretera como "ánima que lleva el diablo", según su gráfico decir.

A tiempo que ño Pedro Luis entraba al parque, un automóvil salía de él en vertiginosa carrera hacia el pueblo.

Hay en la vida circunstancias graves en que un

mínimo detalle, un pormenor insignificante viene a torcer radicalmente el curso de los sucesos. A llegar el viejo minutos antes, aquel automóvil no habría salido, no se hubiera marchado Juan, y acaso no hubieran ocurrido los hechos que faltan por narrar.

En este momento vemos a Juan, que pasa junto al portador de tan infaustas nuevas, abismado en sus tristes ideas, sin otro anhelo que alejarse del bullicio que le exaspera, huir de ese lujo que le es odioso, abandonar aquellos lugares en el preciso momento en que debió quedarse ahí.

Pero el destino así lo había dispuesto; y el joven emprendía solo ese viaje que horas antes soñó realizar de tan distinto modo.

Y mientras en la mansión de sus padres el baile llegaba a su apogeo, él, el hijo de la casa, partía triste, descorazonado, huyendo de la alegre música de las danzas y del murmullo de la fiesta, que en esos instantes de infinita pesadumbre llegaban a sus oídos como una burla cruel.

Mas, a pesar de su inmenso desconsuelo, Juan no perdía toda esperanza; pensaba que con la ausencia, Rosa cambiaría de resolución, que tal vez el paso que intentaron dar era prematuro, que en algunos meses más volvería por ella, no escondido, ni entrando por la ventana como un ladrón, sino de frente, por la puerta... El abogaría con tal ardor por su dicha, con vehemencia tan apasionada, que ganaría la causa. Y en su imaginación formaba mil proyectos: trabajaría mucho, economizaría. Seguro

de poseerla algún día, por Rosa tendría paciencia, voluntad y tesón... ¡Eran tan jóvenes aún! El porvenir les pertenecía, y, ay! del que estorbara su felicidad!

Entretanto, ño Pedro Luis hacía irrupción en la galería, y con voz entrecortada exponía el objeto de su intempestiva visita al doctor Ferreira. El bondadoso facultativo a medida que el viejo detallaba el desfallecimiento de Rosa y sus circunstancias, con aire preocupado cogía su tricornio y envolviéndose en su amplia capa negra se aprestaba a seguirle.

Continuaba la fiesta, brillante, esplendorosa: los números de baile y de concierto se sucedían; todo era regocijo y alegría. Su ausencia quedaría inadvertida, porque, ¿qué era un personaje más o menos en aquel torbellino de gente?

Como lo supuso desde el primer momento el doctor, la enfermedad de Rosa era grave. Habíasele declarado una fiebre cerebral, complicada con una seria congestión pulmonar.

En el lecho yacía la joven sin conocimiento, los ojos cerrados y la faz lívida. Cerca de la ventana, el doctor cuchicheaba con Antonia, procurando consolarla. La pobre mujer quería a su hermana más que a nadie en el mundo.

Esperemos,—decía el doctor;—la juventud tiene siempre imprevistos, inagotables recursos para luchar; el amor a la vida suele tener más eficacia que las drogas. Seréne Ud., mi buena Antonia;

es necesario que la niña al volver en sí encuentre rostros tranquilos.



Durante varios días Rosa permaneció inconsciente; pero en sus breves intervalos lúcidos, veía siempre cerca de sí semblantes queridos. Sus miradas fijábanse sobre todo en la generosa creatura que no la abandonaba un minuto. Le habían cortado los hermosos cabellos para facilitar el empleo de bolsas de hielo sobre las que descansaba su cabeza adolorida. Agitada por el delirio, gritaba y tendía los brazos a unas figuras invisibles, para caer después en un letargo profundo, más alarmante aún que los arrebatos de la fiebre.

En sus alucinaciones, el recuerdo de Juan no la abandonaba un punto. A las veces lo veía herido, exánime, tendido en medio del bosque; desolada acudía a socorrerle, pero en el mismo instante de entre los árboles surgía una multitud de perros que la rodeaban ladrando con furor y la impedían auxiliarle. Otras veces, ya no era la humilde Rosa, la flor silvestre; era una bella princesa en medio de su corte, cuya mano se disputaban muchos príncipes. Desde su trono tenía una sonrisa para todos, pero al aparecer Juan, olvidada del mundo entero, se arrojaba feliz en sus amantes brazos a fin de mostrar en él, a toda su corte, al elegido de su corazón. Deliraba después con excursiones a caballo,

con paseos en automóvil en que visitaban maravillosos jardines adornados con gigantescas flores que los escondían en sus corolas... Juan ceñía amorosamente su talle, se acercaba más y más, iba a imprimir en sus labios un beso de fuego, cuando sentía una carcajada diabólica, y una horrible vieja, de perfil de ave de rapiña, la estrechaba entre sus garras.

Una tarde en que Rosa estaba más agitada aún y con fiebre muy alta, entró ña Sabina a visitarla. Tal vez en ese instante la niña deliraba o quizás tuvo un momento de lucidez y se asustó al ver tan cerca de sí aquel rostro aborrecido. El hecho fué que al aproximarse la vieja, ella se incorporó bruscamente, lanzando gritos despavoridos y alzando los brazos como para defenderse de un peligro. Margarita, a su lado en aquel momento, cogió por los hombros a la antipática mujer y hartándola de improperios, de dos empujones la sacó de la habitación.

Acudió Antonia al bullicio, medio muerta de espanto.

—¿Qué pasa, Maiga?

—Es esta vieja recondenáa la causante de toilito el mal, señora Antuca, y agora se ha venido a meter al cuarto de la Cheñorita. Como si no juera hartaso el mal que ya le habís hecho con tus brujerías, vieja maldita!—decíale la fornida muchacha, pronta a arrojarse de nuevo sobre ella.

La cobarde Sabina tiritaba de miedo.

—Disculpa, Sabina, las insolencias de la Maiga, pero no has debido entrar a la pieza de la niña. El doctor lo ha prohibido una y otra vez,—dijo Antonia tratando de reprimir el enojo que le inspiraba la intrusión de la vieja que de nuevo ponía en peligro la vida de su hermana.

Esta historia circuló de boca en boca exornada con curiosos comentarios. Todos daban crédito a la versión de Margarita. Aquellos espíritus sencillos e incultos fácilmente encontraron una explicación sobrenatural a la extraña dolencia de Rosá. Además, ocurrió que en esos días un niño se ahogó en el canal a tiempo que ña Sabina transitaba por aquel punto; con lo cual se exasperó más y más el pueblo, al extremo de llegar las quejas hasta los patrones. Estos, al principio, se burlaron de semejante credulidad. Mas, como vieran que algunos de los mejores inquilinos amenazaban con abandonar sus casas y faenas, si la vieja de “mala sombra” no salía de la comarca, don Guillermo, para evitar mayores males, hubo de ceder al clamoreo general y pidió a ña Sabina su posesión. La vieja, enfurecida, tuvo que recoger sus bártulos y emigrar hacia otras tierras con su bagaje de chismes y enredos. Pero antes de partir, su enconada y venenosa lengua propaló mil horribles calumnias, no perdonando ni a la gracia y juventud de la infeliz criatura que yacía moribunda. Por fortuna, lo odioso mismo de sus palabras las hizo inverosímiles y día a día aumentaba el número de las personas que venían a saber de la niña.

Al caer la tarde las cariñosas vecinas acudían en busca de noticias; y, como se acostumbra en las viviendas en que hay algún enfermo, formábase en el patio un corrillo de comadres. Antonia poco se preocupaba de esas visitas; faltábale calma para separarse de su enferma. Pero siempre solícita y amable, delegaba en la "Maiga" esas atenciones y cariños. Las vecinas, por su parte, concluídas ya sus faenas domésticas, no tenían prisa de retirarse.

Bajo el amplio corredor que embalsamaba la enredadera de la pluma con sus racimos morados de elegante flecadura, instalábanse las campesinas al amor de la lumbre, pitando su cigarrillo o cebándose el sabroso mate con cáscara de naranja, mientras alguna refería chascarros, y otra daba recetas ponderando tal yerba o remedio portentoso para toda dolencia.

Ño Pedro Luis sumido en su dolor apenas si atendía a otra cosa que a cuanto podía afectar a su Cheñorita.

—Mire, compaire,—díjole ña Cayetana un día que el estado de Rosa hizo concebir serios temores, —hablemos en plata, ¿pa qué andamos con chicas? La niña se muere y contra naa pitean. El doctor la está emboticando sin beneficio alguno. ¿No es así? Si el daño es causado por brujerías hay que darle con lo mismo.

—Eso mismo digo yo,—prorrumpió ña Eusebia.

—Y yo tamién, y yo tamién. . . repitieron en coro las comadres.

—¿Por qué no busca la ayuda de ña Mariquita, compaire? ¿Qué se pierde? La Maiga la puede ir a buscar de un porrazo, y no es juerza que se entere ña Antuca que está tan empapáa en su dotor Ferriera. . . Y si le acierta con el mal, hágase el cargo de lo contento que se pondrá Ud. por haberla librao, compaire,—decíale una y otra vez su vieja amiga ña Cayetana.

El viejo reflexionaba. En ese claroscuro del crepúsculo, su alma sencilla sentíase penetrada de un vago terror a lo desconocido.

En la penumbra los árboles se confundían con las sombras y el bajo y sombrío parrón semejava la abertura de una caverna insondable. Sólo la roja luz del brasero alumbraba aquellos rostros apergaminados y destruidos por el rudo trabajo del campo. Todo empezaba a entrar en esa solemne paz de la "oración": las ranas en el estero y los grillos en sus charcas, iniciaban su concierto nocturno. Los pájaros aprovechaban los postreros rayos de luz para buscar apresuradamente sus nidos. De súbito, en medio del melancólico silencio de las vecinas, un pájaro semejante a una lechuza pasó aleteando; detúvose un segundo sobre el parrón, lanzó un graznido agudo y destemplado y se alejó batiendo sus alas, cual si en éstas llevara el peso de muchos presagios y fúnebres vaticinios.

—¡El chuncho, el chuncho! ¡Ave María Purísima!—murmuraron las mujeres sobrecogidas de pa-

vor, ocultando sus rostros bajo el pañuelo de rebozo.

—¿Lo oyó Ud., compaire? Déjese de escrúpulos y dengues, vaya a consultar a la méica; contimás que náa se pierde, ño Pedro Luis,—repitió ña Cayetana al despedirse.

En el infeliz viejo renacía el hombre antiguo, el rústico supersticioso y crédulo. Sin embargo, no es que él creyese en las brujerías de ña Sabina, pero pensaba que ña Cayetana podía tener razón, que nada se perdía conjurando “el mal”, si es que la pícara vieja hubiese ojeado a la niña.

En un lejano rancho, vivía ña María, llamada también: “la méica de los palitos”. Era aliñadora de miembros quebrados o zafados, y adivina de oficio. La gente del campo tenía mucha fe en sus aciertos, y en su gran poder sobre los espíritus malignos; era “machi”. (1)

Ña Mariquita era alta, de rostro escuálido y moreno; grandés ojos hundidos que brillaban como ascuas en el fondo de las cuencas resacas, una boca chupada y sin dientes hacían aún más larga su enorme nariz encorvada. Envuelta en descolorido pañuelo de rebozo, llevaba en la cabeza un trapo grasiento y cubierto por un viejo sombrero de pita; en sus sienes

(1) Machi: espíritu superior que destruye el “mal” causado por los espíritus inferiores.

veíanse dos parches de jabón y restos de otros colocados en días anteriores.

Siempre estaba muriéndose; mil raras dolencias la acongojaban: ya era un lagarto que le andaba por el estómago, ya un animal desconocido, un "finónimo", que le bebía la sangre en las venas; otras veces en pleno sol la acometía un frío que la "trasmataba los huesos".—Y, todo por causa de los espíritus que yo heychao juera de los cuerpos y que agora en venganza se regüelven en contra de mí,—suspiraba con voz quejumbrosa la vieja.

Por eso cuando la llamaban a visitar un enfermo de "daño" o de "mal impuesto", hacíase de rogar en extremo, y sólo con una buena gratificación se resolvía a salir de su vivienda. Sin embargo, el verdadero motivo que tenía para no prodigar sus visitas, era el temor de encontrar al doctor Ferreira, que la había amenazado con la justicia si seguía propagando sus errores y recetando a los enfermos.

En su desesperación, ño Pedro Luis tentó este último recurso.

Una mañana, mientras descansaba Antonia, y contando con la complicidad de la "Maiga", introdujo a la médica en la alcoba de Rosa.

Después de observar con atención a la niña alestargada, extendió sobre ella sus largas y huesudas manos, haciéndola una serie de pases con una varilla de palqui a la vez que mascullaba tres conjuros... En seguida, dijo que el mal estaba en la región del corazón atravesándole hasta la espalda,

y que un gusanillo fatal le comería los sesos en tanto no viniera un "machi" más poderoso que ella. Pero que habría de venir prontito, porque de no la enferma se moría.

Después dictó sus recetas:

"Un zahumerio de hojas de maitén con polvos de nido viejo, sal pehuenche y ramas de gomero para ahuyentar los maleficios.

"Una toma de ramitas de canchalagua bien lavadas, un caejo de parrón, un caejo de limpia plata, un peazo de culle colorao, un puño de lo blanco del piche, una plancha bien caldeada, un papel de quina y agua de la corriente a media sazón de azúcar".

Concluída la consulta, se retiró cobrando cinco pesos al inconsolable ño Pedro Luis que veía desvanecerse su última esperanza.

XIX

En las "casas del Rosario" también había causado triste impresión, la grave enfermedad de Rosa. Apenas se supo la noticia, todos acudieron a verla.

Don Guillermo visiblemente preocupado, dirigía inquietas miradas a don Fernando que fingía no advertirlas. Ambos sentían gravitar sobre ellos un como reproche. Doña Rafaela ofreció sus servicios, su carruaje y todo cuanto pudiera ser de alguna utilidad. Graciela, aún cuando entregada de lleno a su dicha, tampoco olvidaba a su compañera de infancia. Pero Alicia, sobre todo, se manifestaba muy pesarosa de no haberla retenido aquella noche fatal, y procuraba reparar su involuntaria falta turnándose con Elena para cuidar a la enferma durante el día. La pobre Antonia, deshecha en lágrimas, aseguraba no tener con qué pagar tanta bondad.

Desde el primer minuto, Elena Santibáñez sospechó que la repentina enfermedad de Rosa alguna relación, indirecta por lo menos, tenía con la par-

tida de Juan. Lo había visto ella entrar la noche del baile al dormitorio de los niños preguntando por Rosa, y al saber que no estaba en las habitaciones de Alicia, salir de ahí corriendo, con la mirada extrañada, descompuesto el semblante. ¿Qué había sucedido? Difícil adivinarlo. Pero día a día la joven iba a sentarse junto a la enferma, y con frecuencia notó que sus labios repetían un nombre adorado, a la vez que ardientes lágrimas filtraban por sus negras pestañas; y aún cuando Elena también sufría a causa de él, viendo sin correspondencia su cariño, compadecía en el alma a esa creatura más débil que ella, y sentíase atraída hacia la pobre niña por el vínculo de un común amor.

Cedió por fin la fiebre; y al delirio de las primeras semanas sucedió una postración profunda. En el semblante demacrado de la enferma sólo se veían brillar sus ojos, en ellos parecía concentrarse el resto de vida de esa frágil envoltura.

Paulatinamente recobró Rosa el conocimiento. Sin embargo, las esperanzas del doctor estaban defraudadas, pues no se advertía en ella aquel apego a la vida, aquella alegría y optimismo que manifiestan los enfermos al verse revivir. Al contrario, junto con readquirir la memoria del pasado, su rostro se contrajo dolorosamente. Sus ojos, siempre fijos en la ventana, la hacían recordar aquella última cruel entrevista, tan llena de punzante dolor e indecible dulzura. De nuevo veía a Juan anonadado, sollozando, su querida cabeza reclinada en su hombro...

Volvió a verle alejarse con inseguro paso, y era tan viva la imagen que evocaba, tan honda su pesadumbre, que su pecho se oprimía, un espasmo nervioso la convulsionaba entera, sus enflaquecidas manos estrujaban el blanco cobertor, y sin fuerzas caía otra vez exhausta, aletargada.

¡Algún resorte estaba roto en ella!... La vida no le ofrecía atractivo alguno.

En vano Antonia le administraba los remedios prescritos por el médico; un segundo ella le sonreía con gratitud, para recaer después en su abatimiento.

El buen doctor Ferreira se devanaba los sesos buscando medios de salvarla.

—Quizás pudiera combatir el mal físico,—se decía con aire preocupado,—pero, me encuentro con una resistencia invencible; diríase que la niña no quiere vivir; y sin el concurso de su voluntad, me veo privado de un poderoso auxiliar. Dígame, Antonia, ¿ha tenido últimamente esta niña algún pesar? —preguntóle una mañana.

—Ninguno, doctor,—protestó Antonia entre ofendida y llorosa.—Si ella es nuestro único cariño, ¿cómo íbamos nunca a hacerla sufrir?

La buena mujer atenta sólo al bienestar material de Rosa, a hacerle fácil la existencia, jamás se imaginó que algún dolor moral pudiese alcanzarla. Esta enfermedad, en su concepto, era debida a esa noche de espanto pasada a la intemperie. Además, sus pulmones habían sido siempre débiles.

El doctor movió con aire de duda la cabeza, e

inclinándose, acarició esa carita enflaquecida pero siempre hermosa, y con paternal suavidad echaba hacia atrás los rizos de su corta cabellera. Rosa, sin fuerzas aún para hablar, sonreía con dulzura y él, conmovido, volvía el rostro para ocultar las lágrimas que asomaban a sus ojos.

Pero si Antonia sólo acertaba a explicarse la enfermedad, como natural resultado de la inclemencia de aquella noche, en cambio, ño Pedro Luis sospechaba cuál era el verdadero mal que consumía a su Cheñorita. Desde tiempo atrás presintió el peligro y hemos visto sus infructuosos esfuerzos para alejarlo. El viejo ya no se hacía ilusiones. Acurrucado en un rincón de la estancia, se pasaba días enteros contemplando a su niña. . . Las horas crueles, que dieciocho años antes viviera angustiado junto al lecho de la madre, volvían a su memoria; pero entonces, al lado del dolor gravitaba una esperanza, una cunita celeste alegraba ese recinto. . . Hoy, el pobre viejo se decía que si Dios le llevaba a esta nueva Rosa, él no resistiría a su dolor; y en esos momentos de infinito desconuelo, huía como un loco hacia la huerta, arrepentíase de haber acudido a las adivinas, y postrado de rodillas pedía perdón a Dios y a los santos; hacía mandas heroicas: iría a Andacollo, treparía de rodillas la cuesta, se haría "chino" de la Virgen, vestiría de mezclilla por el resto de su vida. Todo, todo lo soportaría antes que separarse de su adorada Cheñorita. . .

Mas, a despecho de remedios, conjuros, rezos y

mandas, la niña continuaba en la misma gravedad. Una fiebre ardiente la consumía y prolongados accesos de tos la desgarraban el pecho.

Alicia y Elena, de continuo a su lado, procuraban a fuerza de solicitud y cariño mitigar sus padecimientos.

—Si no mejoro pronto, no será por falta de buenas enfermeras,—murmuraba Rosa sonriendo agradecida al tomar con docilidad los remedios que la daban.

Una tarde la enferma empeoró de súbito, y Alicia que la velaba en ese momento, mandó en busca del doctor; éste al examinarla, inclinó la cabeza con desesperación.

—¿Qué dice, doctor? ¿Ud. cree que morirá?—preguntó afligida Alicia cuando estuvieron solos.

—Mucho lo temo, señora; ha sucedido lo que yo preveía. La niña fué siempre débil, la larga permanencia en el convento, concluyó por minar su naturaleza raquítica, exagerando además en ella esa sensibilidad mórbida, que la ha perjudicado física y moralmente. Antonia, por querer hacer de ella una señorita, la ha perdido, — agregó suspirando el doctor.

—¿Entonces, Ud. desespera de salvarla?

—Nunca se debe desesperar, señora; pero sus pulmones están perdidos. Puede durar algún tiempo más... En fin, confiemos en Dios y dejémosle a la buena Antonia su optimismo y sus ilusiones; bastante sufrirá después...

La tos y la fiebre aumentaban cada día; copiosa transpiración inundaba el cuerpo de la niña, robándole los últimos restos de vitalidad. Comprendió ella entonces que había llegado la hora de crisis, que la muerte acechaba su presa, que todo había concluído. Y procurando dominar su desgarradora angustia para no contristar a los suyos, con fingida serenidad pidió ella misma los sacramentos.

El anciano sacerdote, que era a la vez su padrino, acudió presuroso al lado de su querida enfermita, y consternado escuchó la confesión de esa alma pura, que sólo se acusaba de haber amado tanto... y tan ardientemente.

Refirióle ella la tierna historia de su desgraciado idilio, historia tan semejante a la de aquélla que años atrás sucumbía de tristeza y nostalgia en esa misma habitación.

El buen párroco salió de la alcoba enjugándose las lágrimas.

—Es un ángel,—murmuraba con voz trémula de emoción,—es una florecita del cielo, que no había nacido para luchar contra las penas de esta vida.

Empero, el pobre ángel, la florecita del cielo estaba muy apegada a la tierra. Faltábale todavía la resignación cristiana; y contra los espirituales transportes de su alma se rebelaban las debilidades del corazón. ¡Oh! si por algunas horas solamente ella pudiera sentir las dulces alegrías, los inefables consuelos, aquellas místicas suavidades de sus antiguos coloquios con el Divino Amado!...

La oración habría sido el supremo recurso para extinguir su pasión!... Ella habría comprendido entonces cuán vanos son los atractivos de la tierra para los que ponen la vista en el cielo!

Pero no gozaba ya de esos consuelos divinos; las borrascas del amor habían adormecido su sencilla fe de colegiala, y su torturado corazón aún no encontraba la paz.

Llorando sobre sí misma y su perdido amor, sobre el pesar de Juan y su vida destrozada, era imposible que sus fuerzas renacieran; al contrario, cada día se debilitaba más.

Con frecuencia se hacía leer por Elena o la bondadosa Alicia algún libro de devoción y absorta escuchaba las palabras de vida eterna, esperando que ellas le ayudaran a desprenderse de los lazos que la ataban a la tierra. Mas la memoria de Juan insistente y perturbadora, surgía, como una segunda conciencia, en medio de sus oraciones, y se resistía a abandonar el arca santa de aquella alma virgen.

El recuerdo voluptuoso de las caricias, de los besos de Juan, de sus apasionadas protestas, la producía un desgarramiento de todo su sér a la vez que un desesperado anhelo de gustar una vez más aquellos fugitivos instantes de dicha y amor...

Entonces todo le era penoso, una tristeza mortal la invadía, parecíale que Dios le retiraba su gracia, que ya era imposible su conversión. Desfigurábasele el rostro, y como buscando un lenitivo a su pesar, pedía con voz angustiada que continuasen leyéndole

las consoladoras páginas de la Imitación de Cristo:

—“El amor de Dios, es la inmólación de sí mismo. Si quieres venir en pos de mí, toma tu cruz y sígueme. Jesús vino primero y llevó su cruz y murió en la cruz por ti, porque tú también la lleves y desees morir en ella, y si fueres compañera en la pena, lo serás también en la gloria...”

Más tranquila, después de esta lectura; Rosa se resignaba, sus labios se movían, oraba... Grado por grado, su alma se hundía en el mar sin límites del Amor Divino como queriendo ahogar en él sus últimos pensamientos profanos.

Una tarde, la enferma se sintió harto mejor; tosía menos y había dormido a intervalos. Incorporándose en los almohadones, hizo abrir la ventana, por la que entró una bocanada de aire puro cargado con las tónicas fragancias del jardín. Había llovido en la mañana, pero desde el medio día las nubes se habían alejado. Aún brillaba en el ocaso el rojo fulgor de los últimos rayos del sol; una franja roja y luego otra y otra coloreaban el cielo y hacían chispear con reflejos irisados las gotas de lluvia cuajadas en las cobrizas hojas de los castaños y en las amarillentas de los álamos. Brisas sutiles mecían en la ventana las flores de su rosal favorito, trayéndole mezclado al penetrante aroma de sus flores, el olor áspero y fresco de la tierra húmeda y el lejano rumor de la campiña.

Los caprichosos destellos del sol jugueteaban sobre su carita perfilada, sobre sus ojos desmesurados,

que parecían ya sondear el "más allá". Absorta, la mirada perdida en las purpúreas nubes que allá lejos envolvían al sol entre sus pliegues, sentía el alma deliciosamente penetrada por la poesía del ambiente. Inagotables renacían en ella deseos de vivir y amar. Una esperanza tímida se insinuaba en su espíritu; quizás iba a sanar! ¡Se sentía tan mejor! Esa tarde hermosa, esos perfumes turbadores, los resplandores que incendiaban el horizonte traíanle vivo el recuerdo de otras puestas de sol, de otras tardes inolvidables admiradas con él. . .

Evocaba las memorias que la ligaban a Juan. ¡Qué instantes de suprema dicha! ¡Cuántas ardientes miradas en que uno y otro traslucían un mundo de inefable belleza! ¡Volvería a mirarse en esas pupilas de fuego que le hablaban de amor y la hacían enrojecer de ventura?

Una sonrisa de éxtasis vagaba por sus descoloridos labios, mientras aspiraba con delicia el aire embalsamado, cual si éste le trajese algo de su querido ausente. . .

De súbito sus ojos, al errar por la sombría habitación, divisaron allá en el fondo de la alcoba, la mesa con remedios, frascos de botica y bolsas de hielo. . . Y bruscamente vuelta a la triste realidad, un escalofrío sacudió su cuerpo. Se ahogaba, accesos de tos le quemaban el pecho como una brasa, y dos ardientes lágrimas brotaron de sus ojos. . .

La "flor silvestre" había recibido el golpe de gracia y caía tronchada sobre su tallo.

Con voz imperceptible hizo cerrar la ventana... Perdía toda esperanza. Con este fugaz crepúsculo concluía el sueño encantado de su vida. Nunca más volvería a contemplar los celajes del ocaso, ni aspiraría esa atmósfera embriagadora, que le sugería anhelos de dichas pasadas, de amores terrenales. En adelante, sólo debía pensar en prepararse para el supremo tránsito.

Con desesperada energía resolvió desprenderse de todas las preocupaciones, de todos los pesares que la atormentaban; renunciaría a cuanto amaba, a sus ilusiones y deseos, a la belleza, al amor...

Pero antes quería enviar sus adioses a Juan.

Sus tristes miradas recorrieron la silenciosa habitación que ahora sólo alumbraba la lamparilla de noche. En la semi-obscuridad divisó a Alicia sentada cerca de su lecho.

—¿Estamos solas?—preguntó a la solícita enfermera.

—Sí, mi hijita, ¿qué quieres?—contestó con cariño la señora Fleman, cogiéndole una mano.

Titubeó un momento Rosa. Parecíale una profanación divulgar su secreto...

—¿Han sabido de Juan?—murmuró por fin con esfuerzo.

Desde que recobró el conocimiento esta pregunta le quemaba los labios.

—Sí, Cheñorita; dice que llegó bien a Vicuña y que ha empezado a trabajar con tesón.

—¿Sabe de mi enfermedad?

—Como te quiere tanto, nada le hemos dicho aún, para no inquietarlo inútilmente, esperando darle mejores noticias tuyas, regaloncita,—repuso Alicia acariciándola.

—Señora Alicia, ¿con qué fin trata Ud. de engañarme? Ya es inútil; conozco que me voy, y por eso quiero confiar a Ud. un secreto...

Y entre accesos de tos que interrumpían a cada instante su relato, Rosa contó su amor, sus luchas, su efímera felicidad, sus vacilaciones y su final desventura.

Apenas podía Alicia retener las lágrimas que se agolpaban a sus ojos y en su alma compasiva buscaba, sin encontrarlas, frases de consuelo para ese tierno corazón tan rudamente probado.

Los que han sufrido mucho comprenden y saben consolar mejor que nadie los padecimientos ajenos...

—Quiero que sea Ud. la portadora de mis recuerdos,—continuaba, haciendo otro esfuerzo, la pobre enferma.—Dígale que el sueño aquél se realizó, que voy a reunirme con mis padres, que es mejor así, que tengo la confianza, la certidumbre casi, de que él será feliz... En Elena encontrará consuelo y olvido...

No pudo continuar, ya fuese porque la tos y el cansancio la ahogaban o porque, no obstante su entereza de espíritu, su corazón se sublevaba ante la sola idea de que Juan amase a otra mujer. Por fin prosiguió:

—Después...—y un gesto de dolor contrajo sus labios—después, coja Ud. esta cadena y envíela a Juan, junto con la medalla y el anillo, y, asegúrele que jamás me separé de ellos...

Hablaba con dulce y resignada voz; sus palabras traducían una melancolía infinita, parecían llegar de más allá, como el fugitivo eco de música lejana.

Agotada por el esfuerzo que había hecho, cerró los ojos Rosa y lentamente entró en un dulce sopor... La paz del alma trajo descanso a ese cuerpo que, al doble influjo de la pasión y de la enfermedad, se consumía como una antorcha encendida al soplo del viento.

Alicia la contemplaba con viva admiración. Con su cabellera recortada y su enflaquecido rostro, parecía una niña de catorce años. ¿Era posible que en esa débil envoltura, arraigara tal fuerza de voluntad, tanta energía para sobreponerse al amor, sabiendo, como lo había dicho ella, que ese sacrificio le costaría la vida?

Aquella noche, de regreso a su casa, Alicia no durmió; el relato de los pesares de Rosa la había impresionado intensamente, más aún que la noticia del fatal desenlace de su enfermedad.

Al día siguiente suministraron a la enferma el Santo Viático. Ella misma había hecho arreglar su habitación, disponiendo que cortasen las rosas de su rosal predilecto para que se adornase con ellas el altar. Como en el convento de Reinosa, en aquel

postrero día ya lejano, la estatua de María Auxiliadora se alzaba hoy entre luces y flores.

Desde lejos se escuchó el tintineo de la campanilla y el vago murmullo de las oraciones de los piadosos fieles que acompañaban al Santísimo. Y en tanto que el sacerdote decía las preces rituales, en la vecina pieza y en los corredores tomaban colocación los devotos acompañantes, tratando de aproximarse cuanto era posible para divisar a Rosa. Algunos sollozos ahogados, toses reprimidas, una confusa mezcla de rezos y suspiros aumentaban la solemnidad de la ceremonia.

Después de dar el sacerdote la absolución a la enferma alzando en sus manos la sagrada hostia, avanzó junto al lecho en medio de la general emoción.

Los asistentes, con fe y convicción extática, unieron sus voces en íntima y sentida plegaria; y en coro repitieron tres veces: "Alabado sea el Santísimo y divinísimo sacramento".

Rosa, incorporándose débilmente en sus almohadones, respondió:—"Por siempre sea alabado".

Y al recibir al Divino Huésped, su faz resplandecía, diáfana cual si no fuera más que un cristal tras del cual se escondiera la antorcha próxima a extinguirse...

¡Jesús estaba en ella! Abundantes lágrimas corrían por sus mejillas, dulces lágrimas de piedad y renunciamento. Sus manos que trataba de juntar, en religioso ademán, caían lánguidas sobre la cama.

sin fuerzas para unirse. Sentíase transportada por un soplo divino; todo temor, toda emoción terrenal huía de ella, y en su renovado fervor, bendecía esos sufrimientos que le revelaban los inefables deliquios del amor de los amores...

Una sonrisa beatífica animaba sus labios; sus ojos, como iluminados por celestial visión, sonreían a la estatua de María y luego se posaban tranquilos en esos seres queridos que se agolpaban a su rededor. En cada uno de ellos retenía la vista, para fijar después sus miradas llenas de infinita gratitud en Antonia, la generosa creatura que había sido su madre, su hermana, su todo en la vida. Cerca de ella, el abnegado Pedro Luis escondía el rostro entre los pliegues del cobertor y ella colocaba cariñosamente su mano sobre esa cabeza doblegada por el dolor...

A partir de ese día la vida de Rosa fué apagándose; la debilidad aumentaba por grados y sólo los accesos de tos la despertaban de su letargo.

Una tempestuosa noche, los embates de un furibundo vendaval sacudieron la casa, azotando las puertas y ventanas que crujían lúgubrementemente. Las copas de los álamos, con sordos gemidos, balanceábanse como buques en tempestuoso mar, despojados de sus hojas que caían en bandadas a lo largo de la carretera. El huracán ensañado en su obra destructora, assolaba el jardín, arrasando las flores, rompiendo sus tallos, deshojando sus corolas, como si al mismo tiempo que la guadaña de la muer-

te segaba la "flor silvestre", quisiera él en desquite darle un poético acompañamiento a aquélla que a todas sobrepujara en gracia y hermosura, a aquélla que como las frágiles hojas, se desprendía al fin de sus ligaduras terrenales.

El viento seguía enfurecido en su obra destructora, y la muerte extendía su descarnada mano sobre su presa.

Dió Rosa una postrer mirada a esos seres que la adoraban, una sonrisa tranquila plegó sus labios, una tenue luz pasó por sus pupilas, y lenta, muy lentamente, entornó los párpados.

Creyeron que dormía... En efecto, dormía el sueño de la eternidad!

EPILOGO

Los sobres y esquelas iban amontonándose encima del elegante pupitre a medida que Juan con rapidez y firme pulso despachaba su correspondencia.

Los ruidos de la calle llegaban apagados hasta el confortable escritorio del tercer piso, amoblado con exquisito gusto y seriedad.

Estantes repletos de libros, cómodos sillones de marroquí granate, frente a una chimenea de mármol oscuro; colecciones de piedras minerales, diversos cuadros antiguos, un hermoso busto de Napoleón; algunas fotografías del "Rosario" y varios floreros con crisántemos y rosas daban a este recinto un carácter de intimidad y de estudio.

Cerca del artístico tintero de bronce, un alto jarrón de cristal sostenía tres rosas encarnadas que se inclinaban lánguidas sobre sus tallos.

En la silenciosa estancia sólo se escuchaba el rasgar de la pluma sobre el papel.

De pronto los pétalos de una de las rosas, desprendiéndose del cáliz, cayeron sobre la mano que sujetaba la esquila. Nada más natural que ver deshojarse una flor medio marchita... Sin embargo, el joven se sobresaltó, un pliegue de amargura crispó sus labios; y arrojando nerviosamente el cierre sobre la mesa fué a sentarse en una butaca junto a la ventana.

¡Tres años habían transcurrido!... años que habían dejado huellas indelebles en el rostro de Juan. Los rasgos de su primera mocedad, con la madurez de los años, se habían acentuado y endurecido; tenían una expresión más enérgica y viril. Sus profundos ojos azules miraban ahora con la gravedad de un hombre de estudio, de un pensador; sus cabellos un tiempo rubios, un tanto oscurecidos hoy, descubrían una frente más espaciosa y surcada de prematuras arrugas, signo inequívoco de su afanosa y atormentada vida... ¡Cuánto debió amar a Rosa para sufrir tal cambio!

De su hermosa fisonomía de adolescente sólo conservaba la sonrisa, esa benévola sonrisa suya que iluminaba su semblante con luces de simpatía y dulzura.

Aquella flor deshojada había removido en su alma un mundo de recuerdos y memorias muertas, o acaso adormecidas tan sólo.

Encendiendo un cigarrillo, Juan contemplaba con tristeza, a través de la humareda del habano, el rápido vuelo de las nubes que iban oscureciendo

aquel brumoso día de junio, mientras con el alma llena de melancolía rememoraba uno a uno los sucesos pasados.

Con pena recordó aquel tristísimo día en que allá lejos, en su voluntario destierro, había recibido la noticia del fallecimiento de Rosa. Parecía sufrir aún la atroz agonía de esos momentos de inmensa desolación cuando instantáneamente todo había cambiado a sus ojos, convirtiéndose para él el mundo entero en vasto desierto.

Aunque lejos de la joven, conservaba siempre la esperanza de poseerla algún día. Por eso cuando se encontró frente a lo irreparable, sufrió penas indecibles, tuvo horas amarguísimas en que todo su ser se sublevaba contra el duro destino, contra Dios, contra su padres, llorando desolado el desaparecimiento de sus ideales.

Juan comprendía que aquella página romántica de su historia dejaría en su vida una impresión profunda, un imperecedero recuerdo. Imaginábase que jamás recobraría las ilusiones perdidas y que nunca volvería, nunca, a querer así, con toda la vehemencia y el divino entusiasmo de la juventud.

Empero, la muerte de Rosa, bien que produciéndole honda pena, no le dejó en el espíritu amarguras ni desengaños. De ese amor guardaba un recuerdo puro, elevado; en su alma tuvo aquella pasión un culto que por años fué toda su vida.

Transcurrió el tiempo, y mitigada ya la primera violencia del dolor, prodújose en él un apacigua-

miento singular; su espíritu se reanimó, de nuevo tornó a interesarse por la vida, a encararla con entereza y energía. Un fondo de tristeza subsistía, no obstante, en su carácter. Inútiles fueron para distraerlo, los esfuerzos de sus jefes que, viéndole mustio y taciturno, imaginaron enviarlo a Santiago.

Sólo después de dos años, cumplidos ya sus compromisos, regresó de Vicuña, contento con volver al hogar, pero más huraño que nunca.

Con diversos pretextos eludía todas las invitaciones sociales. A los placeres y pasatiempos, prefería la tranquilidad afectuosa del hogar, encontrando mayor goce en la soledad y el estudio que en la frívola vida mundana.

En vano Graciela y Raimundo, a la sazón Ministro de Relaciones Exteriores, lo invitaban a sus banquetes y fiestas; siempre se excusaba con el recargo de trabajo.

Pero este voluntario aislamiento tenía una dulce compensación: su amistad con Elena Santibáñez, la inseparable compañera de Alicia en sus obras benéficas. La tierna amistad de antaño se reanudó sin esfuerzo alguno. Sentado en su lugar favorito, junto al piano, pasaba horas oyéndola cantar con esa voz vibrante y apasionada que tenía la virtud de ahuyentar sus ideas melancólicas y de serenar su alma.

Cerca de ella, aprendió de nuevo a sonreír, después a reír francamente.

Con frecuencia sus ojos se fijaban con viva sim-

patía en aquel gracioso semblante, cuya expresión grave y serena renovaba las energías de su alma disipando como por encanto la mortal tristeza de sus horas de abatimiento.

Poco a poco la presencia de Elena se le hizo indispensable; y Alicia, que seguía con vivísimo interés la creciente simpatía de ambos jóvenes, pensó que acaso la predicción de la dulce muerta llegaría a realizarse. Una ligera insinuación de su parte, bastó a Juan para comprender que no le era indiferente a su amiga. Al principio eso halagó su vanidad de hombre. Empezó a examinarla más atentamente y a interesarse por Elena hasta que un día llegó a descubrir, no sin escrúpulos, que germinaba en su alma un nuevo amor.

Pero, ¿cómo hacer traición a su ideal primitivo, a su tierno y poético pasado? ¿Cómo ir de uno a otro cariño y olvidar a su "flor silvestre"?

La idea de que tan presto otra pasión sirviese de lenitivo a un dolor que él creyó eterno, le afligió sobremanera. Y queriendo disipar ese nuevo cariño que sutilmente se infiltraba en él, resolvió, como un desagravio a los manes de Rosa, efectuar una peregrinación al "Rosario" a fin de reavivar los dolorosos recuerdos que otro amor amenazaba desvanecer.

Con intensa emoción había recorrido los sitios que fueron testigos de su romántico idilio, de su más pura dicha.

La morada de Rosa estaba desierta. No Pedro

Luis no había sobrevivido mucho tiempo a su infortunio. Durante pocos meses arrastró su mísera existencia como cuerpo sin alma, los ojos hundidos en las descarnadas órbitas y las mejillas cruzadas por hondos surcos, hasta que una mañana lo hallaron muerto en el lecho.

La infeliz Antonia después de arrendar la finca, vivía al lado del anciano cura de las "Chilcas" a quien ayudaba en sus misiones: era la providencia de los pobres y entre ellos repartía su módica fortuna.

Juan se había detenido frente a la casa desierta. Una atmósfera de tristeza y desolación envolvía el jardín enmalezado, las ventanas llenas de telarañas y las puertas remachadas como las de un sepulcro. Con ojos que cegaban las lágrimas buscó en vano el rosal predilecto; no estaba allí... ¿Lo habrían arrancado acaso, o se habría secado? Y Juan había proseguido su dolorosa excursión.

Pronto divisó las blancas murallas del modesto cementerio, sitio en una colina que dominaba todo el valle.

Rechazando la obsequiosa compañía del cuidador, avanzaba solitario por las avenidas de cipreses. El rústico cementerio se veía lleno de sol y de flores; por las murallas trepaba formando pintoresco tapiz la hiedra florida. Ningún monumento se levantaba en esa ciudad de la muerte que más bien parecía un delicioso jardín. Por tierra veíanse diseminadas las cruces de madera que señalaban las sepulturas y que

a las veces servían de apoyo a las enredaderas silvestres.

Iba Juan de una a otra tumba, sin encontrar la que buscaba; y arrepentíase ya de no haber aceptado los servicios del guarda, cuando sus miradas se posaron en un hermoso arbusto. Al punto reconoció las rosas "María Pía".

El rosal preferido de la Cheñorita sombreaba su tumba.

¡Qué de ilusiones, ensueños y esperanzas traíale a la memoria ese rosal! Levantando con trémulas manos el musgo que cubría la losa funeraria, leyó la inscripción:

"AQUI YACE ROSA SOLIS

Q. E. P. D.

VUELO A DIOS, VOY A ESPERAROS EN EL CIELO."

Con la cabeza descubierta, permaneció Juan sumido en honda meditación. Revivía esos tres meses de inmensa dicha pasados junto a su "florecita silvestre", en aquel ambiente de pureza ideal que parecía envolverla. Una y otra vez leía la piadosa inscripción, y alzando los ojos al cielo buscaba entre las nubes la imagen de Rosa, creyendo sentir sobre sí misteriosos efluvios que inundaban su alma de infinita paz. Los temores de haberle sido infiel se

desvanecían. Ella que prefirió morir a causarle el más leve pesar, no podía ofenderse viéndolo de nuevo feliz. Las palabras de ella en su última entrevista acudieron entonces a su mente, como un celeste mensaje:—"Yo pediré que esas lágrimas de dolor se conviertan en lágrimas de alegría".

La dulce creatura miraría, pues, complacida su felicidad. . . Vería que no era olvido, ¡oh! no, ciertamente que no!

Elena nunca sería su rival; el recuerdo de Rosa sería imperecedero, eterno. Aquel primer amor quedaba el más alto, el más profundo.

Pero, había que vivir la vida. . . Era joven aún y tenía ante sí tan dilatada perspectiva! . . .

Del florido rosal cogió una flor que rozaba casi con sus pétalos la lápida mortuoria; la llevó a sus labios como queriendo aspirar el sutil perfume de un alma, y dos lágrimas cayeron sobre ella, lágrimas sin amargura, silenciosas y dulces.

Parecióle que desde el cielo Rosa aprobaba sus nuevas esperanzas; y su corazón tanto tiempo atormentado recobró al pie de esa tumba la perdida serenidad.

Después de este homenaje a la memoria de Rosa, Juan se sintió más libre para disponer de su vida. Sin embargo, luchaba con el viejo recuerdo que temía profanar, hasta que agujoneado por los celos, se decidió a declarar sus sentimientos.

Por aquellos días, daba Graciela un baile; al final de éste, Juan y Elena quedaron comprometidos.

Juan, hondamente emocionado, seguía evocando la memoria del pasado sin notar que las horas huían rápidas.

Declinaba la tarde: el sol medio encubierto por las nubes durante el día, lanzaba sus rayos esplendorosos sobre las crestas de las cordilleras nevadas tiñéndolas de rosa y de violeta y haciendo brillar con áureos reflejos las cúpulas de los palacios y las torres de las iglesias.

Un ruido de pasos en la habitación contigua y unos discretos golpes en su puerta, lo trajeron bruscamente a la realidad.

Recordó entonces, que aquella tarde tenía con Elena un compromiso impostergable; y, por una de esas inconsecuencias que son la ley del corazón humano, sintió un amargo deleite, una sensación exquisita al sacudir la melancolía que lo abrumaba. Y con un hondo suspiro de alivio, abrió de par en par las puertas a la nueva vida que llegaba rica en promesas y esperanzas...

Serena, octubre de 1912.

FIN